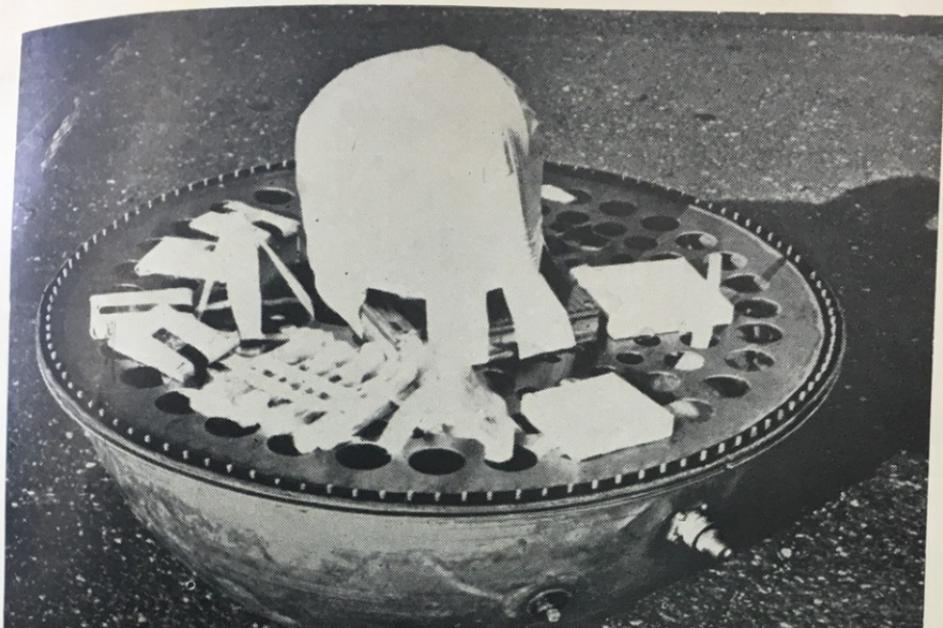


VOL. 4 N° 40 SEPTIEMBRE 1956

Más allá

REVISTA MENSUAL
de fantasía científica





Parte inferior de la góndola con aire acondicionado, que transporta un cráneo, un cerebro y tejidos humanos a los ascensión de 38.430 metros.

el primer "hombre" espacial

EL primer "hombre" espacial que ha cumplido una travesía al frío vacío del espacio, recientemente ha retornado incólume de su ascensión récord a 38.430 metros de altura. No se trata en verdad de un ser humano completo, sino de un cráneo, un cerebro y tejidos humanos seleccionados.

Este histórico vuelo es el primero dentro de una serie proyectada para estudiar los efectos de la alta radiación cósmica sobre el cuerpo humano.

El gigantesco balón estratosférico de material plástico, de 52 metros, se muestra poco firme al principio, pero va tomando forma a medida que el helio se expande en la atmósfera superior.



REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

por L. de la Torre

La mano fué para el hombre su primera herramienta, y a través de una experiencia ya secular, su mejor herramienta.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. A.
Avenida Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novela (I parte):

EL HOMBRE DOBLE, por J. Blish y M. Sherman
La tierra giraba plácidamente: el ataque había empezado 52

cuentos:

EL PRIMERO EN BAJAR, por Kenneth Bulmer
El espacio era una realidad dura y despiadada; y Curry lo sabía muy bien. 4

OPORTUNIDAD PARA UN ASESINATO, por S. J. Bounds
Un cierto plan tomó forma... pero lo llevaría a la justicia. 26

AMAME OTRA VEZ, por C. Emshwiler
Encontró un amor más dulce, pero ya estaban casados 106

aventuras de la mente:

LA SEGUNDA PARTE DE:

EN POS DEL INFINITO

por G. H. Stine, W. Ley, Ll. Mallan 33

LA FIEBRE DEL URANIO, por C. H. Martin, D. Margione y Claude Massot
La IV parte de EL ATOMO A SUS ORDENES 16

LOS ANTI 119

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 116

CORRESPONDENCIA 121

4.000 hombres nuevos por hora (Editorial) 2



editorial



TREINTA y cuatro millones de personas. Esta cifra corresponde al aumento anual de la población del mundo: más de un ser cada segundo, 4.000 por hora, 90.000 por día...

El número de habitantes de nuestro planeta ha ido creciendo ininterrumpidamente desde el comienzo de la historia... y aun antes que la historia, como tal, existiera, cuando el hombre era una fiera tan salvaje como cualquier otra. Antes del descubrimiento de la agricultura, es decir, aproximadamente 6.000 años antes de Cristo, la población humana no pasaba de los 20 millones. Llegó a los 100 millones en la época en que los faraones egipcios alcanzaron la cumbre de su poderío, y a fines del siglo XVII era de 500 millones. Aproximadamente a mediados del siglo XIX pasó los mil millones; en 1920 superó los 2.000 millones, y se calcula que llegará a los 4.000 millones entre los años 1980 y 1985. Doscientos años fueron necesarios para que la cifra de la población mundial se duplicara entre los siglos XVII y XIX; pero setenta años bastaron para que se duplicara una vez más, entre 1850 y 1920, y otros setenta años —36 de los cuales ya han transcurrido— son suficientes para que se duplique por tercera vez.

Son sabidas las razones de este fenómeno. Todo progreso técnico, todo invento o descubrimiento, se traduce directa o indirectamente en un aumento de la población. La tendencia

evidente es hacia un crecimiento numérico ininterrumpido, cada vez más rápido; una expansión explosiva y acelerada, que origina problemas alarmantes y dramáticos. La humanidad, en su lucha para dominar a la naturaleza, ha creado las condiciones más favorables para su rápido desarrollo. ¿No se le habrá ido la mano? ¿No habrá creado al mismo tiempo las causas de su propia ruina? ¿No se volverá la humanidad "el cáncer de la tierra"? Actualmente hay millones de hombres desnutridos, hay ciudades hipertroficadas con barrios en que la gente vive hasta en los techos, donde no hay lugar para tenderse y dormir, donde hay que compartir el espacio con los animales vagabundos.

Lo que impresiona es la sencilla inmensidad del problema. Hoy en día, cuando en nuestros viajes nos alejamos de las ciudades, vemos amplias extensiones poco pobladas, tierras vírgenes, zonas de paz y silencio. Llegará el día en que las periferias de las ciudades se confundirán una con otra, que ya no existirá un paisaje natural intacto. En lugar de campos, habrá plazas o aeropuertos; en lugar de bosques, industrias; y en todas partes, un gentío tremendo de hombres, mujeres y niños... El progreso tecnológico e industrial asegurará a esta inmensa población los elementos necesarios para su existencia; no cabe duda al respecto, ya que la ciencia nos ha demostrado mil veces que ahora estamos explotando sólo (y muy imperfecta-

mente) los recursos naturales que se encuentran más al alcance de nuestras manos y de nuestras máquinas. Pero esta humanidad de los siglos futuros será diferente, porque el alejamiento progresivo del hombre del contacto con la naturaleza modificará sus características espirituales. Cuando nuestra imaginación corre hacia estos tiempos futuros, no tenemos que dejarnos llevar por una romántica añoranza de cosas que no pueden ser: el hombre, el ser más adaptable de la creación, encontrará esparcimiento, solaz y la satisfacción de sus exigencias espirituales y estéticas, de maneras muy diferentes de aquellas que conocemos. En cada instante de la historia, el miedo al porvenir es la característica de la generación anterior; la generación más joven nace ya modificada por el ambiente y perfectamente adaptada a él.

Justamente por la inevitable diferencia que habrá de existir entre el hombre de hoy y el hombre del porvenir, no tenemos que preocuparnos demasiado por él. Es posible, aún más, es seguro que ninguno de nosotros se encontraría bien en el mundo de quinientos años más adelante, donde casi ninguna de nuestras aspiraciones podría ser colmada. Pero ¿qué aspiraciones podría colmar entre nosotros un egipcio del año 3.000 antes de Cristo? ¡El pobre moriría de nostalgia, pensando en sus queridas pirámides, como yo, transportado al siglo XXV, moriría de nostalgia, pensando en nuestros queridos trolebuses!

4.000

hombres nuevos por hora

el



por KENNETH BULMER

ilustró ORNAY

en bajar

Tenía tanto derecho a soñar como cualquier otro hombre. Pero la forma en que decidió realizar su sueño era desdichadamente estúpida.

JOHN Curry acababa de cortar los cables, y ya podía ver, allá abajo, el círculo plateado de la estación espacial que parecía una perla, cada vez más pequeña sobre la ancha y oscura extensión terrestre, cuando oyó que golpeaban a su puerta. No hizo caso y continuó inspeccionando los motores, con su delgado rostro contraído en una expresión absorta e intensa.

El golpe sonó de nuevo y Curry se dió unas palmaditas en las orejas.

—Es posible que haya zarpado en dirección a la luna, y que esté solo —se dijo severamente, en voz alta— Pero eso no es un motivo para que ya empiece a tener pánico espacial y a oír cosas raras.

El golpe se oyó de nuevo: un llamado impaciente en la puerta interna de la cabina.

—Según todos los cálculos científi-

cos —Curry extendió la mano hacia el botón de seguridad que abría la puerta— esto no puede ocurrir. Y según las historias de temas científicos, siempre ocurre.

Y cuando miró a la tapa que había en el centro del suelo de la cabina, esta se levantó de repente y apareció un casco espacial y unos hombros cubiertos con el traje espacial de rigor. Curry no se inmutó, y permaneció tranquilo y descansado en su silla de control, las piernas en posición descansada, mientras el recién llegado volvió a poner la tapa en su sitio y se puso de pie. Después de todo, no había mucho que hacer por el momento.

El individuo se quitó el traje y mostró un rostro pequeño, afilado y nervioso. Su angosta cara estaba tensa y pálida, como si hubiera estado pasando por un momento angustioso, y se pa-

saba un dedo por el cuello de su vestimenta, como si fuera demasiado estrecho para él.

El traje flotaba contra una pared de la pequeña cabina y el extraño se apoderó rápidamente de una manija de sostén. Curry observó que el hombre no parecía enteramente a sus anchas en las nuevas condiciones físicas.

Curry suspiró con aire decepcionado. —Me hice ilusiones de que mi polizón fue: a una mujer. Habría sido más divertido.

—Supongo que desea usted saber quién soy —empezó a decir el desconocido.

—No tengo el menor interés en saberlo —Curry hablaba serenamente, manteniendo el enojo controlado, sin dejar que se manifestara—. Ya me imagino. Usted se llama Tom no sé cuánto y es uno de esos reporteros que tienen que meter la nariz en todas partes, y que ha estado merodeando por la estación espacial, buscando algo que escribir sobre la conquista del espacio por el hombre —La voz de Curry se hizo más viva—. ¿Qué sabe usted de masas, de velocidades, de resistencias de materiales, sino lo que nosotros le damos ya masticado? ¡Y ahora tiene usted la insolencia de meterse de contrabando en mi cohete!

—Los periodistas tenemos una misión que cumplir... tenemos que asegurarnos que el mundo se entera en la forma en que se gastan los miles de millones de...

—En lo que a usted se refiere, los miles de millones se pueden ir a mal lugar. Tuve un quebradero de cabeza en el momento de zarpar, tratando de entender por qué tenía que utilizar una potencia extra para alcanzar la velocidad requerida... y el motivo era que usted había decidido meterse en el cohete y hacer un viajecito a la luna. ¿Qué se cree usted que es esto: un picnic de fin de cursos?

—Sé lo que hago.

—Lo dudo. Probablemente usted no sabe que el combustible extra que he tenido que gastar para levantar su poco atrayente figura tendrá que ser recobrado de algún modo. Este es el primer cohete que va a la luna, Tomasito, no es el último tren subterráneo de la noche del sábado.

Tom se movió, apoyándose contra la pared y sujetándose con la mano en la manija de apoyo —Me doy cuenta de que éste es el primer cohete a la luna —dijo—. Es por eso que estoy aquí. Quiero ser el primer hombre que pise la luna.

Curry se recostó contra el respaldo de su silla, consternado por aquellas palabras. Tom se deslizó torpemente por la cabina, asegurándose con las manos firmemente antes de dar un nuevo paso. Curry chasqueó la lengua despreciativamente.

—No necesita usted moverse como si temiera caerse por la ventana. Deje que su cuerpo descanse. Vaya usted flotando a donde quiere ir —Miró con ojos iracundos al reportero, que se aferraba fuertemente a la baranda—. Y en cuanto a eso de ser el primer hombre en la luna... lo mejor es que lo olvide. Hace mucho tiempo que todo eso ha quedado arreglado.

—No me entienda usted mal, Curry —dijo Tom deliberadamente—. Voy a ser el primer hombre en la luna.

—Bah, no diga bobadas... —empezó a decir Curry, y se quedó muy tranquilo y muy quieto al ver la pistola automática, grande y antiestética, que el reportero extrajo de sus ropas.

Curry sabía que él tenía que ser el primer hombre en la luna. Era por eso que había seguido viviendo cuando hubiera sido más fácil morir. Pero, ¿era posible que este loco lo entendiera? Apelar a las emociones de aquel hombre parecía una probabilidad que no iba a dar resultados.

Curry extrajo de entre sus ropas un pedacito de metal algo gastado y se lo

MÁS ALLÁ

mostró a Tom. Era negro y tenía manchas.

—¿Sabe usted lo que es esto, Tom?

—No.

—Es un pedazo de metal de cubierta de un cohete A-4. Lo que llamamos vulgarmente un V-2. Entonces yo tenía diez años, cuando los hombres de las escuadrillas de salvamento me lo dieron. Aunque con el tiempo he olvidado un poco aquellas circunstancias, siempre lo llevo conmigo. Sobre todo ahora, en el primer cohete que va a la luna.

—No sé de qué está usted hablando —dijo Tom ásperamente.

—Piense usted. Un niño que encuentra que todo lo que tenía, las cosas y las personas, desaparecen de repente, son aniquilados por el fuego de una bomba. ¿Qué impresión habrían de hacerle los cohetes a ese niño? ¿Qué habría sentido usted en su lugar? Ya lo sé. Y es por eso que todos parecían esperarlo de mí.

Curry estrujaba en la mano el pedazo de metal, de tal modo que los bordes mellados le marcaban la piel. Todos suponían que yo tenía que odiar porque mis padres habían sido muertos. No veían otra salida. Lo único que yo entendí fué que con las grandes posibilidades que ofrecía la ciencia de la construcción de los cohetes habían seguido mal camino. Estudié. Me dediqué enteramente al problema. ¿Ha vivido usted alguna vez durante un año, comiendo un pedazo de pan viejo como almuerzo, a fin de comprar más libros de texto? ¿Ha trabajado usted la mitad de una noche en un cuarto helado, porque no tenía dinero para calefacción? Y además de todo, hay gente que me llamaba loco porque tenía cohetes en la cabeza y visiones en la mirada.

—Muy conmovedor —los delgados labios de Tom descubrieron los dientes amarillentos y su rostro tenía una expresión amarga y hostil —Ningún diario publicaría eso. No se vendría

—Perfectamente. Pero esas son algunas de las razones por las cuales no será usted el primer hombre en desembarcar en la luna.

—No es usted el único hombre que ha trabajado para que llegara este momento, Curry. Ya le dije que yo sabía lo que hacía cuando me metí a bordo.

—¿Qué cree usted que va a sacar de todo esto? —Curry no se tomaba ninguna molestia para ocultar el desagrado que le inspiraba el reportero—. Cuando esté usted de vuelta, ¿qué cree que ocurrirá?

—Cuento con el mundo. Seré un héroe. ¡El primer hombre que ha estado en la luna! —Tom se humedeció febrilmente los labios, pero la pistola siguió firme en su mano. Piense usted. Piense en todo el dinero que podré hacer. Piense en los titulares de los diarios. Artículos, entrevistas, televisión, radio. Seré todo un triunfo. Sí, Curry, sé qué he de esperar cuando esté de vuelta.

—Es usted muy estúpido —dijo Curry vivazmente—. Quedará envuelto en una red de secretos de Estado y ya no lo dejarán salir más de las zonas de seguridad...

—¿Estúpido? Me hace usted gracia —Tom movió la mano en que tenía la pistola automática y sus dientes amarillos brillaron a la luz de control—. Me temo que sea usted el estúpido. ¿Cree usted que no soy capaz de arreglármelas con todos los personajes? Si me eligieron para esa misión, no fué precisamente por mi estupidez. Soy astuto, Curry, muy astuto: no lo olvide.

—Mal puedo olvidar lo que nunca he pensado —contestó Curry—. Me limitaré a decirle que, si llegamos a la luna dentro de cinco días, yo he de ser el primero en bajar.

Tom empuñó la pistola y la apuntó al pecho de Curry.

—Este amiguito no es de esa opinión —dijo.

Curry se recostó en la silla de control y cruzó las piernas rigidamente. Si las dejaba en la misma posición mucho tiempo, se le acalabraban. Pero los médicos le habían dado el visto bueno, por respeto al sueño que habitaba su alma.

—¿Llegó usted a leer los informes que dimos a los periodistas en el momento de zarpas de la estación? —preguntó Curry con aire indiferente.

Los ojos de Tom manifestaron preocupación.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué? La pistola seguía firme.

—Quería saberlo. ¿Recuerda usted la magnitud del impulso que se requiere para enviar a este cohete hasta la luna? ¿Cuánto tiempo es menester mantener la presión del impulso?

—No.

Por un momento los ojos de Curry brillaron, y Tom hizo una mueca.

—Si esta es la manera que tiene usted de decirme que no puedo manejar este aparato, le advierto que no me asusta usted en lo más mínimo.

Y Tom dió un golpecito a la pistola con su mano libre, con tiempo suficiente para asirse de la manija en el momento en que su cuerpo empezaba a flotar. Pues esta pistola quiere que usted aterrice. Y en la forma en que yo diga.

—Vamos —dijo Curry, y se cruzó de brazos detrás de la nuca—. Dispare.

Y cerró los ojos.

—Y no olvide usted —añadió Curry, con un tono de voz que sonaba opaco y seco en la pequeña cabina— que nunca podrá regresar a la Tierra. Seguirá usted vagando por el espacio. O irá a parar al Sol. Vamos, pues, dispare usted y váyase al demonio.

—En esto se equivoca usted, Curry —la voz de Tom era suave y sonaba con reverberaciones sibilantes desde las paredes de metal—. Yo no cometeré la tontería de matarlo. Está bien, yo no puedo manejar este cohete y lo necesi-

to para todos los cálculos. Para eso fué usted al colegio. Mi educación no fué precisamente la misma.

—¿Pudo llegar usted a segundo grado? —preguntó Curry con voz perezosa, sintiendo que adquiría nuevamente el dominio de la situación.

—Si no aterriza usted este cohete en la luna, del modo que yo le indico, le meteré una bala en la rótula. Y eso no es nada agradable, se lo aseguro. Y si sigue usted sin entrar en razón... bueno, siempre le queda otra rodilla.

Curry se movió pesadamente en su asiento, abrió los ojos y miró fijamente a Tom, que se asía a la baranda. Entonces habló, con voz cortante:

—Tal vez crea usted que este viaje a la luna es una fija. Pues bien: no lo es. Pese a todos los planes y los preparativos, las posibilidades de éxito son muy escasas. Para ello, todos nosotros hemos trabajado en grupo: algo que usted nunca podrá entender. Todos nosotros en la Tierra, en la estación, hemos tenido que luchar contra los prejuicios de los sujetos como usted, hemos luchado contra los espacios vacíos, hemos luchado cuando nuestro coraje empezaba a faltarnos en los terribles momentos finales. Todos queríamos ser el primer hombre en la luna, todos los que habíamos visto cómo este sueño se fué formando paso a paso. ¿Por qué cree usted que me eligieron a mí?

Tom empuñó el arma como si quisiera evitar lo que se aproximaba.

—Me eligieron a mí porque soy un deshecho humano, porque no soy más que un cerebro, un corazón, unos pulmones y una cuerda de plata.

Curry quitó la cubierta de sus piernas y Tom retrocedió al ver el cuero, el metal y el plástico de las piernas de Curry sobre la silla.

—Tire usted contra mis rótulas —dijo Curry con ensañamiento—. Dese el gusto. Pero ha llegado usted un poco tarde. Aquel maldito V-2 llegó antes que usted.

La cara de rata de Tom palideció, y tragó saliva una o dos veces. Con-
trajo los labios y se acercó a Curry,
aferrándose a la manija.

—Está bien. No le romperé las rú-
tulas. Pero hay otras cosas que puedo
hacer. Siempre me he salido con la
mía, desde que he tenido edad para
saber lo que estaba haciendo. Es mejor
que haga usted lo que le digo, Curry,
antes de que me porte realmente mal.

—¿Es posible que sea usted tan es-
túpido que no haya comprendido toda-
vía que no forma usted parte de mis
planes, en ningún modo? Voy a la
luna y he de ser el primer hombre que
allí ha de bajar. No hay nada, absolu-
tamente nada en el mundo que pueda
hacerme cambiar de idea. Estoy acos-
tumbrado al dolor. Toda mi vida la he
pasado en medio de sufrimientos a
causa de lo que me hizo la explosión
de aquel cohete. Usted y su ridícula
pistolita me hacen reír.

—Un momento... —empezó a decir
Tom, y la frente se le perló de sudor.

—Ni un momento ni nada. Puede
usted matarme. Entonces se internará
usted en la eternidad, o irá a dar al
sol, no sé cuál de las dos alternativas
por el momento. Y de todos modos me
tiene sin cuidado lo que pueda ocu-
rrirle. No daría ni diez centavos por
sus poco valiosos pedazos.

—Oígame, Curry...

—Y en cuanto a los titulares de dia-
rios..., no habrá ninguno, porque
nunca lo sabrá nadie.

—Pero...

—¡Cállese la boca!

Curry dió la espalda al periodista
azorado, y sacó un lápiz de sus ropas.
Tenía blanca la punta de la nariz.

—Tengo que hacer algunos cálculos;
tengo que averiguar qué significa su
repugnante cuerpecito en términos de
combustible. Algo sobre lo cual usted
no sabe nada.

En el mundo familiar de las mate-
máticas, del combustible en relación

con la gravedad, de la aceleración y
el impulso requerido, Curry se olvidó
completamente de la existencia del po-
lizón. Se había gastado más combusti-
ble del que hubiera sido deseable. Esto
representaría un mayor gasto para lle-
gar a la luna de lo que se había calcu-
lado antes. Más combustible que debía
usarse a causa del peso extra de Tom
y de su traje espacial, que ahora figu-
raba como simples cifras en el papel
de Curry.

Y lentamente la cifra dió..., un
resultado desagradable. No habría su-
ficiente combustible para obtener la
administración de velocidad en torno
a la órbita de la Tierra y la aproxima-
ción a la estación espacial. Ni siquiera
con el combustible extra, que se había
incluido para casos de emergencia. Cur-
ry volvió a examinar las cifras y se
dió cuenta de que el asunto era in-
practicable. Dejó caer el lápiz de sus
dedos, y el lápiz tomó su lugar corres-
pondiente.

—¿Qué se dice? —Tom seguía afe-
rrado a la manija, y tenía los ojos fue-
ra de las órbitas por el susto.

—¡Tendría que echarlo fuera de este
aparato! —gruñó Curry—. Sería un
buen precedente, además.

—¡Usted no puede hacer eso! —Tom
se babeaba al pronunciar estas pala-
bras, y pequeños glóbulos de saliva flo-
taron en el aire. Después recordó su
pistola y la asió con una mano que,
a pesar de una presión vigorosa, tem-
blaba incontinentemente.

—De todos modos, no podrá usted
hacerlo mientras yo tenga el arma —y
en su voz había un cierto alivio cansa-
do, una decisión patética de aferrarse
a su creencia en el poder de la pistola.

Curry juró.

—...y en cuanto a su pistola...
¡oígame! ¿Recuerda usted los cuentos
antiguos de hombres que obligaban a
un aviador a aterrizar en un determi-
nado lugar, apuntando con su pistola
a la cabeza de él?

Tom tragó saliva y se arregló para
chascar la lengua.

—Por supuesto que me acuerdo. Y
supongo que el tipo que creía que tenía
que hacer lo que decía el aviador, era
un tonto. Un poquito de diplomacia
obra maravillas... —la voz era inse-
gura, a pesar de sus jactancias.

—La cuestión es ésta —dijo Curry
impacientemente—. Cuando el piloto
convencía al hombre que él tenía el
control del aparato, podían aterrizar en
algún lugar con toda seguridad —la
voz se volvió cáustica—. Pero nuestro
caso es un poco diferente. Usted, con
su cerebro de gallina, no puede darse
cuenta, pero el espacio no es lo mismo
que la Tierra. El peso suyo gasta más
combustible del que se había calcula-
do. No tenemos suficiente para aterri-
zar en la Luna, y volver al punto de
partida en la Tierra.

Curry mantuvo los ojos fijos en la
cara del otro, sin prestar atención a la
amenaza del revólver.

—No es suficiente con el peso que
tenemos actualmente.

—Usted no me va a echar fuera —
Tom se aferró con más firmeza a la
manija—. ¿No puede dar marcha atrás?
¿No tenemos bastante para eso?

—Naturalmente. Nos sobra —Curry
era sarcástico, pero sus mejillas encen-
didas traicionaban sus palabras mesu-
radas—. Ahora podríamos volver. La
cantidad de combustible necesario para
esa operación será la requerida para
sobrepasar nuestra aceleración presen-
te. Entonces empezaremos a volver a
la Tierra. Hay bastante para que en-
tremos de nuevo en la órbita.

—Bueno, entonces eso es lo que te-
nemos que hacer...

—¡Eso sí que no! Empecé este via-
je para ir a la Luna. Y allí voy. No
podrá usted impedirlo. Aunque sig-
nifique que de vuelta, nos estrellamos
en la Tierra, o que la pasamos de lado
y vamos a parar al sol.

Tom se pasó una mano temblorosa

por la cara. La pistola casi resbaló de
su mano sudorosa, y él la volvió a asir
con un terror convulsivo.

—¿No podemos hacer algo?

—Ya le he dicho qué podemos hacer.
Puede usted saltar al espacio, y enton-
ces habrá suficiente combustible.

—¡No! ¡Canalla! ¡Dé vuelta!

—¡Váyase usted a los mil demonios!
Yo soy quien da órdenes aquí.

—No tiene derecho a hacer esto.

—¿Por qué no? Se ha metido usted
aquí sin ser llamado, ha echado a per-
der la labor de toda la vida de hombres
dedicados a esto y sólo a esto. No me-
rece usted misericordia. No es usted
nada más que un criminal.

Tom temblaba ahora en todo el
cuerpo; el sudor cubría su angosta ca-
ra, que brillaba con una expresión em-
fermiza. Levantó la pistola y después
la puso a su lado. Se le movía la boca.

—Si lo mato, seguiré andando por
el espacio sin dirección, o iré a dar al
sol. Y si no...

Por primera vez desde que Tom
había entrado a la cabina, Curry se le-
vantó de su asiento. En su rostro no se
veía ninguna emoción clara; arrugas
profundas, marcadas en los largos años
de luchar contra el dolor, ensombrecían
su boca, y daban a su rostro un
aspecto mortuario. Avanzó ágilmente
por la cabina, pasando frente al perio-
dista aterrado, y llegó junto a la vál-
vula de escape de aire.

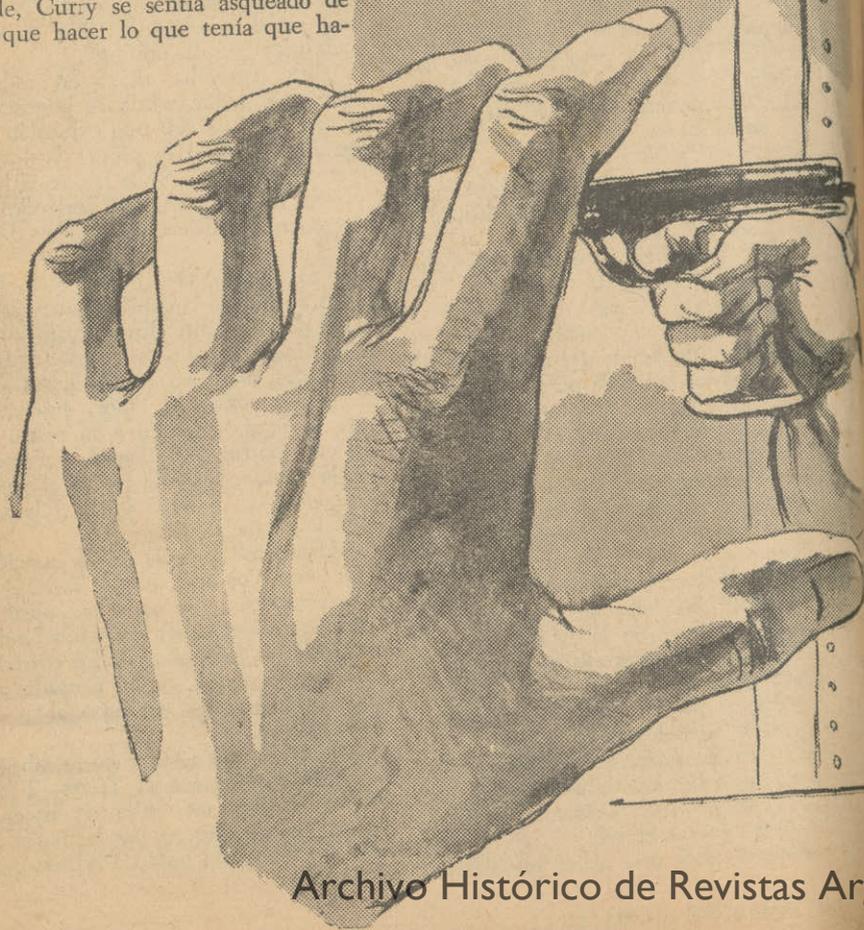
—Usted me conocía en la estación,
Tom —los ojos de Curry se habían fi-
jado hipnóticamente en el periodista—.
Usted me debe haber visto moviéndome
como un fantasma por los corredores.
¿Supongo que no ha pensado usted
nunca que no me especializo en
el fútbol?

Tom tragó saliva y meneó la cabeza.

—Nunca volveré a la Tierra, Tom.
Allí debo usar una silla de ruedas.
Soy un lisiado que no puede moverse.
Aquí soy libre, sin trabas, soy más que
un hombre.

Curry apartó los ojos de Tom, sin reparar en la amenaza de la pistola y se puso a mirar, con las pupilas dilatadas, por un ojo de buey del cohete espacial. Estrellas, estrellas y más estrellas. Se extendían en congregaciones brillantes, hasta que el mar de luz era continuado en incontables nébulas más allá del borde de la Galaxia. Un fuego continuo que sobrepasaba todo lo que un cerebro de hombre podía abarcar. Era el espacio. Y el espacio era una realidad dura y despiadada.

En su condición de ser humano razonable, Curry se sentía asqueado de tener que hacer lo que tenía que ha-



cer; pero los sueños y las aspiraciones de todos los hombres, concentrados y realizados en este último esfuerzo del equipo de científicos, estaban por encima de cualquier otra consideración. Todo aquel múltiple esfuerzo culminaba en este único hombre metido en una frágil cápsula de aire que avanzaba valientemente por el espacio. Todos estos sacrificios no podían, no debían, quedar desperdiciados.

En un solo movimiento flexible, como la aleta de un tiburón que se apresta al ataque, Curry avanzó por la cabina, con su brazo izquierdo de metal y de plástico y su única mano normal, la derecha, extendida y dispuesta a posesionarse de la pistola.

Temblando de miedo, Tom disparó dos veces. Después, los dedos delgados y despiadados de Curry se apoderaron de la pistola y de la mano y, con un gesto casi natural, dió un culatazo sobre la sien de Tom.

De vuelta en la silla de control, Curry se ató de nuevo, con el rostro sombrío y tenso y un gusto agrio en la boca. Su ritmo de respiración no había cambiado, y miraba casi lánguidamente a Tom, que se arrastraba torpemente por la cabina, patas arriba con relación a Curry. La boca del periodista estaba abierta con una expresión tonta. Y sus dientes postizos flotaban en el aire, a su lado, y la materia plástica de la cápsula brillaba a la luz fluorescente, a medida que se alejaba de su pálido rostro.

Aquel sujeto era un débil y repugnante ser, que soñaba con ver su nombre en la primera página de los diarios. Pero tenía que tener una ambición dominante, una buena dosis de valor para meterse de contrabando en el primer cohete que iba a la Luna. Naturalmente, lo que le atraía era el dinero y la publicidad. Curry sintió dentro de sí una duda sobre su propia capacidad para realizar el próximo paso, y recordó los años amargos, angustio-

sos que había pasado, a fin de llegar a este momento de realización. ¿No tenía él el derecho de ser el primer hombre en la luna? Su sueño había sido compartido por su grupo de investigación, pero él había sido el motor propulsor. ¿O todo fué tan fácil porque él no era más que un lisiado?

Chasqueó la lengua con amargura pasándola por los labios. El olor de los disparos era bastante fuerte junto a sus narices.

Y los dos disparos habían descompuesto la radio. Ahora que estaba en condiciones de ponerse en contacto con la estación, le faltaban los medios. Chasqueó de nuevo la lengua y extendió la mano en busca de un botellón de agua. Bebió del cuello. Estaba enteramente separado de todo ser humano, y el único ser humano —por así llamarlo— que estaba a su lado, en la inmensidad del espacio, estaba inconsciente y había que arrojarlo al espacio. Curry tiró el botellón de agua vacío por el agujero de eliminación y se secó la boca.

Había llegado el momento.

En primer término, recobró la pistola flotante y se la metió en un bolsillo, cerrando a medias el cierre automático. Tom gimió. Lo mejor era proceder rápidamente, mientras el periodista seguía en estado inconsciente, a fin de evitar escenas desagradables. El traje espacial podía seguirlo, junto con el revólver. Había que librarse de todo peso inútil.

Aflojando las cuerdas de seguridad, Curry salió de la silla de control y se dirigió en dirección a Tom, chocó con él, y, empleando su propio impulso, los dos fueron a parar junto a la válvula de aire. El botón de seguridad estaba abierto, de tal modo que Curry podía operar manualmente con la cubierta. La tapa cayó al suelo, produciendo un ruido sordo, pero sorprendentemente intenso.

La introducción del blando cuerpo

del periodista en la abertura no ofreció grandes dificultades. Curry se preguntó si convenía echar ahora el traje, o esperar, cuando un gruñido de Tom lo decidió. Extendió la mano hacia el control manual.

—¿Qué ocurre? ¡Mi cabeza! —las palabras de Tom sonaban dolorosamente. Parecían indistintas y vagas. Debía ser a causa de la falta de dientes—. ¡Curry! ¡Espere! ¡No me tire! Quiero decirle algo...

—No gaste saliva inútilmente —Curry habló con impaciencia, fastidiado por el hecho de que el hombre hubiera recobrado el conocimiento antes de terminar con la operación—. No puede usted decirme nada. ¡Quédese ahí!

Mientras Tom trataba, torpemente, de asirse del borde de la abertura, Curry abrió un bolsillo de su traje y extrajo la pistola. Señaló con él en dirección a la cabeza del periodista.

—¡No dispare! —Tom se puso bizco y con las manos se aferraba desesperadamente al borde de metal—. Sé muy bien que mi peso no hace ninguna diferencia hasta el momento en que nos dispongamos a aterrizar en la Luna. Déjeme vivir un poco más. ¡Por favor, Curry, por favor!

—De ese modo, podrá usted cómodamente librarse de mí en cuanto me quede dormido.

—Le prometo que...

—No me haga reír.

Los ojos de Tom parecían muy hinchados en sus órbitas y la luz se reflejaba en su rostro humedecido. Todo el cuerpo le temblaba.

—¡Curry, se lo ruego, perdóneme! ¡Vuélvase! ¡Dios mío, no puedo soportar la idea de morir de este modo!

—Debió usted haberlo pensado en el momento de meterse en camisa de once varas. Ya le he dicho que no me interesa lo que pueda ocurrirle. Yo soy el hombre que ha de bajar en la Luna. He renunciado a demasiadas cosas en la vida para que me hayan de privar

de esta última satisfacción —la voz de Curry temblaba—. No voy a renunciar a la realización del sueño de mi vida. ¡Vamos! ¡Al ojo de buey!

—Escúcheme, Curry —la voz de Tom era suplicante, la mirada vacía de sus ojos y la boca que babeaba, sin dientes, despertaba una náusea en Curry—. No es usted el único que ha tenido sueños. No es usted el único que lo ha pasado mal. Yo nací en la miseria y tuve que luchar con uñas y dientes por una vida mejor, y aunque era capaz de escribir más o menos bien, tuve que pasarlas negras. Sí, Curry, sé muy bien lo que es una vida de perro. No fué sólo por falta de dinero que me metí aquí, he pasado noches en vela, en tugurios infectos, soñando en los mundos del futuro. He observado muchas veces a la Luna, blanca y helada, y es por esto que estoy aquí. Y me he dicho a mí mismo que habré de llegar un día, en la Tierra, en que todo el mundo tendrá mejores oportunidades que las que yo tuve. Todo es una locura. Me confundo...

—¿También usted? —dijo Curry con voz suave, un poco sorprendido de lo que estaba oyendo—. Me pregunto cuántos otros míseros mortales han sentido el mismo deseo de alcanzar un mundo más puro, más limpio.

—Esperé que se presentara la oportunidad —continuó diciendo Tom, con respiración afanosa y entrecortada—. Esperé y esperé, mientras estaba usted estudiando en su boardilla, día tras día. Tuve mis sueños, los sueños de toda la humanidad. En realidad, no es usted más que el agente físico de ese sueño.

—Supongo que tiene usted tanto derecho a soñar como cualquier otro hombre —convino Curry de mala gana—. Pero la forma en que ha decidido usted realizar su sueño es desdichadamente estúpida. Quiere usted triunfar echándose a la espalda de los otros. Puede usted argumentar cuánto quiera, pero no hay más remedio. Tengo que

tomar en cuenta el trabajo que esto representa y...

—No puede usted echarme al espacio vacío. ¡No puede usted hacer tal cosa! También he luchado por este momento. He hecho mis planes, he odiado a la vida, me he odiado a mí mismo, poseído por el deseo de conquistar las estrellas. Tal vez hice mal al meterme aquí de contrabando, pero algo más fuerte que mi conveniencia me impulsaba...

—No vale la pena, Tom. La humanidad necesita los planetas. Piense usted en el nido de víboras que es la Tierra en este momento.

Curry se sorprendió un poco del hecho de estar discutiendo con el sujeto. ¿Por qué no terminaba con el asunto de una vez? Después de todo, era él quien tenía el revólver, ¿o no? Cambió la posición de sus piernas de cuero y de plásticos y se acercó más al borde del ojo de buey.

—Siempre he sabido que es un nido de víboras. Siempre he obtenido lo que he querido..., en cuanto me di cuenta que uno no tiene por qué ser el que recibe siempre las bofetadas. No creo que podría conservar mi juicio ante esta sola idea. ¿No podemos volver? ¿No se puede intentar nuevamente dentro de unos días?

—No podemos volver. No hay nada más que decir. Estamos ya al borde de la catástrofe, con los depósitos de bombas atómicas que ya están rebosantes. La humanidad tiene necesidad de los planetas. Esos pocos días hacen toda la diferencia del mundo. No tendrá usted más remedio que hacer un viajecito por el espacio.

—¿Qué me quiere usted decir? Que nacerán muchos más seres como usted y como yo, lisiados mental y físicamente, si la Tierra no coloniza los planetas. ¿Es eso lo que me quiere decir?

—Así es, Tom. ¡Bueno, en marcha!

—¡No, por favor, Curry! No me obligue a saltar. ¡Por amor de Dios!

Y mientras hablaba, Tom logró apartarse del borde del ojo de buey y se echó sobre Curry. Los dos hombres lucharon formando una especie de macabro ballet acuático, y finalmente Tom logró apoderarse de la pistola y la apuntó contra la forma flotante de Curry. Su aliento formaba volutas que parecían de cigarrillo.

—¡Tengo la pistola! ¡Atrás!

Curry suspiró.

—Creí que el asunto había quedado en claro. Usted no cuenta. Además de la necesidad que tiene la Tierra de planetas nuevos, además de los sacrificios de todos nosotros..., bueno, la verdad, Tom, es que usted es ridículo.

Tom no dijo nada. Se limitó a mirar la pistola que tenía en la mano con una expresión ofendida y azorada en su macilento rostro. Y Curry empezó a hablar de nuevo.

—Hace algunos años se envió un cohete experimental, antes que estuviera construida la estación. El hombre que lo conducía era una especie de explorador, al cual enviamos para que averiguara cómo estaban las cosas por estas regiones. Hubo una descompostura en el aparato, pero este hombre, estúpido y heroico, se mantuvo todo el tiempo en el aparato y nos mandaba informes sobre los instrumentos, de tal modo que nosotros, en la Tierra, no volviéramos a cometer los mismos errores en una nueva ocasión.

Curry tomó envión, disponiéndose a echarse encima de Tom, y morir tal vez en el encuentro, si la pistola disparaba. No le importaba. De una manera u otra quería terminar con la historia. Sonrió levemente.

—Voy en busca de usted, Tom. Y esta vez es la vencida.

Y al lanzarse contra Tom, el rostro angosto del periodista se contrajo, y el hombrecito estalló en sollozos. Curry avanzó el brazo dispuesto a tomar la pistola, y le pareció que todas las estrellas de la Galaxia se daban cita en

su cerebro. Lentamente se dió cuenta que Tom, desesperado, había hecho fuego. No sintió ningún dolor, pero notó que perdía el sentido, y sólo creyó hundirse vertiginosamente en un blando colchón de espuma.

Cuando volvió en sí, Curry quedó más que sorprendido al darse cuenta que había recobrado la conciencia. Meneó la cabeza. Estaba echado en forma casual sobre la silla de control y, automáticamente, se enderezó en su asiento y se puso en posición correcta. Esto no importaba lo más mínimo en relación a lo que tenía que hacer.

Miró alrededor de la pequeña cabina, mientras los ojos le saltaban, y sentía un dolor agudo en la nuca. Entonces se puso tieso, empezando a recordar vagamente.

Era la única persona que estaba en la cabina.

La tapa de la entrada de aire estaba cerrada. Cuando Tom lo había golpeado, había estado cerrada. Miró rápidamente a los controles. Todo en orden: aún podía mover el control de la tapa. Y la luz roja, que indicaba que el escape de aire estaba abierto, lo miraba fijamente, malignamente.

—Que me lleve el diablo... —dijo Curry en voz alta—. El tipo quería hacerlo por su cuenta —y luego, con voz más suave—: Un tipo raro.

Se sobresaltó al oír un crujido leve cerca de su pecho. Bajó la mirada y vió un billetito de papel blanco metido en una abertura de su traje. Lo desenvolvió cuidadosamente, preguntándose qué poema periodístico habría inventado Tom en sus últimos momentos.

La nota era muy sencilla.

“Los titulares de los diarios los dejo a su discreción”.

La conquista del espacio en cinco etapas.

¿CUALES serán las fases sucesivas de la conquista del espacio por el hombre? Los plazos que fijamos para cada una son evidentemente arbitrarios.

La realidad puede ser más rápida que las previsiones más optimistas. Por ejemplo: hace un año se había previsto para 1970 el satélite artificial de la Tierra. La construcción del motor atómico para cohetes permitirá ahora el lanzamiento en 1957 ó 1958, es decir, doce años antes de lo que se creía.

He aquí un cuadro razonable:

1º) Período preparatorio (1949 - 1957).

2º) Lanzamiento de satélites artificiales, cada vez más grandes y cada vez más lejos de la Tierra (1957 - 1963).

3º) Creación de islas en el espacio, a una distancia aproximada de 2.000 kilómetros de la Tierra (1962 - 1980).

4º) Exploración de la Luna (1980 - 2000). El profesor Khlitzzevitch asegura que el primer hombre que desembarque en la Luna, lo hará antes de 1966.

5º) Exploración de los planetas del sistema solar (2.000 - 2050). Allí se detendrá la conquista del espacio por el hombre. En efecto, no podremos nunca llegar a las estrellas; pues para alcanzar la más cercana, Alfa del Centauro, situada a cuatro años luz, serían necesarios, aún con motor atómico, varios miles de años.

por G. H. MARTIN,
DANIEL MARGIONE
y CLAUDE MASSOT

a sus órdenes

IV PARTE

Los más grandes científicos atómicos de nuestra época han colaborado en estos sensacionales artículos sobre la explotación pacífica de la energía nuclear. *MÁS ALLÁ* se enorgullece de presentar en sus páginas esta serie de interesantísimas notas sobre los más importantes resultados obtenidos en el campo de la Física y de la Biología. En los próximos números en que aparecerá la continuación de *EL ATOMO A SUS ORDENES*, el equipo científico de *MÁS ALLÁ* responderá a las preguntas más interesantes que le formulen sus lectores. Escriba breve y claramente a *MÁS ALLÁ*, Alem 834, Buenos Aires.

Dentro de algunas semanas recibiremos los primeros modelos.

Pero el soldado tiene prisa; sólo espera el fin de su servicio militar para volver al Colorado y a su única pasión: la búsqueda de uranio.

Toda Norteamérica busca uranio

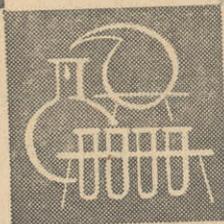
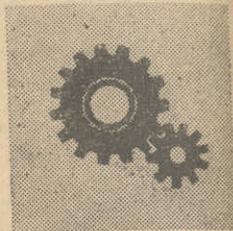
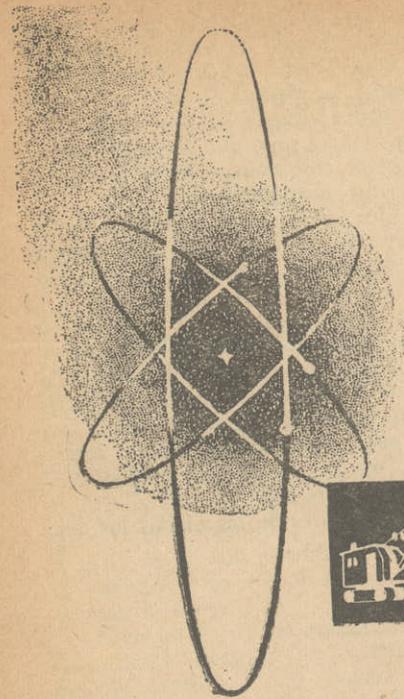
Miles de norteamericanos, aficionados y profesionales, se dedican ahora a la "caza del uranio", en avión, en automóvil o a pie.

La fiebre del uranio, que comenzó

hace seis años en el *Far West*, ha alcanzado últimamente la Quinta Avenida, emporio de Nueva York. Entre la compra de un vestido y la de un sombrero, la neoyorquina puede entrar en un comercio de instrumentos nucleares para adquirir un contador gieger, un azadón, una brújula y un mapa geológico... y luego encaminarse a buscar uranio en su jardín.

La mayor parte de los buscadores son aficionados. Durante el último año se han fabricado y vendido en Estados

el átomo



4 LA FIEBRE DEL URANIO

Como la "fiebre del oro" de antaño, la "fiebre del uranio" exalta ahora la imaginación de los norteamericanos.

Mostramos hoy cuál es el equipo de los buscadores aficionados.

En los artículos precedentes hablamos de la función de los isótopos radiactivos en la medicina y del primer submarino atómico, el *Nautilus*.

En Nueva York

—Eso no me sirve —declara un joven recluta, al examinar el contador

de radiaciones que le ofrece el vendedor—. Estoy solo en el avión, y no puedo pilotear, buscar uranio y vigilar el contador al mismo tiempo.

El señor Veit, ingeniero jefe del Centro Atómico (la gran tienda estadounidense especializada en la venta de todos los accesorios), conoce a fondo el problema, y contesta:

—No es usted el único que pide un contador que haga sonar una campanilla en lugar de iluminarse para señalar la presencia de radiactividad.

Unidos más de 30.000 contadores géiger. El cateador por afición ha revolucionado la plaza. Antes era menester dirigirse a los proveedores especializados para conseguir los instrumentos necesarios. Hoy, *Sears Roebuck* y *Montgomery Ward* ofrecen contadores géiger en sus catálogos; su clientela se extiende por los 48 estados norteamericanos; los compradores reciben la mercadería por encomienda. Ambas empresas anuncian que sus ventas sobrepasan las previsiones más optimistas.

El buscador aficionado no puede consagrar a este nuevo pasatiempo más que sus fines de semana y sus vacaciones, pero puede ejercerlo en cualquier lugar. Se cuenta que un novicio fué a probar a su jardín, en Pensilvania, un contador géiger que acababa de comprar. Le contrarió mucho comprobar que, cada vez que se acercaba a determinado lugar, el "ruido de fondo" de su contador se triplicaba (el ruido de fondo es el que produce el contador géiger cuando está iluminado, haya o no haya radiactividad, y tiene su origen en los rayos cósmicos que bombardean la tierra). Persuadido de que su contador estaba descompuesto, corrió a la tienda que se lo había vendido. Como el aparato se encontraba en perfecto estado, un especialista de la casa fué a examinar el jardín y explicó al aturdido cliente que el repiqueo "anormal" indicaba simplemente que había materias radiactivas bajo el césped.

Pero no es oro todo lo que reluce, ni es necesariamente uranio todo lo que aumenta el ruido de fondo del contador. La esfera fosforescente de un reloj, colocado cerca de un contador géiger, quintuplica el repiqueo; pues el material con que están hechas las agujas y las cifras luminosas, es radiactivo. Por otra parte, si bien las minas de uranio son raras, por todas partes pue-

den encontrarse rastros de tan precioso elemento.

Una nueva industria: los instrumentos de cateo atómico

No todos los clientes del Centro Atómico son cateadores. Algunos, que temen un ataque atómico, compran contadores géiger como simple medida de previsión. Naturalmente, los mejores clientes son los hospitales, los laboratorios de investigaciones nucleares, las universidades y las sociedades industriales. En efecto, todas las empresas que poseen un reactor atómico deben adquirir además un complicado y costoso cúmulo de accesorios y de instrumentos de revisión y de seguridad, destinados a proteger al personal.

Estas necesidades dan origen a una nueva industria: la de la provisión de equipos atómicos. Hace diez años había en Estados Unidos muy pocas compañías que fabricaran aparatos nucleares; entre todas producían tan sólo 8 instrumentos diferentes. En la actualidad, 100 compañías fabrican 360 clases de instrumentos atómicos.

El gobierno es, lógicamente, gran comprador de aparatos nucleares. La Comisión de Energía Atómica tiene en su inventario cerca de 200.000 instrumentos, y sigue comprando otros a razón de ocho a diez millones de dólares por año. Se estima que la defensa civil, por sí sola necesitará unos 50.000 contadores géiger (el contador géiger permite medir las radiaciones en los alimentos, en el agua, en las ropas, etcétera), y más de un millón y medio de dosímetros (éstos miden el grado de radiactividad a que está expuesto un individuo).

Tal desarrollo de la industria de los instrumentos atómicos está estrechamente ligado al uso cada vez más extendido de los radioisótopos. En 1954, el número de compradores de aparatos para investigaciones isotópicas era de

2.500 (1.000 para investigaciones industriales, 900 para investigaciones médicas y 600 para trabajos diversos). Se estima que, en los cinco próximos años, la venta de aparatos atómicos, nada más que a clientes especializados en radioisótopos, alcanzará la suma de 60 millones de dólares.

Pero el parroquiano más fiel y pintoresco del Centro Atómico es el cateador aficionado, que llega en persona a elegir su equipo: el minero en ciernes, buen neoyorquino, que vive en el centro de la ciudad, en el barrio más distinguido. Hace apenas seis años, el Centro Atómico se inició en un minúsculo local, ofreciendo un solo modelo de contador géiger (precio: 54,40 dólares). En la actualidad existen 100 modelos diferentes, y muy buenos vendedores que acechan al azorado cliente.

—Empecemos por aquí—nos dice el señor Veit—. Este es el *snooper* (literalmente: "el husmeador"), que cuesta 29,95 dólares. Lo vendemos sobre todo a las escuelas y a los jóvenes. Por 3,95 más, le entregamos a usted esto—nos muestra un estuche, del tamaño de una caja de cigarras, que contiene una colección de piedras más o menos radiactivas y más o menos preciosas—. Esto le servirá a usted para identificar lo que encuentre.

Por un par de dólares más, se puede comprar un modelo más perfecto aún, que funciona por medio de dos baterías ordinarias y que comprende a la vez una señal luminosa y otra sonora, e indica la radiactividad mediante un centelleo y un tic-tac. El contador que más se vende (quizá a causa de su nombre: *Lucky Strike*) cuesta 100 dólares. Con 25 dólares más, se adquiere también un "sondeador". Se trata de un tubo metálico, unido a un cable de longitud variable, y sirve para explorar profundidades inaccesibles.

Los contadores afectan las apariencias más variadas; algunos parecen fu-

siles, mientras que otros se llevan en la mano como un bastón. Hay también un contador en miniatura, que se prende con un alfiler en el reverso de la solapa. En suma, el aficionado sólo tiene una dificultad: la de elegir.

Mientras el vendedor nos elogia los artículos, dos cateadores entran en la tienda. Se sientan cerca de la entrada y esperan turno para hablar con el director del Centro Atómico. Uno es enorme y jovial; el otro, delgado y nervioso: recuerdan mucho a Laurel y Hardy. Los dos están en mangas de camisa.

Son buscadores de uranio de Wyóming, según explican; verdaderos aficionados: es la primera vez que prueban suerte.

El mismo aparato encuentra uranio, oro o petróleo

El contador géiger es actualmente el más conocido y el más barato de los instrumentos de cateo. Pero la herramienta favorita del cateador serio es el centelleador. Cuesta mucho más, pero es también cien veces más sensible que el mejor contador géiger.

En lugar de un tubo géiger, el contador por centelleo contiene un cristal de yoduro de sodio y un multiplicador electrónico. Cuando el cristal sufre el bombardeo de partículas atómicas, emite un débil resplandor, que es captado inmediatamente por el multiplicador. Este arroja entonces una ola de electrones, que se refleja en el cuadrante del contador. Un buen centelleador detecta la radiactividad de cuerpos que están a varios centenares de metros de profundidad. Su precio depende del tamaño del cristal. El más barato cuesta 250 dólares, mientras que el precio del más caro alcanza a varios miles de dólares.

El modelo que nos pareció más elegante costaba la bagatela de 2.000 dólares. Colocado en una valijita de cue-

ro, parece un lujoso neceser de tocador. En su interior, algunos botones dorados harían pensar en un receptor de radio de lujo, si no fuera por un misterioso tubo de metal brillante (el sondeador), que ocupa la tercera parte de la valija.

—Este debe ser el modelo para millonarios —decimos.

—Lo compran los profesionales —nos responde el señor Veit—. También lo aprecian los ricos propietarios de pozos petrolíferos de Texas.

Ante nuestro asombro, nos explica que el centelleador descubre no sólo substancias radiactivas, sino también oro, diamantes y petróleo. Desde 1923, se sabe que el oro y el uranio se encuentran a menudo muy próximos uno a otro. Además, se ha descubierto en Africa del Sur, en 1946, que las antiguas minas de oro contenían gran proporción de uranio. Naturalmente, se puede seguir este camino a la inversa: donde hay uranio, hay probabilidades de encontrar oro.

La cuestión del petróleo es diferente. Mientras buscaban uranio en avión, los geólogos advirtieron, un día, que su contador funcionaba en forma irregular. Creyeron primero que el aparato estaba descompuesto. Sin embargo, pronto vieron que las detenciones se producían según un ritmo definido. El estudio detallado del mapa les mostró que la región donde el contador no había funcionado estaba rodeada de un "halo" que señalaba la presencia de fuerte radiactividad. Algo, en el centro de ese "halo", detenía los rayos gamma. Y el "algo", según descubrieron después, podía ser agua o rocas; pero también podía tratarse de un yacimiento petrolífero.

Actualmente, aviones provistos de aparatos atómicos sobrevuelan las regiones petrolíferas. El buscador de petróleo ya no trabaja sin su contador gíger o su centelleador. Puede catear des-

de un automóvil, pero la detección aérea es cada vez más frecuente; pues en vuelo a 200 ó 300 metros de altura, permite cubrir rápidamente grandes extensiones. El contador gíger y el centelleador que evitan numerosos tanteos en la búsqueda del petróleo, han ahorrado a las empresas millones de dólares.

Uno de los objetos que más nos intrigan en el Centro Atómico es la *black light* (luz negra). Se trata de una lámpara de rayos ultravioleta, y sirve para buscar tungsteno, mineral que, bajo la acción de esos rayos, toma un color azul claro. Se lo utiliza también en medicina particularmente para el diagnóstico de enfermedades cutáneas, aplicación sumamente delicada hasta ahora. También gracias a la "luz negra", la policía puede descifrar los mensajes escritos con "tinta invisible". El joyero se sirve de ella para verificar la legitimidad de sus piedras, y la prolija ama de casa, si conociera ya la existencia de tan curioso aparato, podría, gracias a él, descubrir hasta el más ligero rastro de suciedad.

Un instrumento para buscadores de tesoros

Los instrumentos atómicos han originado episodios curiosos. Un día, por casualidad, el propietario de un *snooper* (contador gíger barato) había dejado su instrumento sobre una mesa, cerca de unos jarrones de porcelana roja que acababan de salir de la fábrica. El contador reaccionó furiosamente... El fabricante había usado, para pintar la porcelana, un pigmento rojo extraído de sales de uranio. Toda su porcelana roja fué retirada inmediatamente del mercado. Sólo quedan algunos platos, que ornatan actualmente uno de los mostradores del Centro Atómico, y sirven para verificar el funcionamiento de los contadores gíger.

cho en el Centro Atómico, es el *goldak*. No se trata, en verdad, de un accesorio atómico; pero es muy apreciado por los buscadores de uranio. El *goldak* se parece (aunque es más perfecto) a los instrumentos que se usaban durante la guerra, para detectar minas. Consiste en un mango largo, que termina en un disco rígido. Este disco, que produce un campo magnético, sirve como sondeador cuando se lo pasa sobre una superficie de agua o de tierra. Una aguja, en el extremo del mango, señala sobre una pantalla la presencia del metal. Los principales compradores son los aficionados a los tesoros escondidos, y los propietarios de barcos que quieren recuperar motores caídos por la borda. Los cateadores usan también el *goldak* en las regiones como Texas, donde, en cualquier momento, un huracán puede enterrar completamente bajo la arena los preciosos útiles de cateo. Es asimismo un importante auxiliar para los buscadores de oro.

Las nuevas tiendas de instrumentos atómicos se preocupan mucho por formar una clientela. Su publicidad en diarios y revistas es intensísima. Los

anuncios son de este tipo: "Una inversión de 29 dólares con 50 centavos (el precio de un *snooper*) puede proporcionarle la fortuna de la noche a la mañana". En la propaganda se repite constantemente la historia, ahora célebre, de Vernon Pick, ex propietario de una pequeña ferretería, que, a causa de su mala salud, abandonó el comercio. Compró un contador gíger, descubrió una mina de uranio y la vendió por nueve millones de dólares.

Estas casas de comercio suministran a los diarios, en forma gratuita, un sin fin de extraordinarios relatos sobre seres afortunados que descubrieron oro en el sótano, en el jardín de su casa de campo, o en la montaña, durante una excursión dominical.

"El contador es el instrumento más fácil de manejar, y el uranio el mineral más fácil de encontrar", afirman categóricamente algunos anuncios publicitarios... Otros dicen apelando a la mitología: "Compre un centelleador de 3.000 dólares y será usted el Midas de la era atómica". Midas, según la leyenda griega, tenía el poder de transformar en oro todo lo que tocaba. ♦

En el próximo número:

PILAS ATOMICAS

En la página siguiente transcribimos, por riguroso orden de turno, algunas de las innumerables preguntas con su correspondiente respuesta, suscitadas con motivo de la aparición de este artículo.



RESPUESTAS ATOMICAS

¿Quisiera saber si la materia que compone un electrón difiere de la del neutrón, y a qué es debida la carga? — Walter C. Haure. (Rosario. SANTA FE.)

Se desconoce qué es, estrictamente, la materia. Se sabe que en ciertas circunstancias, un electrón se aniquila con un positrón, transformándose la masa de ambos en dos rayos gamma, es decir, en energía radiante. Lo mismo ocurre con el protón y el antiprotón recientemente descubierto. Y como el neutrón se transforma en protón, según esto, parecería que la masa de estas partículas fuera de igual naturaleza que la del electrón, esto es, energía condensada. En cuanto a la carga, no se sabe qué es, aunque sí las propiedades que confiere a los corpúsculos.

La utilización de la energía atómica, la fisión del átomo, la formación de nuevos elementos, el pasaje del torio a uranio, etc., son problemas químicos o físicos? — C. A. Cafiso. (Capital.)

Se trata de procesos físicos y químicos o que ocurren en esa región común entre la física y la química, en que no es posible deslindar exactamente si el fenómeno es de naturaleza física o química. Tanto la física como la química se ocupan del átomo, pero se prefiere asignar este campo de la ciencia a la física atómica, excepto en lo que se refiere a los métodos de separación de sustancias radiactivas que utilizan métodos típicamente químicos, los cuales entran dentro de la radioquímica.

Einstein admite que la luz está formada por pequeños cuantos o corpúsculos cuya masa es casi inapreciable, pero que hay que tener en cuenta, los cuales poseen una velocidad en cierto ambiente, que podría ser el vacío; en un ambiente gaseoso, el aire, por ejemplo, se encontrarían frenados y la velocidad sería menor. Quiere decir, pues, que la luz no puede moverse con velocidad constante y uniforme, ni aún en el vacío interestelar, donde hay zonas gaseosas de diferentes densidades. — Nicolás M. (Las Heras s/n. Ezeiza.)

Los fotones fueron postulados por Einstein con el objeto de encontrar una explicación del efecto fotoeléctrico, del cual la teoría ondulatoria no daba cuenta. Para ello, no necesito asignarle ninguna masa a dichos corpúsculos, sino solamente impulso *electromagnético*. Parece ser que precisamente, si los fotones son corpúsculos, se distinguen de los corpúsculos mecánicos en que no poseen masa. Ahora, lo que Vd. dice, que la velocidad de la luz no tiene el mismo valor en los medios mate-

riales (por ejemplo, en ambientes gaseosos), es correcto; esos medios siempre tienen un índice de refracción mayor que la unidad, y la velocidad de la luz en esos medios es la del vacío (3×10^{10} cm/seg) dividida por el índice de refracción.

¿A qué se debe la emisión de luz por las sustancias calientes, como, por ejemplo, el filamento de las lamparillas eléctricas? — O. L. T. Koko (Capital.)

Al calentar las sustancias, se produce una excitación de las moléculas y los átomos. Si la temperatura no es demasiado elevada, las moléculas adquieren movimientos de rotación y los átomos que las integran, realizan movimientos de oscilación alrededor de posiciones de equilibrio (vibraciones), dando lugar a la emisión de radiaciones infrarrojas, es decir, no visibles para la vista humana, de longitud de onda del orden de los micrones. Al elevarse más la temperatura, cuando los cuerpos alcanzan temperaturas del rojo, comienza la excitación de los átomos, fenómeno que consiste en que los electrones que los constituyen, saltan a órbitas más alejadas del núcleo atómico, o como se dice, la órbita de mayor energía (niveles excitados), de los cuales pueden caer a estados inferiores o al estado fundamental, emitiendo fotones de frecuencia directamente proporcional a la diferencia de energía entre los dos estados inicial y final del electrón: cada salto, pues, da lugar a una radiación monocromática; el conjunto de saltos, que ocurre en número extraordinariamente grande, da la luz compuesta o blanca, que suele observarse en los filamentos. En ciertos casos, por ejemplo, al calentar sales de sodio, predomina la emisión de la línea de resonancia, sobre todo si la temperatura no es demasiado elevada.

¿A qué se debe la emisión de rayos X en los tubos de rayos X? ¿Qué es la "dureza" de dichos rayos? — Oscar Treasure (Capital.)

Los rayos X se forman cuando los electrones de los tubos de rayos X son frenados violentamente al chocar con el anticátodo. Como consecuencia de la fuerte deceleración producida, se emite una radiación "de frenado" ("Bremstrahlung") que es lo que se conoce como rayos X o de Roentgen. La frecuencia de estos rayos depende de la velocidad de los electrones frenados, es decir, depende del potencial acelerador a que se los somete en el tubo y, por supuesto, del frenado. Por eso los tubos de rayos X pueden producir rayos de mayor o menor dureza, según que se varíe el potencial acelerador en mayor o menor grado. Actualmente se producen rayos X de gran dureza (poder penetrante) acelerando electrones a varios millones de voltios en aceleradores de Van de Graaff, y haciéndolos chocar con anticátodos adecuados. La dureza de los rayos viene medida por su poder penetrante, y es directamente proporcional a su frecuencia (o inversamente a su longitud de onda).

¿Podría explicarme qué es el deuterón? — Carlos Martínez (Capital.)

El deuterón es el núcleo de deuterio. El deuterio es llamado también hidrógeno pesado, porque es un isótopo del hidrógeno que difiere de este último en que su núcleo contiene, además del protón, un neutrón. Tiene, pues, dos partículas nucleares en lugar de una. Su peso atómico es casi el doble que el del hidrógeno. ✦



el porvenir
llega por correo...

Reciba su cargamento mensual de
emociones, ciencia y fantasía, sus-
cribiéndose a **MAS ALLA**

• • • • •
• **Y APROVECHE** •
• **LA OFERTA** •
• **EXTRAORDINARIA** •
• **DE ESTE MES** •
• • • • •

escriba claro

Deseo suscribirme por un año a **MAS ALLA**

Adjunto cheque/giro a la orden de Editorial ABRIL S. R. L. por
la suma de \$

Nombre

Dirección

Además, deseo hacer uso de la oferta extraordinaria de este mes
para los nuevos suscriptores:

envíenme **sin cargo** los siguientes tres ejemplares de
MAS ALLA

Nº Nº Nº

(Vea el aviso de la página 128 que lo ayudará a hacer la selección)

LEA LAS TARIFAS EN LA PÁGINA SIGUIENTE

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES ANUALES

Las suscripciones en el exterior pueden ser pagadas en pesos argen-
tinos, en dólares americanos o en las monedas de los distintos países.
Las remesas pueden hacerse en giros a la orden de Editorial Abril S.R.L.
y dirigidas a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

TARIFAS

Argentina	m\$ñ.	65.—
Todos los países (inclusive aquellos no indicados)	m\$ñ.	120.—
	6 US\$	4,50
Brasil	Cr.	350.—
Colombia	\$	22.—
Ecuador	S.	100.—
España	Ps.	240.—
México	\$	55.—
Perú	S/o	85.—
Portugal	E.	125.—
Uruguay	\$	20.—
Venezuela	Bs.	15.—

por SYDNEY J. BOUNDS

OPORTUNIDAD PARA UN ASESINATO

Ilustró PEMBROK

*Quando la cuarta dimensión entra en
danza, siempre existe más de una...*



EL cadáver estaba vestido con un traje negro con líneas blancas muy tenues, de excelente corte; camisa blanca, cuello duro y corbata de moño. Yacía sobre una alfombra persa y las puntas de sus zapatos de charol apuntaban al cielorraso. Un nítido orificio circular, de bordes color óxido, echaba a perder la blancura inmaculada de la camisa.

El inspector Burton escuchaba atentamente, mientras el alguacil local leía en voz alta algunas anotaciones de su libreta de apuntes.

—Gerald Laver, sesenta y tres años de edad, financiero, soltero, vivía solo, con excepción de un sirviente. Disparó a través del corazón desde una distancia de tres metros, producido por una automática calibre 45; muerte instantánea. El informe médico establece que



la hora del deceso se produjo entre las nueve y las nueve y media de la noche. Reloj pulsera golpeado y detenido a las nueve y veintiún minutos.

Burton observó su propio reloj. Eran las diez y treinta y dos minutos.

—Sucedió hace apenas una hora. ¿Cómo ha llegado usted tan rápido?

—Por un aviso telefónico. Y anónimo, desde luego.

—¿El sirviente?

—No. Estaba en el cine y regresó a las diez y diez. Nosotros llegamos antes que él.

La escrutadora mirada de Burton saltó de los dos empleados de la morgue a la pistola que yacía sobre la mesa.

—¿Huellas digitales?

—Sí, y muy claras. Alguien se balanceará en el extremo de la cuerda por haberlas dejado.

—¿Algún motivo?

—Salta a la vista. Este caso es tan fácil que un recluta del cuerpo podría resolverlo en un minuto. Los papeles encontrados en el escritorio muestran que Clifford Webb, un físico dedicado a investigaciones, se encontraba bastante endeudado con Laver; y que el vencimiento de ellas se cumplía esta noche. Con la muerte de Laver, no tendría que pagar un penique.

—Todo parece demasiado fácil. ¿Dónde estará la triquiñuela?

El alguacil movió negativamente la cabeza.

—No hay triquiñuela alguna.

MUY pronto prendieron a Webb. Las huellas dactilares encontradas en la pistola, eran suyas. El número de serie probaba que la había comprado apenas una semana atrás. Y admitió que sí estaba endeudado con Laver.

Clifford Webb fué arrestado, acusado del asesinato de Gerald Laver, y llevado a juicio.

Se declaró inocente; y cuando la

cuestión del “cómo empleó usted su tiempo entre...”, fué sacada a luz, causó una verdadera sensación su prueba irrefutable de que la noche del crimen, a las nueve y veintiún minutos, se encontraba en un lugar bastante distanciado de la casa de Laver.

Como miembro de la Sociedad Real, había arribado a Burlington House a las ocho menos diez; entre cientos de otros miembros había escuchado la conferencia del profesor Smythe, y luego —a las ocho cuarenta y cinco— pronunció su propia conferencia titulada “Termodinámica de la continuidad espacio-tiempo”. La terminó a las nueve y treinta y cinco, y luego de satisfacer preguntas sobre el tema desarrollado, abandonó Burlington House alrededor de las diez de la noche. Con más de un centenar de testigos, su coartada era verdaderamente irrefutable.

Clifford Webb fué absuelto del cargo de asesinato.

EL inspector Burton permanecía en su escritorio con bastante mal humor, preguntándose cómo la pistola que había matado a Laver podía mostrar tan claramente las huellas dactilares de Webb —y ninguna otra más—, si Webb no había sido el último en haberla tenido entre sus manos. De tanto pensar en ello tenía ya un dolor de cabeza agudísimo.

Su sargento se acercó con un jarro de té endulzado.

—No ha sido muy agradable el rato que pasó con el comisionado, ¿no es verdad, inspector?

—El viejo me pasó por las narices todo el reglamento. Es un verdadero milagro que no me haya enviado otra vez a patrullar las calles.

El sargento cloqueó como una condolidada gallina.

—Realmente es un caso muy raro, inspector. Pero si no fuese por esa cortada...

Burton masculló unas palabras en

tre dientes y con violencia apoyó sobre el escritorio su jarro de té, ensuciando unos informes con los cuales había estado ocupado.

—¡No me hable de coartadas!

El sargento le ofreció sus cigarrillos. Burton tomó uno, giró la ruedita de su encendedor y luego inhaló una larga bocanada. El sargento esperó durante unos minutos, y luego dijo, vacilante:

—Yo noté algo que me pareció bastante raro, pero...

—¿Sí? —apuró el inspector.

—No lo mencioné antes porque me pareció tonto; y todavía me parece. Pero creo que debo contárselo: Luego de haber dejado usted la casa de Laver, y cuando yo me encontraba solo con el cadáver esperando el camión de la morgue, sucedió algo extrañísimo. Todo era quietud en la habitación, sólo yo y el cuerpo sobre la alfombra. Entonces, de repente, apareció un conejo.

—¡Un conejo! ¿Qué conejo? —Burton miraba asombrado al sargento—. ¿Dijo usted un conejo? —repitió.

—Sí, señor; un conejo de pelo blanco sedoso, ojos rosados y largas orejas. Estaba corriendo alrededor de la habitación, cuando repentinamente desapareció. ¡Se evaporó en mis propias narices!

Burton le dirigió al sargento una mirada larga y dura.

—Conque bebiendo en horas de trabajo, ¿no?

—No, señor. ¡Le juro que no he probado una gota!

Burton pensó en las huellas dactilares en la pistola de Webb..., y ahora un conejo blanco...

—Supongo que no querrá hacerme creer que fué el conejo quien mató a Gerald Laver, ¿no?

—Por supuesto que no, señor. Pero me parece muy raro eso de ver un conejo que aparece y desaparece como por obra de magia. Creo que ni siquiera debí mencionar este asunto.

—Burton apagó su cigarrillo lenta y

cuidadosamente, pero antes de que una respuesta satisfactoria se le ocurriese la campanilla del teléfono lo volvió a la realidad. Levantó el receptor.

—Sí..., él mismo. ¿Quién? Iré para allá de inmediato. Hasta luego.

Hamacó el teléfono pensativamente y luego volvió hacia el sargento:

—¿Se imagina quién? —preguntó.

—El comisionado.

Los ojos de Burton echaron chispas.

—Su sentido del humor es bastante malo. No, el que llamó fué Clifford Webb, y desea que vaya a su casa.

—A lo mejor desea confesar —sugirió el sargento.

Clifford Webb era un hombre de muy alta estatura, un hombre corpulento, con una nariz afilada y ojos que nunca parecían mirar el mismo punto. Cuando saludó al inspector se encontraba vistiendo un blanco guardapolvo de laboratorio.

—Es muy amable de su parte el haberme concedido algo de su tiempo, inspector. ¿Puedo ofrecerle un trago?

—No, gracias.

Webb sonrió sardónicamente. ¡Se niega usted a beber con un asesino!

Burton no hizo eco a esas palabras, y mirando alrededor de la bien amueblada habitación, preguntó:

—¿Para qué deseaba verme?

Webb le señaló una silla y luego caminó lentamente hacia el otro lado de la habitación. Sus ojos se posaron brevemente en el rostro de Burton.

—Según yo interpreto la ley —comenzó diciendo—, ahora que he sido declarado inocente del cargo de asesinato de Laver, no puedo ser otra vez acusado de ese crimen, ¿no es cierto?

Burton asintió con la cabeza.

—¡Perfecto! Y ahora, inspector, prepárese para recibir una sorpresa: Yo maté a Gerald Laver; y le diré cómo.

Burton tomó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió.

—¿Por qué me dice esto? —preguntó bruscamente.

—Vanidad, inspector; pura vanidad. Yo he cometido el crimen perfecto. Y deseo que usted lo sepa; naturalmente, *ahora* que nada puede hacer contra mí. Yo pensé que usted podría haberlo descubierto por el título de la conferencia que pronuncié en la Sociedad Real. ¿La recuerda? Se llamaba "Termodinámica de la continuidad espacio-tiempo". El *tiempo*, inspector, es la pista que usted ha perdido. El tiempo es un medio imperfectamente conocido todavía. Quizá dimensión sería una palabra más apropiada. La cuarta dimensión, como usualmente se lo llama. Se puede fijar la posición de un cuerpo en el espacio por las dimensiones de su largo, ancho y alto, pero a menos que digamos que existe en el espacio por un cierto *tiempo*, ¿cómo podemos asegurar que su posición está realmente fijada?

Burton declinó todo comentario, mientras Webb continuaba hablando.

—Por mucho tiempo he deseado experimentar con la dimensión tiempo, viajar a través de la cuarta dimensión, de la misma manera que ahora viajamos a través del espacio; y fué Laver quien me brindó la oportunidad. El me adelantó el dinero para mis experimentos. Deseaba una máquina que viajara al pasado, pensando de esa manera burlar la muerte y obtener la inmortalidad. No se daba cuenta de que un trueque de esa naturaleza le crearía automáticamente un nuevo futuro, que implicaba, desde luego, una nueva muerte. Yo mismo estaba interesado en la experiencia, pero aplicada a los prácticos fines del crimen. No es que yo estuviera interesado en cometer un crimen, no, pero la investigación científica cuesta un montón de dinero y vislumbré la manera de obtener ese dinero. Por ejemplo: podía remontarme al pasado, cometer un robo, y regresar al presente pero con una coarta-

da inmovible. Interesante, ¿verdad, inspector?

Burton asintió con la cabeza, mientras distraídamente desmenuzaba con los dientes la cola de un cigarrillo.

—Tuve éxito con mis experimentos —continuó Clifford Webb—. Construí mi máquina. Y si ahora tiene usted la bondad de seguirme, se la mostraré. Pero no crea que verá algo espectacular. Esto no es Hollywood.

Burton siguió al físico por una puerta y un largo pasillo que desembocaba en el laboratorio. En el centro de la habitación vió algo que semejava el marco de una puerta rodeado de ciertos bobinados helicoidales. Un panel de control estaba instalado en medio de un complicado diagrama de tiempo.

—No impresiona, ¿no es cierto, inspector? Pero le aseguro que sí trabaja.

Burton miró a Webb y se dió cuenta de que, o estaba en presencia de un loco, o enfrentaba un asesino.

—¿Cómo? —gruñó.

—Las matemáticas con las cuales trabajé aquí son de muy alto orden, de modo que deberá contentarse con analogías. Cuando una corriente eléctrica pasa a través de los bobinados helicoidales por mí construídos, se crea un campo de energía que llega a distorsionar el continuo espacio-tiempo. Note usted que digo espacio y tiempo juntos, ¿no? En efecto, puedo caminar a través del marco hacia otro tiempo y otro lugar, saliendo de esta misma habitación.

—Pero todavía no veo cómo falsé su coartada—, respondió Burton cauteloso.

—Pues es muy simple, inspector. Yo había decidido eliminar a Laver, pues había amenazado con enjuiciarme si no le pagaba sus préstamos. Fuí a la sociedad Real y regresé a las diez y media de la noche. Ajusté la escala de tiempo de mi máquina a las nueve y veinte, y el lugar en la oficina de Laver. Luego crucé el marco.

Los ojos de Webb brillaron extrañamente y su respiración comenzó a agitarse.

—De acuerdo a lo previsto, me encontré en el estudio de Laver, que se mostró sorprendidísimo de verme. Le disparé con mi pistola, telefoneé a la policía y regresé aquí. Sólo debía esperar la llegada de la policía y probar mi coartada.

—Sigo sin entender cómo puede estar en dos lugares a la vez —replicó Burton.

—¿Cómo podría explicárselo? El tiempo no es como el río, que corre en una sola dirección. Compárelo con una alfombra; el correr del tiempo corresponde a la trama, las hebras longitudinales, pero también está la urdimbre, las hebras transversales. Estas representan nuestra posición en la corriente del tiempo, y no se olvide que la trama tiene *infinitas* fibras. Quizás usted pueda imaginarlas como una serie de mundos paralelos; posiblemente tengamos existencia en todos ellos, pero sólo estamos enterados de uno. Yo maté a Laver en otro mundo, en una diferente trama de la alfombra... aunque admito que las cosas podrían haberme ido mal, también. Cuando regresé, ya Laver había muerto en este mundo. Mi interferencia con el tiempo podría haber molestado mi coartada. Quizá yo pude haberme perdido en ese espacio-tiempo en que asesiné a Laver. Cualquiera cosa podría haber ocurrido, pero tuve suerte y todo salió de acuerdo a mis planes.

Burton arrojó la colilla de su cigarrillo. —Y ahora usted ha sido absuelto y se encuentra perfectamente a salvo —dijo lentamente—. Si, tiene usted razón; es el crimen perfecto.

Webb sonrió complacidamente.

—¿Quizá usted desee ver una demostración, inspector?

Burton asintió, y el físico conectó la fuente de energía de la máquina y realizó unos ajustes en la escala de

tiempo. Las bobinas helicoidales comenzaron a ponerse incandescentes y dentro de los límites del marco, apareció una oscuridad tan intensa que los ojos del inspector no pudieron tolerar su contemplación.

Webb se dirigió a su mesa de trabajo y sacó un conejo blanco de una jaula allí situada.

—Daisy —dijo mientras acariciaba las largas orejas del conejo—, es la más experimentada viajera del tiempo del mundo. La he utilizado para incontables experimentos y siempre ha regresado sana y salva. No creo que sepa lo importante que realmente es.

Burton la miraba asombrado, recordando la historia del sargento. Y los pelos de su nuca comenzaron a erizarse.

—La enviaré a un tiempo ligeramente posterior al del asesinato —dijo Webb orgullosamente—; y como siempre, el lugar será el estudio de Laver. A lo mejor, uno de sus hombres le habrá informado el haber visto a Daisy, ¿no? En cuyo caso, no debemos desilusionarlo. . .

Colocó al conejo en el suelo delante de la puerta y suavemente la empujó a través de ella. En un instante el animalito desapareció de la vista.

Burton caminó con cautela alrededor de la habitación observando atentamente el marco. Y completó el círculo sin ver rastros de Daisy.

—¿Convencido, inspector? Ella aparecerá aquí otra vez dentro de un minuto. He colocado el control automático del aparato para ese período.

Los segundos seguían pasando. Burton estudió el diagrama de tiempo cuidadosamente; un cierto plan estaba tomando forma en su mente, un plan que llevaría a Clifford Webb a la justicia.

—¡Aquí está ella de vuelta, inspector! —exclamó triunfante el físico.

Levantó el animal del suelo y lo volvió a colocar en la conejera.

Burton se movió silenciosamente, y

al volverse Webb de la conejera, lanzó su puño violentamente contra la mandíbula del físico. Y el asesino cayó pesadamente al suelo.

Una vez más, Burton estudió cuidadosamente los mecanismos del aparato. Todo le pareció muy simple. Ajustó el diagrama de tiempo a las nueve y veinte de la noche del asesinato. Webb ya le había dicho que el control de lugar estaba colocado para el estudio de Laver. Sólo debía pasar a través del marco del aparato y cazar al asesino con las manos en la masa.

Echó una última mirada al inconsciente cuerpo de Webb y caminó entre las incandescentes bobinas para sumergirse en la terrible oscuridad...

Ahí estaba la alfombra persa, pero el cuerpo de Laver no yacía sobre ella. El financista enfrentaba a Clifford Webb, mirando como fascinado la pistola que esgrimía éste en sus manos. Y el índice de Webb comenzaba ya a presionar el gatillo.

—Deténgase.

La orden brotó de los labios de Bur-

ton sin que él mismo se diese cuenta de ello. Webb se volvió a medias, con la sorpresa escrita en su rostro, y en ese momento de indecisión, Laver se arrojó a través de la habitación para aferrarse al que sería su matador.

Burton escuchó el disparo y vio a uno de los dos hombres tambalearse y caer a lo largo de la alfombra persa. Su vista se dirigió entonces hacia el suelo.

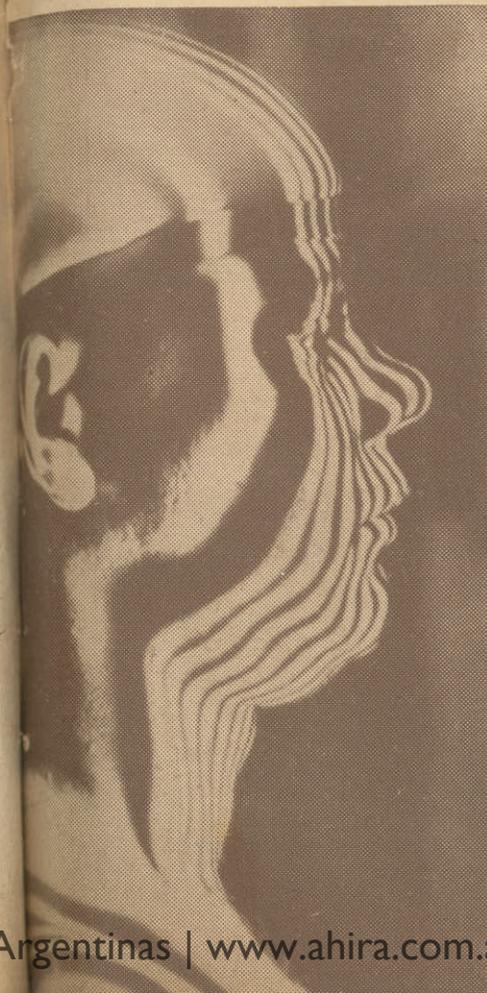
El cadáver era el de un hombre de alta estatura, un hombre corpulento con nariz afilada. Los ojos, que en vida nunca parecían mirar el mismo punto, miraban muertos, hacia el cielo. Clifford Webb había pagado plenamente el crimen que había intentado cometer.

—¡Ha sido en defensa propia! —gritaba Gerald Laver—. ¡Usted lo ha visto, él quería asesinarme! ¡Lo maté en defensa propia!

El inspector Burton comenzó a sacarse la cabeza mientras se preguntaba lo que el Comisionado iría a hacer con el informe que le presentaría... ✦

2^a parte

EN POS DEL INFINITO



¿cuándo iremos?

¿cómo llegaremos?

¿qué vestiremos?

8 de setiembre: cierre del MONUMENTAL CONCURSO!



1^{er} PREMIO

viaje gratis a HOLLYWOOD

en el avión Interamericano,
con radar de Panagra
y otros 210 premios

10 RADIO RELOJES ODEON - 10 BICICLETAS Palacio
del Rodado - 10 MUÑECAS MARILU - 10 PARES DE PATINES - 20 PRO-
YECTORES CINE GRAF - 20 ALBUMES ODEON - 20 AEROMODELOS EL AGUI-
LUCHO - 20 PELOTAS N° 5 - 40 SELECCIONES ABRIL Y 50 LAPICERAS RIVER

PARA UN NIÑO Y
UN ACOMPAÑANTE

Vea cupón y
detalles en la revista

el pato donald



EL DESAFIO DEL

La era del vuelo humano comenzó en Francia, en el año 1783, con la ascensión del globo cautivo de Montgolfier, impulsado por aire caliente. Poca tiempo después, se realizaron varios vuelos libres.



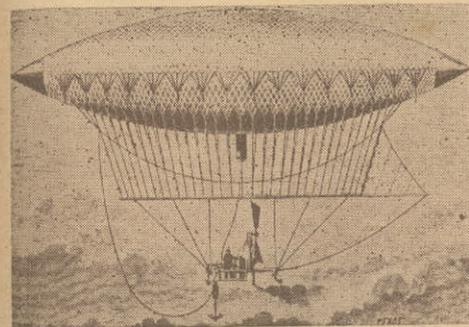
Las cometas, muy populares en China desde el año 200 a. de J. C., instruyeron al hombre acerca del vuelo de los objetos más pesados que el aire. Este grabado de madera, del año 1600, nos muestra a un entusiasta inglés.



Una antigua leyenda griega nos habla del hombre y sus tontas aspiraciones. Dédalo y su hijo Icaro lograron volar con plumas pegadas con cera a su cuerpo, pero se acercaron demasiado al sol...

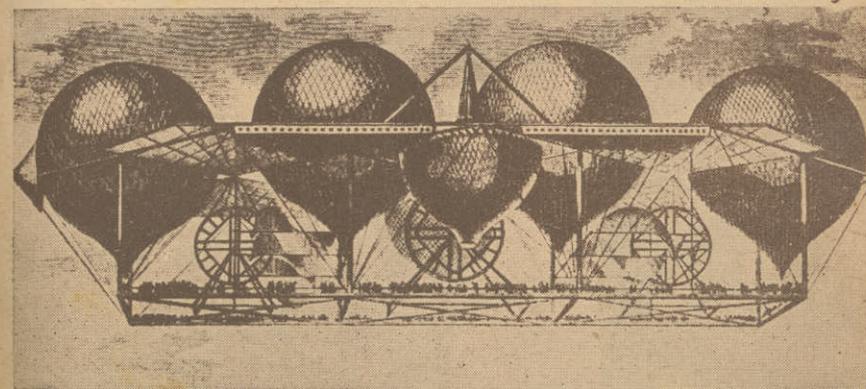
El primer cruce del Canal de la Mancha, en balón, fué realizado en el año 1785. Es posible que sus alas propulsoras ayudaran un poco a la nave; pero el viento favorable fué en verdad el factor del éxito.

Naturalmente, el balón necesitaba un medio de propulsión. El primer navío aéreo que tuvo éxito, fué construido en el año 1852 por Henry Giffard, y su hélice era movida a vapor.



ESPACIO

El sueño del vuelo humano es tan viejo como el hombre mismo; y las estrellas son su última meta.



Esta nave imaginaria del año 1850 tenía una estructura rígida, se sustentaba con cuatro grandes balones y se movía por cuatro hélices de Arquímedes, que funcionaban a mano... Suficientemente estrambótica, nunca fué realizada su construcción.



El gran invento de los hermanos Wright fué el alerón: esa "alita" que les permitió controlar el vuelo de su primitivo aparato, en Kitty Hawk, el año 1903.

el desafío del espacio

Las máquinas más pesadas que el aire conducen en el Siglo XX a una invasión de la atmósfera en gran escala.

Tanto el helicóptero como la hélice fueron sugeridos en el esquema del tornillo volador de Leonardo da Vinci (fig. 1). La idea puede haber sido tomada de un viejo juguete chino: el cohete volador. En las fi-

guras 2 y 3 tenemos dos conceptos de vehículos más pesados que el aire, extraídos de revistas del Siglo XIX. Nótese el calmo aeronauta del No 2, con el sombrero bien encasquetado.

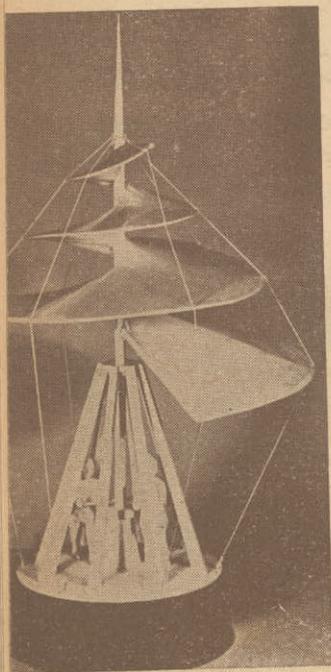


Fig. 1

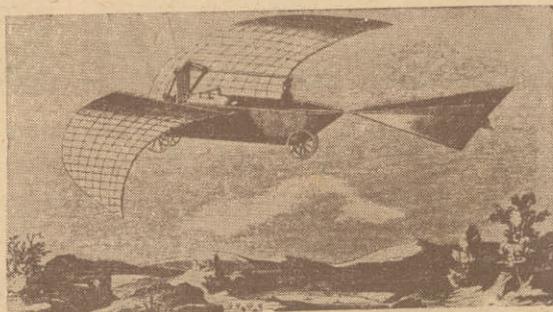
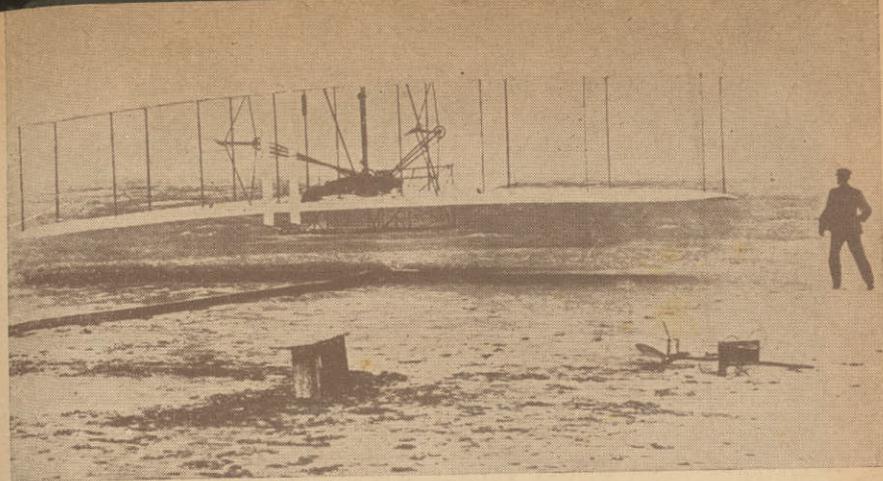


Fig. 2



Fig. 3



El monoplano de alas combadas de Louis Bleriot (fig. 4), fué el primer avión que cruzó el Canal de la Mancha, en 1909. La fig. 5 nos muestra un aparato de seis alas, accionado a pedales, que en un vuelo de prueba, en el año 1923, sólo levantó 7 cm.

del suelo. El moderno Lockheed Super Constellation de ochenta y ocho pasajeros (fig. 6) tiene tanques de combustible de extremo de ala opcionales, que le permiten incrementar su alcance y estabilidad. Y próximamente veremos transportes a motores de reacción.

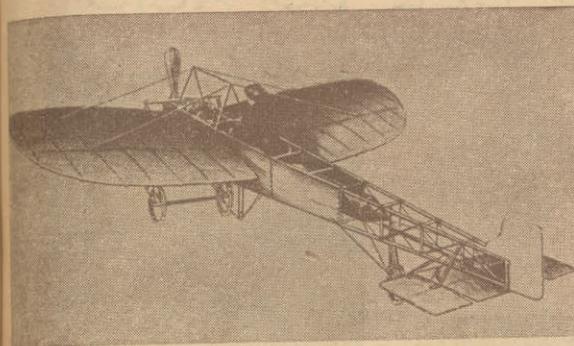


Fig. 4.

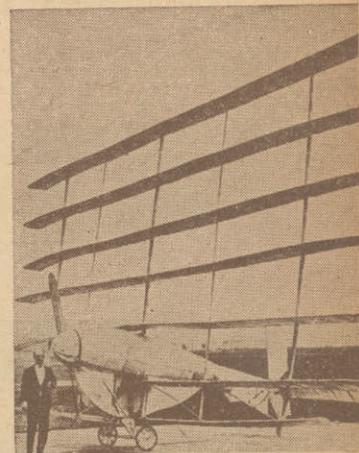


Fig. 5.



Fig. 6.

Conquistará el hombre el espacio? ¿O será profética la leyenda de Dédalo e Icaro?



Fig. 1

EL DESAFIO DEL ESPACIO

Los viajes en cohetes son una vieja idea en la literatura especulativa del vuelo humano. En la figura 1 vemos a un "cohetista" que no se preocupa por su confort, ni por cómo realizará el aterrizaje. En la fig. 2, un viaje a la Luna descrito por Valier, uno de los primeros exponentes de viajes en cohetes. Y en la fig. 3, el tren para el viaje alrededor de la Luna, de Julio Verne, que realmente no era un cohete, sino un proyectil.

Fig. 2

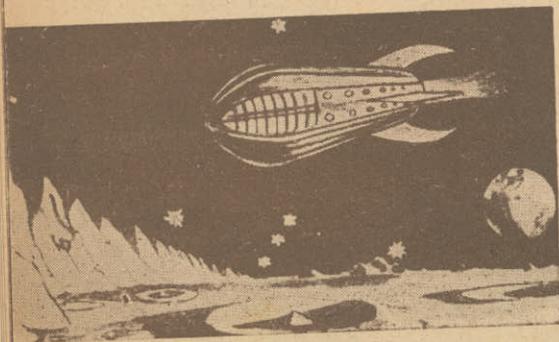
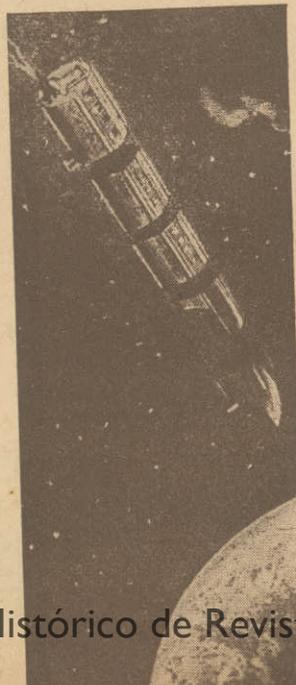


Fig. 3



Los artistas de la CBS-TV creen que el satélite no tripulado que será lanzado en 1957, con radar (en la parte superior) y aparejo atmosférico (abajo), se asemejará a este dibujo.

Fig. 5

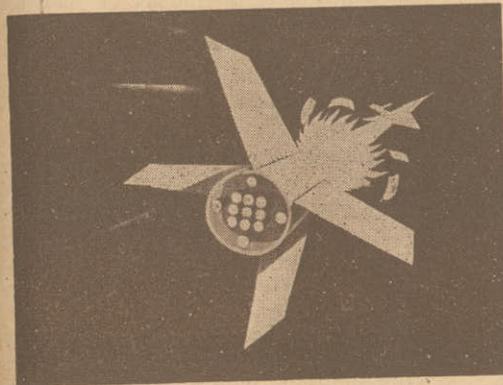
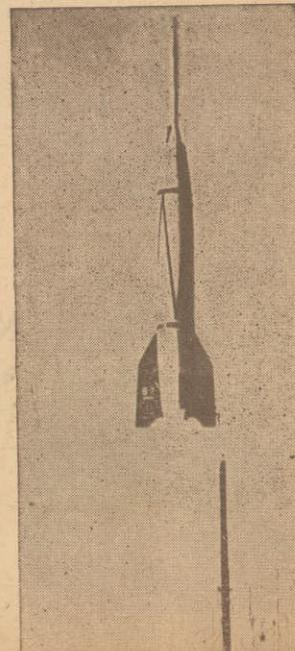


Fig. 4

A medida que los cohetes llegan más alto, los de la fantasía se hacen más plausibles. El Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica posee un cohete en dos etapas, que es la combinación de una V-2 y un WAC Corporal, y que ha desarrollado una velocidad de más de 8.000 kilómetros por hora, alcanzando una altura de 400 kilómetros (fig. 4). Un cohete multiseccional deja caer una de sus etapas, en la película "Hombres en el Espacio", de Walt Disney (fig. 5). Ala voladora impulsada por cohetes que ruge sobre la superficie lunar, en la película científica "La conquista del Espacio".



DE COSTA A COSTA EN 40 MINUTOS

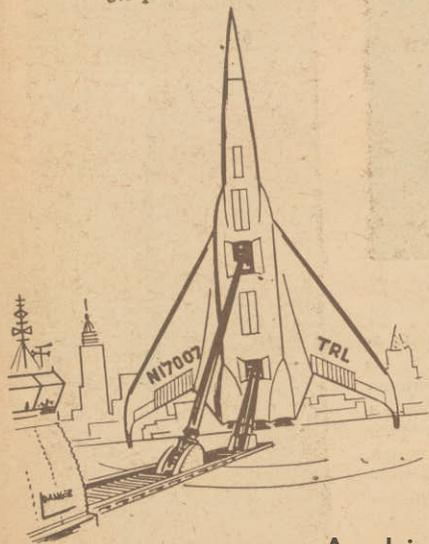
por G. Harry Stine

Una ascensión de 483 km, a más de 3 km/seg, y luego un suave tobogán de 2.896 km: eso será el nuevo cohete transcontinental.

DENTRO de un tiempo relativamente corto, usted podrá *almorzar* en Nueva York, subir luego a un navío aéreo, y *desayunarse* en Los Angeles *el mismo día*. El actual viaje en avión, que insume siete horas de vuelo, se efectuará en sólo cuarenta minutos.

Avancemos en el tiempo unos pocos años. El lugar está situado en los alrededores de la ciudad de Nueva York.

Gasolina y oxígeno líquido serán los combustibles a usar, y serán bombeados cuando la nave se encuentre en posición vertical.



El día es frío y ventoso. En la estación terminal de pasajeros, se está sirviendo el almuerzo en el comedor. Todo semeja una terminal aérea cualquiera. Excepto por los letreros sobre los escritorios: Líneas de Cohetes Transcontinentales, Servicio de Cohetes del Atlántico, y otros parecidos. Facturamos el equipaje en la oficina de Cohetes Transcontinentales, y tanto nuestras valijas como nosotros mismos, somos pesados cuidadosamente. El peso ha sido siempre un factor principalísimo en los cohetes.

Cuando anuncian nuestro vuelo, terminamos rápidamente el frugal almuerzo y nos dirigimos a la puerta de embarque. Un enorme cohete de transporte aparece ante nuestra vista; su cuerpo plateado brilla fríamente, y sus alas delta de 25 metros se extienden sobre la rampa de cemento. Más que un cohete, parece un veloz avión a retropropulsión; pero su velocidad media a través del continente será de ¡7.240 km. p. horal!

Por una escala subimos al interior de la nave, donde una camarera, luego de consultar su hoja de distribución de pesos, nos acompaña a un asiento próximo a una ventanilla, en la parte anterior de la cabina. Y, a no ser por los asientos, esta cabina no se diferenciaría en nada de la de los aviones de 1956.



Los gigantes cohetes transcontinentales de pasajeros se asemejarán bastante a los bombarderos de retropropulsión de nuestros días.

Mientras nos sentamos, la camarera se acerca a explicarnos que los asientos están contruidos para permanecer en todo momento "bajo nuestro cuerpo", es decir, que girarán y se ajustarán automáticamente para soportarnos durante las terribles aceleraciones de la nave.

Se cierran entonces las puertas. El cohete es remolcado al campo de despegue, por un pequeño tractor, que se detiene cerca de una de las grandes fosas de cemento a prueba de llamas, parcialmente llena de agua, que enfriará las llamas del cohete durante el despegue, a fin de que no sufra la nave daño alguno.

De repente, la nave comienza a empujarse, al ser elevada a una posición vertical por un equipo muy parecido a los que se usan para efectuar el mismo trabajo con los grandes proyectiles guiados. En un minuto, el gigantesco transporte ha tomado ya la vertical, apoyado con sus alas y extremos de estabilizadores en el foso de llamas. En tierra, un enjambre de mecánicos se dedica con premura a colocar enormes mangueras, a través de las cuales se bombearán rápidamente al interior del cohete la gasolina y el oxígeno líquido necesarios para su propulsión. Más de 60 toneladas son embarcadas, lo que implica ¡más de dos tercios del peso total de despegue de la nave!

Nuestros relojes nos señalan las 11 hs. 50' (hora de Nueva York). El cohete está listo para zarpar; pero los pilotos, allá arriba en sus cabinas, deben completar todavía un complicado programa de pruebas y revisión de instrumentos y mecanismos. Una vez que el cohete ha partido, no se puede pensar en volver.

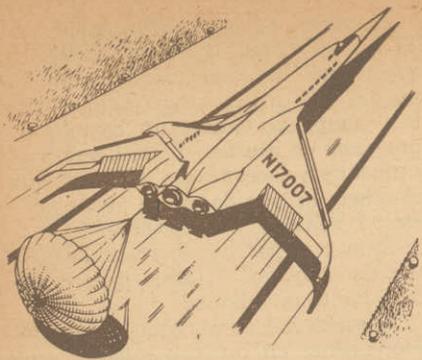
Entonces, por los altavoces llega la voz de atención: "¡Listos para ascender! ¡Falta un minuto!"

Nosotros nos encontramos amarrados fuertemente en nuestros asientos, que han girado hasta permitirnos estar casi acostados en ellos.

"¡Treinta segundos!" Todos los mecanismos se ponen en marcha. Se escucha el agudo gemido de motores y giróscopos, el silbido del gas a presión

Los asientos bascularán hacia atrás para formar camas durante la aceleración del ascenso hasta los 483 km. de altitud.





El paracaídas de arrastre frenará la velocidad de la nave durante el aterrizaje.

y el sordo golpeteo de las válvulas. Y... "¡Cero!" Un rugido sordo, atronador, nos llena los oídos. Los motores del cohete han comenzado a su horario: a las doce de la mañana en punto. Se experimenta una ligera vibración, y nos sentimos luego apretados contra nuestros asientos cama, por una fuerza tremenda.

Si pudiéramos observar, veríamos la rapidez con que la superficie terrestre se aleja de nosotros, el deslizamiento

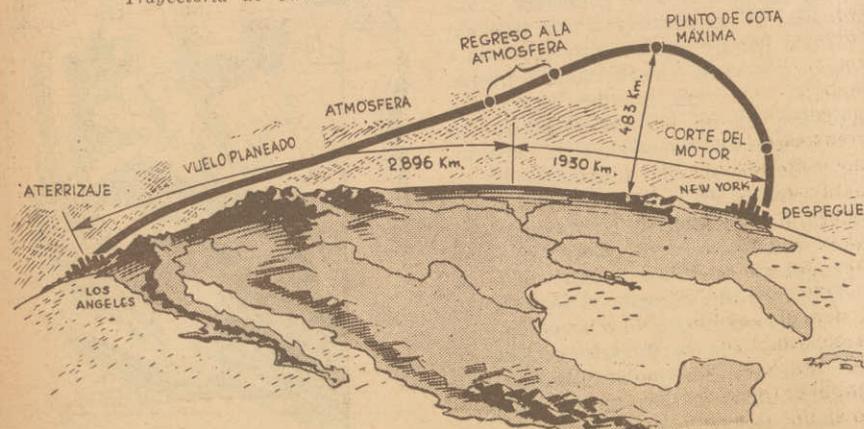
de las nubes y el aspecto del cielo que progresivamente se vuelve más y más oscuro. Pero la aceleración de la nave nos ha incrustado en nuestros asientos. Es apenas una fuerza de tres g, y un hombre puede experimentar aceleraciones mucho mayores sin sufrir molestia alguna.

Los motores del cohete se mantienen ardiendo durante dos minutos y medio. Una vez conseguida la velocidad deseada, se detienen los motores, y la nave inicia su vuelo de planeo, semejando una enorme granada de artillería dirigida a través del continente.

En este momento, la nave se mueve a una velocidad aproximada de más de 3 km./seg. y se encuentra a una altura que sobrepasa los 160 km. Nosotros hemos adquirido la misma velocidad del cohete y, cuando los motores paran, comenzamos también el planeo ascendente. Y súbitamente nos sentimos cayendo.

Pero estamos cayendo *hacia arriba*, con la nave. Lo que pasa es que no sentimos la fuerza de la gravedad. Nos encontramos en ese extraño estado llamado de subgravedad o caída libre. Aparentemente no tenemos peso; pero

Trayectoria de vuelo del cohete de pasajeros transcontinental.



G. Harry Stine es el ingeniero de operaciones de los Viking-Aerobee en los campos de prueba de proyectiles que la marina de los Estados Unidos de Norteamérica posee en White Sands, Nuevo México. En su trabajo profesional, realiza con frecuencia investigaciones de la atmósfera superior por medio de cohetes de prueba. Cientos de lectores de fantasía científica lo conocen por el seudónimo literario de Lee Correy. Ha publicado dos libros para la gente joven: "Naves Estelares a Través del Espacio" y "Hombre Cohete".

esto no nos causa molestia. Veinte años de experimentos por pilotos de pruebas y médicos de aviación precedieron a este vuelo, y ya en 1955 aprendieron que la gravedad cero no molesta a una persona, siempre que la misma se encuentre amarrada como lo estamos nosotros.

Cuando alcancemos nuestra altitud máxima de 483 km. y comencemos a caer de vuelta hacia la superficie, podremos ver que la Tierra es realmente redonda. Son visibles los Grandes Lagos, como así también la Bahía de Hudson, en el lejano norte. El cielo se ha vuelto de terciopelo negro. Los bancos de nubes por debajo de nosotros, reflejando la luz del sol, brillan con blanco purísimo.

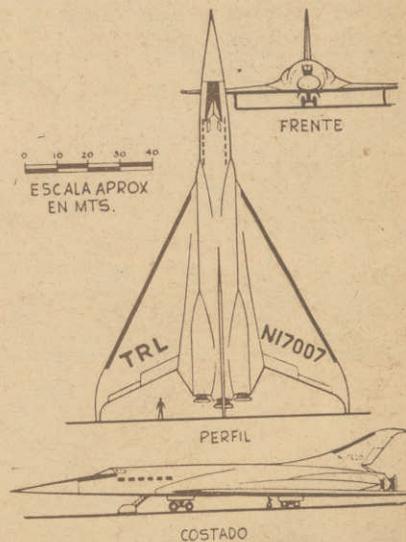
Ahora estamos cayendo hacia la superficie, sobre algún lugar de Illinois. Los cohetes de pruebas comunes, si hicieran un vuelo de este tipo, estarían pensando en estrellarse contra la superficie de un momento a otro. Pero gracias a las investigaciones dirigidas por el doctor Hsien-Tsien en el Instituto Tecnológico de California, nosotros no nos estrellaremos; en el año 1949 él proyectó el curso básico de la trayectoria que ahora estamos volando.

A una altura de 40 km. existe una pequeña atmósfera, suficiente para que las alas delta de nuestra nave, que parecen las de un murciélago, puedan

empezar a tener efecto. Aquí las alas ya sustentan; los timones y alerones son eficaces otra vez; corrientes de aire pasan rasando la nave, y aumentan a medida que nos introducimos en picada en la atmósfera.

Ahora, nuestros asientos cambian nuevamente de posición. Los pilotos (Concluye en la pag. 126)

Tres aspectos de una nave cohete. Nótese la triple tobera para los cohetes, y la escalera para los pasajeros.



LA ENERGIA SOLAR NOS LLEVARA A LAS ESTRELLAS

Diseñada para travesías entre un satélite terrestre y los más lejanos rincones del espacio exterior, esta sorprendente "mariposa solar" usará motores a reacción eléctricos.

Por Frank Tinsley

EL reciente anuncio del Presidente Eisenhower respecto a un satélite terrestre que sería lanzado bajo los auspicios del gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, descubre la cortina que por mucho tiempo había mantenido en secreto nuestras investigaciones referentes a viajes espaciales. El "balón cósmico" del Presidente Eisenhower será posiblemente lanzado en 1957 ó 1958, y luego de alcanzar una altura de aproximadamente 400 Km., girará alrededor de la Tierra a una velocidad de 29.000 Km./hora, cumpliendo su rotación en sólo 90

minutos. Este minúsculo satélite artificial, de unos 60 centímetros de diámetro y 50 kilos de peso, es el primero de nuestros objetivos espaciales del mañana.

Conocido bajo el nombre de "satélite orbital mínimo no tripulado" y motejado irrespetuosamente de "ratón espacial" este pequeño primer explorador de las tinieblas espaciales transmitirá sus observaciones en forma continuada hasta que su propia velocidad, decreciendo gradualmente, lo lleve a la destrucción. Los 25 kilos de carga útil del ratón espacial, incluirán conta-

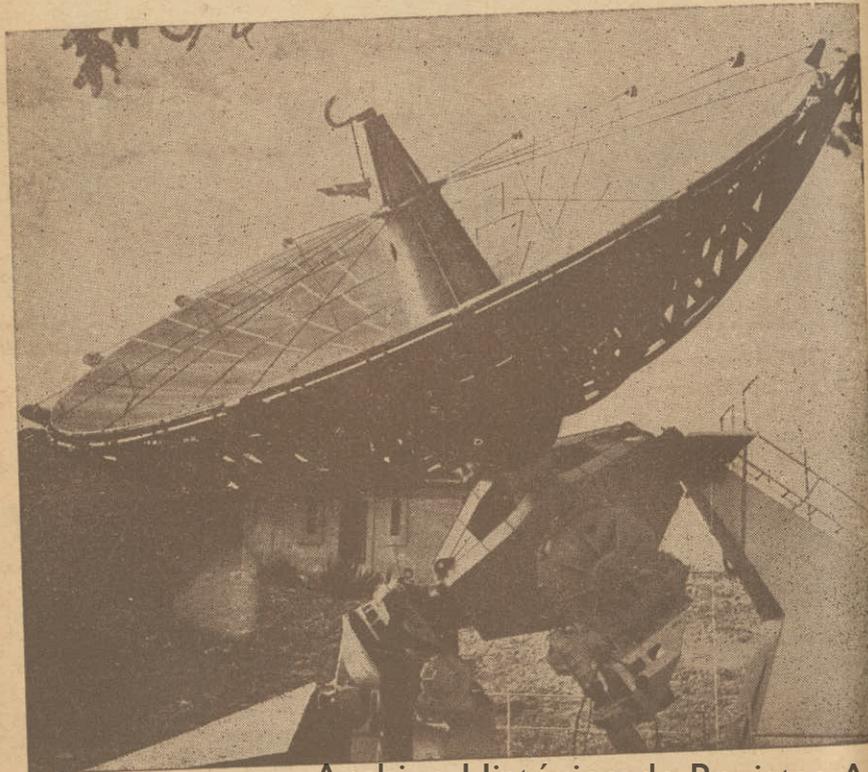
La planta energética está constituida por 40 unidades de energía solar, montadas en dos grupos, uno a cada lado del cuerpo de la nave espacial, semejando las alas de una gigantesca mariposa.

dores géiger, contadores de rayos cósmicos y de partículas de auroras, un magnetómetro para medir cuidadosamente el campo magnético terrestre, y otros tipos de instrumentos registradores. Obtendrá energía eléctrica de sus baterías solares y una pequeña baliza de radar permitirá que todos sus movimientos sean exactamente medidos. A pesar de su vida relativamente corta (unos pocos días o semanas, según la altura a que comience a orbitar alrededor de la Tierra), el ratón devolverá su costo con creces, proporcionando datos de la atmósfera superior, hasta ahora inasequibles.

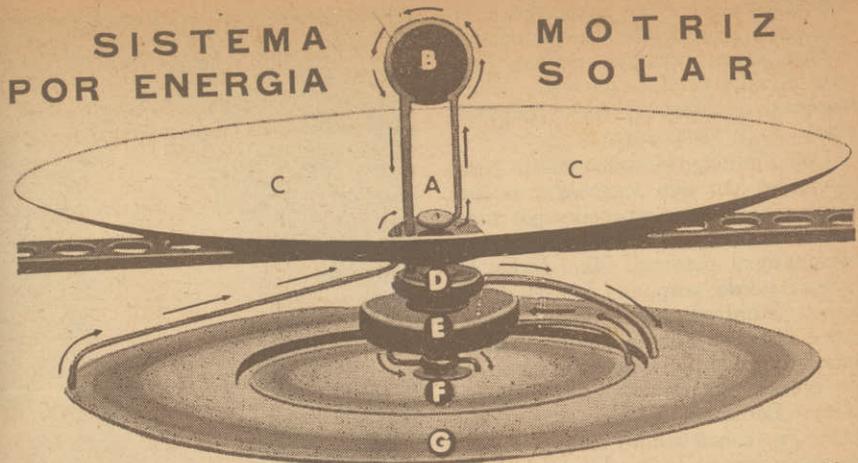
El segundo y más ambicioso paso del programa es una enorme estación espacial tripulada, en la cual un gran grupo de científicos aventureros efectuarán directamente sus observaciones. Al no ser molestados por la atmósfera, sus telescopios nos brindarán vastas y más claras perspectivas del universo, y sus instrumentos una más exacta idea de las limitaciones del viaje.

El tercer paso previsto por el plan, nos llevará a nuestro gran satélite, la Luna. Allí, colonias de científicos preparan a nuestros pioneros del espacio para lejanos descubrimientos y proveerán bases para la construcción y

Planta de calor solar actualmente en uso. Constituye una demostración práctica de la fuente de energía de una nave espacial del futuro.

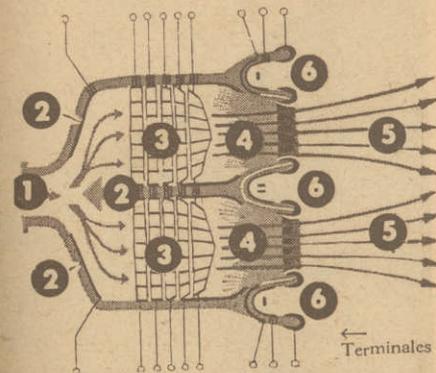


SISTEMA POR ENERGIA MOTRIZ SOLAR

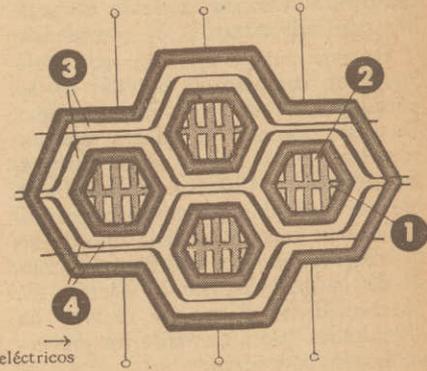


En la nave espacial sin cohetes, la planta de vapor funciona mediante el aprovechamiento de la energía solar, y genera electricidad para los sistemas auxiliares y propulsivos de la nave. La unidad central gira alrededor de su eje, para que el refrigerante y el vapor se escurran, por fuerza centrífuga, a los bordes externos de la espiral.

La bomba (A) suministra agua a la caldera (B), la cual es calentada por el reflector (C). La turbina de vapor (D) acciona el generador eléctrico (E). Serpentina de refrigeración del generador (F). La serpentina de condensación (G) enfría el vapor usado y lo transforma en agua, que, enviada a la caldera (B), inicia una y otra vez el ciclo del sistema.



Perfil esquemático de una unidad de propulsión, la cual produce el chorro de eyección eléctrico de la nave espacial. Los vapores de cesio (1) entran a la cámara de cerámica (2). Los átomos de cesio chocan contra chapas de platino incandescentes (3), las cuales absorben los electrones más alejados, dejando en libertad los iones con carga positiva (4). Estos iones son acelerados eléctricamente y luego descargan a muy alta velocidad (5). Los electrones (6) forman arcos por medio de los iones, a fin de preservar la carga de los iones repelidos.



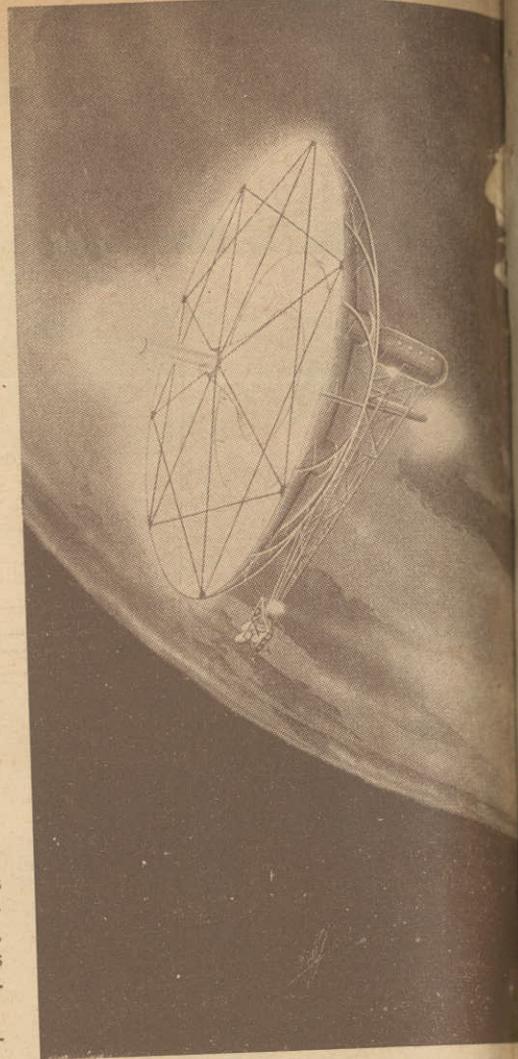
Vista de la base de un grupo de cuatro cámaras de propulsión. Mil cámaras de este tipo, de 5 cm. de diámetro y agrupadas en disposición de panel de abejas, son energizadas con electricidad generada por la energía solar, y proveen a la espacianave del empuje propulsivo necesario. Flujo de iones (1). Grilla de platino (2). Cámaras de proyección de electrones interconectadas entre sí (3). Filamentos de energía eléctricos. El chorro eléctrico propulsa a la nave de la misma manera que el de eyección de gases lo hace en las máquinas convencionales.

lanzamientos de naves espaciales interplanetarias. Equipados con fantásticos medios, estos hombres estarán listos para el salto final de la serie: la exploración de Marte, Venus y otros vecinos del sistema solar.

Como anticipo de estos cuatro pasos primarios, han sido concebidas muchas e ingeniosas naves espaciales por ingenieros astronáuticos cuyas mentes se adelantan al presente. Una de las últimas ha sido propuesta por el doctor Ernst Stuhlinger, científico alemán especialista en cohetes y que actualmente preside la Sección proyectiles de nuestro gran arsenal de Investigaciones Redstone. El diseño está basado en concienzudos conocimientos de vuelo espacial y de plantas de energía actualmente posibles. El doctor Stuhlinger está convencido de que debido a la gran cantidad de combustible requerida para zafarse del cerco gravitatorio de la Tierra, las naves espaciales interplanetarias deben ser construídas y lanzadas desde un satélite artificial terrestre, sin gravedad.

En este punto, sin embargo, Stuhlinger no comparte la opinión de los partidarios de la propulsión a cohete. De usar motores a cohete convencionales, dice, habría que transportar al satélite 170 Kg. de combustible por cada kilogramo de carga útil de la nave espacial; y cada uno de los 170 Kg. requerirían 1.000 para librarse de la gravedad de la Tierra. Es, pues, evidente el enorme costo y las dificultades que presentaría un proyecto de esa naturaleza.

Por eso, Stuhlinger cree que no debe pensarse en la convencional propulsión a cohetes como medio para realizar los viajes interplanetarios, aunque técnicamente sea posible esa solución. El sugiere en cambio la aceleración de las partículas que forman el flujo de escape, por medio de un poderoso campo eléctrico, dejando así de lado el



Otro tipo de estación espacial más fantástica, en forma de gigantesco espejo solar.

problema de la temperatura. La idea (señala cuidadosamente) no le pertenece: ha sido adelantado ya por otros peritos en materias espaciales. En la

versión del doctor Stuhlinger, los vapores de cesio o rubidio reemplazan al combustible químico. Introducidos dentro de una cámara de propulsión de cerámica, los átomos de Cs o Rb chocarán contra chapas de platino incandescente. El platino absorberá sus electrones más alejados dejando los iones cargados positivamente, que pasarán a través de la grilla hasta la cámara de empuje. Aquí, el chorro de iones se acelerará a velocidades extremadamente altas, por electrodos cargados negativamente, y luego descargará en forma de chorro de eyección eléctrica.

Para impedir que la nave espacial forme una carga negativa de los electrones divididos, éstos deben ser eyectados simultáneamente y en la misma proporción que los iones a través de cámaras de empuje suplementarias que circunden la tobera de iones en una disposición en canal.

A menos que la carga de iones acumulada sea inmediatamente neutralizada al abandonar la cámara de empuje, tenderá a repeler los iones siguientes en el flujo de descarga, disminuyendo así la velocidad del chorro. Este efecto se llama "efecto del espacio de carga" y es muy familiar entre los diseñadores de tubos electrónicos. Para anularla, los flujos separados de iones y electrones se combinan aproximadamente a unos tres centímetros de sus toberas de empuje, y se oponen así a la carga en cuestión.

Para el funcionamiento de su planta electrostática, el diseño de Stuhlinger requiere de 7.000 a 8.000 kilovatios de energía. Luego de un considerable estudio, descartó todas las fuentes de energía convencionales, inclusive la pila atómica por ser demasiado pesada. La energía solar parece ofrecer mejor solución. Aproximadamente un kilovatio de energía radiante puede obtenerse de cada metro cuadrado de espacio, y Stuhlinger decidió aprovecharla. Para

ello podrá utilizar ora el sistema Abbott (reflector-caldera de vapor-turbogenerador) ora la más simple y liviana batería solar conocida desde hace tiempo. Y como la eficacia de la batería solar es solamente un 10 % de la del turbogenerador, se decidió por el sistema Abbott.

Después de balancear el pro y el contra la energía versus peso, Stuhlinger arriba a lo que considera la mejor planta de energía que pueda existir.

Su planta de energía está formada por 40 unidades de energía solar, montadas en dos grupos a cada lado del cuerpo de la nave espacial, semejando las alas de una gigantesca mariposa. Cada una es una unidad aislada y puede funcionar independientemente en caso de que pequeños meteoritos golpeen algunas de sus vecinas. La unidad solar consiste en un espejo parabólico de 15 metros de diámetro, que concentra el calor solar en un sistema de calderas situadas en su centro focal. El vapor, así obtenido, mueve una turbina acoplada a un generador de 200 kilovatios.

Dos difusores de calor de forma circular, montados en el fondo de la unidad, a la sombra del espejo, enfrían el generador y condensan el vapor usado por la turbina. Todo este conjunto gira alrededor de un eje común, desarrollando la fuerza centrífuga suficiente para que el vapor y el refrigerador se escurran lentamente hacia los bordes exteriores de los discos. Y durante ese trayecto entregarán su calor al frío espacio exterior, y el vapor se transformará nuevamente en agua. Desde los bordes, ambos (vapor y refrigerador) son bombeados de vuelta a un sistema cerrado, completando el ciclo una y otra vez.

La energía eléctrica, obtenida de esa manera, es llevada al mecanismo de propulsión situado al final del cuerpo de la nave espacial. Aproximadamente se usarán 1.000 cámaras de propulsión

de forma exagonal, cada una de ellas de 5 cm. de diámetro. A fin de obtener el empuje total necesario, se las agrupa juntas en disposición de panal. Este empuje es relativamente bajo: del orden de 1/10.000 de la fuerza de gravedad.

En el estéril vacío del espacio, por otra parte, la nave solar no tendrá peso, y tampoco habrá resistencia al avance por fricción; de modo que el más pequeño empujón será suficiente. A diferencia de los cohetes, que se deslizarán en la mayor parte de su recorrido, el empuje en la nave solar será empleado durante todo el tiempo que dure el viaje. Durante la primera mitad, se lo utilizará para acelerar a la máxima velocidad. Entonces, en el centro del recorrido, la nave será virada 180 grados, y los motores, actuando en dirección opuesta, la irán frenando gradualmente hasta detenerla.

La nave espacial diseñada por Stuhlinger podrá transportar 10 pasajeros y 50 toneladas de carga y pesará solamente 250 toneladas, mientras que una nave cohete de similar capacidad pesaría 1.100 toneladas. El tiempo de vuelo desde un satélite terrestre artificial hasta uno que "orbite" alrededor de Marte, será de aproximadamente un año. En viajes más largos, la nave de Stuhlinger resultará todavía más económica, de acuerdo a los cálculos de su creador. En un vuelo de dos años, en el cual se recorrerá una distancia de 1.255.020.000 km, la nave solar tendrá, al despegar, un peso de solamente 250 toneladas, mientras que un cohete pesará por lo menos 7.500. Además, el combustible del cohete tendrá que ser penosamente transportado hasta la estación espacial, originando enormes gastos. El combustible de la nave solar, sin embargo, será la energía solar, completamente gratis y que se adquiere a medida que el viaje de desarrolla.

Interesado fundamentalmente en los problemas de potencia y propulsión,

Stuhlinger menciona poco las comodidades de la tripulación. Los alojamientos tendrán que ser, como es lógico, herméticamente cerrados; deberán tener aire acondicionado y un diseño tal que diez personas puedan vivir allí juntas y de manera confortable durante un año o más. Los camarotes serán individuales, a fin de que pueda existir la vida privada y que los tripulantes logren descansar tranquilamente. Otros compartimientos esenciales son los destinados a cocinas, comedores, bibliotecas, sala de entretenimiento equipada con una buena cantidad de películas, discos, etcétera; observatorio, laboratorio y un taller para reparaciones generales. Posiblemente el oxígeno sea generado en acuarios con plantas acuáticas en crecimiento. Los vegetales frescos podrán ser cultivados en tanques químicos sin tierra vegetal.

Todo esto parece indicar que una esfera de tamaño adecuado será el diseño más conveniente para la nave. Esta será protegida contra el polvo cósmico, bien aislada y dividida en cubiertas, con los principales salones situados en el nivel medio de todo el conjunto. Un largo fuselaje tubular, proyectado a proa y a popa desde la sección central de la esfera, alojará la carga, los motores, los equipos de aire acondicionado, los tanques de cultivo de plantas, los laboratorios, depósitos, etcétera. El mecanismo de propulsión podría estar concentrado en los compartimientos de proa. De esta manera, la nave espacial quedaría dividida en secciones bien definidas para la carga, los talleres y la vivienda.

Naturalmente, la tripulación tendrá que ser cuidadosamente seleccionada por sus facultades, su carácter y compatibilidad social, y sólo aquellos que se ajusten perfectamente bien a estas condiciones podrán ser tenidos en cuenta. Aunque en muchos de los primitivos viajes de descubrimiento, en los largos cruceros dedicados a la caza de la balle-

na y en otros de la misma índole, hayan permanecido grupos de hombres encerrados a bordo de navíos que debían afrontar una vida muy dura, no debemos olvidar que ellos podían descansar y aflojar la tensión de sus nervios con ocasionales visitas a los puertos. En cambio, los tripulantes de la nave espacial vivirán en un ambiente extraño, hostil, prisioneros de un pequeño mundo artificial, dependiendo totalmente los unos de los otros hasta para respirar. En el espacio no existen islas tórridas, llenas de susurrantes palmeras y bellas indígenas que nos den la bienvenida con prometedora sonrisa; sólo existen inimaginables extremos de frío y calor, en un océano sin aire, to-

talmente hostil a la supervivencia humana. Por lo tanto, nuestras tripulaciones deberán bastarse a sí mismas y estar perfectamente entrenadas individualmente y en conjunto. Sólo con hombres y mujeres de ese calibre podrá ser conquistado el espacio.

Aunque el diseño de Stuhlinger es puramente teórico, está basado en reconocidos principios de ingeniería y de física. Con los notables avances realizados actualmente, es razonable esperar que algunos de nuestros jóvenes lectores vivirán lo suficiente para ver partir una mariposa cósmica rumbo al espacio exterior. Quizás algunos de ellos hasta podrán intervenir en su construcción y pilotearla. ¿Por qué no? ♦

El misterio de la vaca

LOS zoólogos acaban de echar luz sobre uno de los grandes problemas actuales: ¿duerme o no duerme la vaca?

Observando una vaca echada en el pasto se puede ver que mantiene la cabeza erguida, y rara vez se la encontrará con los ojos cerrados; por otra parte el movimiento de las orejas indica que su cerebro está alerta. Se piensa que este insomnio permanente se debe a su carácter de rumiante. En efecto, la gravedad tiene mucho que ver con la rumia, cosa que obliga a estos animales a mantener la cabeza erguida. Se calcula que rumian nueve horas por día, en periodos de una hora, lo que, como puede imaginarse, no les deja mucho tiempo libre para otras ocupaciones.

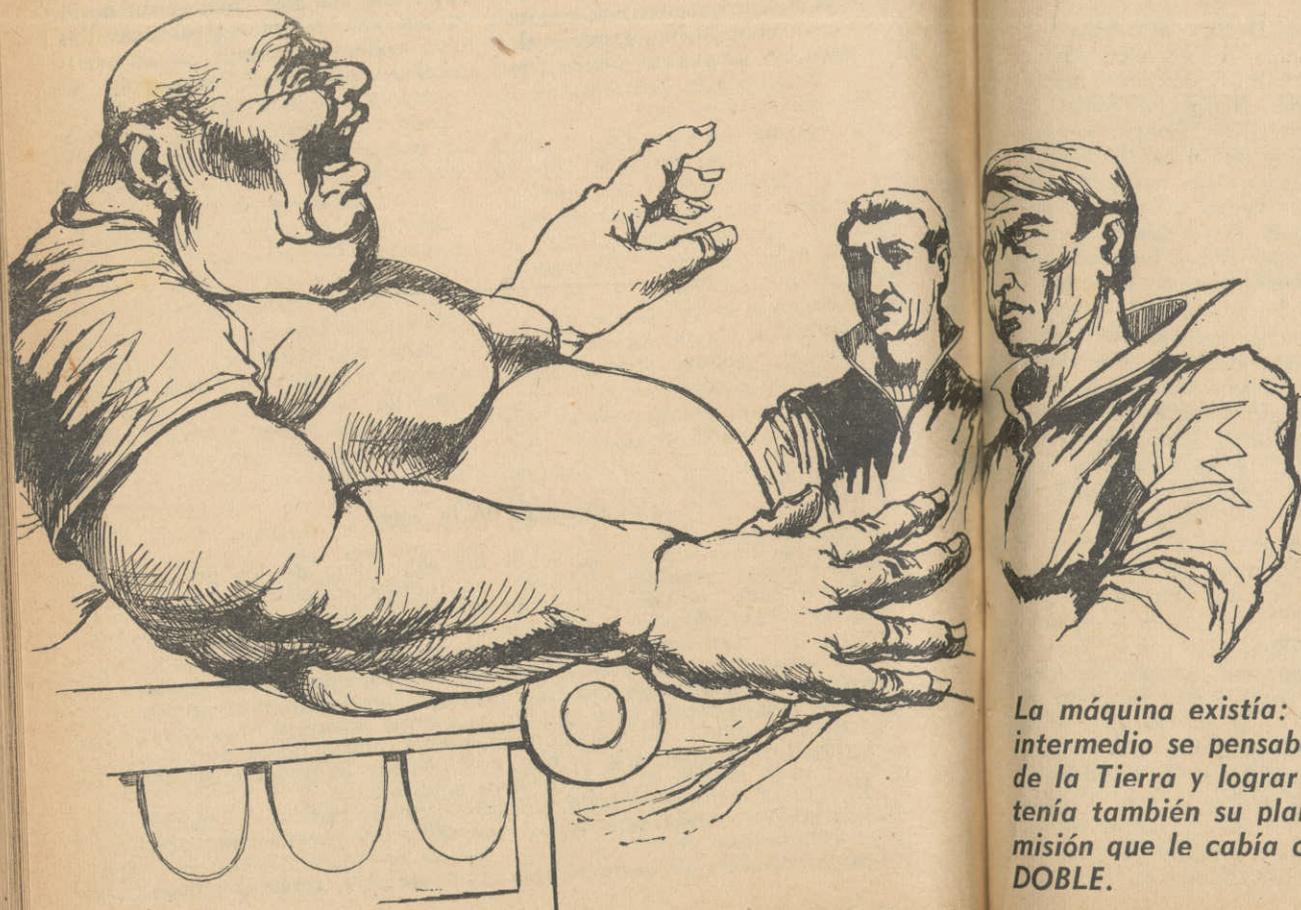
El tipo de respiración lenta y regular, características del sueño, no ha podido encontrarse en los rumiantes por periodos mayores que 36 minutos.

En conclusión, si los rumiantes duermen algo, será muy poco.

por S. Blish y M. Sherman

ilustrado por ORNAY

el hombre DOBLE



AQUEL día, el cielo estaba despejado; pero mientras persistiera la constante amenaza de las bombas disparadas a mansalva, lanzadas contra nada y contra nadie, aunque contra todo y contra todos, el cielo más limpio les parecía horrible a los habitantes de la Tierra. Paul Danton no era astrónomo profesional, ni siquiera aficionado; podía señalar al planeta Venus en el cielo nocturno, con toda precisión, pero para él Venus era sólo una estrella vespertina. No obstante, por el mero hecho de existir, ese planeta lo había preocupado durante toda la vida, igual que a todos los demás seres humanos.

La placidez del cielo era engañosa. Más arriba, más allá de la serenidad de su color, se ocultaba Venus, planeta donde seres humanos expulsados de la Tierra vivían y odiaban. Danton no había visto jamás a ninguno de aquellos "desterrados". Nadie los había visto nunca: nadie de los millones de seres que habitaban el globo terráqueo. Pero tanto Danton como sus congéneres sabían que el odio existía en los lejanos cielos. Lo sabían. Y lo sabían no porque les hubiera sido inculcado por la propaganda, ni porque lo intuyeran o porque fuera el fruto de exigencias racionales de cada individuo, sino porque ese odio era un hecho concreto e innegable, y sobre todo porque

La máquina existía: Paul Danton la había visto. Por su intermedio se pensaba derribar al Consejo de Seguridad de la Tierra y lograr la paz con Venus. Pero el Consejo tenía también su plan, y Danton se encontró con que la misión que le cabía cumplir era aceptar ser el HOMBRE DOBLE.

se expresaba mediante un continuo y terrorífico bombardeo sobre la Tierra, y mediante descargas mortales lanzadas a mansalva contra ella en los momentos en que, dada la posición relativa de los dos planetas, era imposible errar. Podría argüirse que no todos los venusianos eran asesinos. Pero los que odiaban, los que eran asesinos, eran suficientemente poderosos como para ordenar aquellos ataques.

Danton lanzó una mirada a través del plástico transparente de su nave particular (un barato helicóptero que lo remontaba por sobre los bosques), y se preguntó: "¿Ocurrirá hoy?"

En aquel mismo instante, en todos los rincones de la Tierra, sus habitantes escrutaban el cielo con la misma angustiada expectativa. Bien podía la bomba siguiente caer sobre ellos. Poco importaban los intervalos que separaban una bomba de otra; podían ser horas, días, meses o años. Poco interesaba que fueran una o muchas. Lo importante era que seguirían cayendo inexorablemente.

Danton prestó atención. La radio de su aparato dejaba oír un informativo. Oyó:

—No serán aceptados los pactos que se firmen sin previa notificación o aprobación, y no tendrán carácter obligatorio, para los gobiernos que no los firmen, los tratados que un gobierno decida firmar, si antes no los da a conocer y los somete a la aprobación del Consejo.

"Artículo 2, sección A, párrafo 2º de las Ordenes de Pacificación, Radio-difusora de Seguridad, 4 de mayo de 1961", murmuró Danton entre dientes. Tanto él como todos los habitantes de la Tierra conocían de memoria esas palabras que se recitaban antes de cada reunión del Consejo de Seguridad para recordar al mundo que gran parte del sueño de un estadista del siglo XX se había convertido en realidad. Por

cierto que las medidas tomadas en tal sentido por los distintos países no eran decisiones forzadas, sino libres. Cada reunión del Consejo de Seguridad era difundida por radio y televisada.

Aquel día, la reunión del Consejo era imprevista. Se preguntaba Danton por qué razón habría sido convocada. En aquel momento su receptor portátil de pulsera comenzó a tartamudear. Miró aprensivamente al aparato, y su semblante adquirió una tensa rigidez, mientras con su mano derecha hacía girar el interruptor.

EL era Paul Danton; pero, más que Paul Danton, el hombre era miembro del Partido Pro Tierra, movimiento subversivo que conspiraba contra el gobierno mundial (el Consejo de Seguridad) y que propalaba, entre otras cosas, exhortaciones de paz a Venus, esperando que llegara un día que pareciera no querer llegar nunca. Él era Dendrita B del Plexo Inguinal; un ente por lo demás anónimo, como todos sus colegas del gran monolito.

La terminología aparentemente científica que usaba el Partido Pro Tierra impresionaba al lego, dándole la justa impresión de que el Partido trataba con criterio científico los problemas económicos. . . y todo aquello que existiese bajo el sol y fuese útil para sus fines. Por ello, los diversos partidos locales se denominaban Plexos, y se clasificaban como los varios plexos del cuerpo humano. La unidad del plexo era el Vago: célula compuesta por tres hombres, cuyo jefe se llamaba Cito. El plexo estaba formado por nueve células, y los dendritas eran numerados de A a Z. El jefe local, a quien se llamaba Ganglio, no tenía letra.

En el Plexo Inguinal, Dendrita A era el Cito; Dendrita B, Paul Danton, y Dendrita C, otro de los miembros a que Danton conocía. Dendrita E por supuesto era el Cito de otro vago, y así

sucesivamente, aunque los citos nunca eran llamados por sus letras de dendritas, salvo en caso de ser juzgados. Los miembros del partido, que poseían el suficiente sentido del humor como para entretenerse con sus analogías neurológicas, nunca vivían bastante para divertirse demasiado. Danton lo había notado. El idealismo que lo empujó a ingresar al partido debió pronto moderarse con cautela, asegurando de este modo su supervivencia a través de los diez peligrosos años de limpieza.

Se aprendía a ser cuidadoso, pero no se podía vacilar por mucho tiempo. La señal que Danton acababa de escuchar era exacta. Si el Golgi se había arriesgado a comunicarse con los dendritas mediante ondas particulares de radio, debía de haber alguna razón importante. Danton contestó con desganada:

—Dendrita B, Inguinal.

El Golgi era el comité central del Partido Pro Tierra, responsable sólo ante el jefe, esa misteriosa persona que conocían por el nombre de CórteX o Corteza. Teóricamente, el Corteza podía ser depuesto con razones fundadas, ya que no era sino el representante de los demás miembros; pero en la práctica su autoridad era absoluta.

La respuesta que recibió Danton fue instantánea aunque débil:

—Rama principal —era la oficina principal del comité—. La conferencia sobre duplicación fue cancelada. Si se encuentra usted cerca de alguna oficina local, se le aconseja aterrizar.

Danton miró su receptor portátil, meditando en los hechos. Sí, ahí estaba la oficina local del Partido Pro Tierra. No estaba muy apartada de su camino, pero no podía recordar el plexo. Se preguntó si lo estarían controlando desde el cuartel general.

—¿Qué pasa? —preguntó, ya un poco más sereno.

—Ha caído otra de las infernales

bombas V sobre una zona rural. Si caen otras, habrá serios destrozos.

Involuntariamente, Danton miró a través del plástico de su nave el cielo azul e indiferente. Aquella mirada, desafiante e impotente al mismo tiempo, era prácticamente un tic universal, una reacción involuntaria de todos los hombres sacudidos por el horror de aquellas bombas.

—El Consejo de Seguridad ha convocado a una sesión de emergencia —continuó el locutor.

—Ya lo sé —contestó Danton—. Estoy escuchando el ceremonial. Corte, por favor. Así podré enterarme de lo que ocurre.

Hizo girar el interruptor y se desvió de su ruta. La pequeña nave tomó obedientemente rumbo al sur, mientras la voz suave de Joachim Burgd, tan conocida por todos y tan odiada por los miembros del Partido Pro Tierra, inundaba la cabina.

Muchas veces, Danton había visto por televisión al representante de la Antártida; ahora mismo podía verlo, aun antes de que apareciera en la pantalla; suave, meloso, aparentando una estatura que no tenía, impecablemente vestido, con su figura felina, con los ojos extraños que acentuaban su indudable poder de sugestión.

EN ese momento, Burgd decía: —Por supuesto que ya deberíamos estar acostumbrados a esto. No se trata de la primera bomba ni de la centésima primera. Ya han caído, por lo menos, doce mil. Opino que, a estas horas, es demasiado tarde para el. . . (perdonen mis colegas la palabra) historismo.

Permaneció de pie junto al escritorio, seguro de sí, confiado como un gato, con sus penetrantes ojos, y dando la impresión de que había aprendido a ronronear. Danton distinguió detrás de él, en la pantalla, la silueta de la

albertana Marcia Nels, presidenta del Consejo, quien, pese a su actitud reposada, parecía menos tranquila que de costumbre. Danton sabía que el partido tenía en ella a un político hábil; sin embargo, por su mirada (pese a que en la pantalla era sólo una diminuta figura) y por sus manos, dedujo Danton que el último ataque de Venus la había afectado particularmente.

“Lo ha sentido como si hubiera sido el primer bombardeo”, pensó Danton. Esta vez, las víctimas han sido reales para ella.” No obstante los pensamientos de Danton, la voz de Marcia sonó serenamente, al contestar a Burgd:

—En las naciones políticamente más sanas, se llega a situaciones críticas. Ya hace mucho tiempo que venimos soportando estos continuos bombardeos.

—Pero, ¿qué les parece si dejamos que el señor Wilkins termine? —interrumpió el representante apalache, llamado Heath, que hablaba desde el trasmisor situado en su propio escritorio—. Por favor, señor —añadió—, cuéntenos detalladamente cuáles han sido los destrozos ocasionados por la bomba.

Un ligero zumbido en la radio hizo pensar a Paul Danton que el agregado estaba hablando desde otra emisora. Luego, sonó nuevamente la voz de Wilkins:

—Por suerte fueron pocos. Durham no es una gran ciudad, y el proyectil cayó en las afueras; pero nunca vi un explosivo químico estallar con tal intensidad, convirtiéndose en gas tan instantáneamente. La onda exterior de la explosión se elevó con frecuencia supersonica, comportándose como un yoduro de trinitrógeno. Estalló con un rasguído estruendoso, y no como simple estampido.

—Por favor, concrétese a hablar acerca de los destrozos —interrumpió bruscamente Heath—. Nosotros no somos científicos.

—Bueno —prosiguió Wilkins—

saltar muchos tímpanos e incendió la cosecha de tabaco en los alrededores..., ¿no me pregunten cómo! Y entre la gente de la ciudad, muchos fueron víctimas de violentos trastornos emocionales. Edificios por valor de cuarenta y cinco mil dólares fueron reducidos a polvo. No hemos contado los muertos, que aumentan a diario; pero hasta ahora ha de haber entre seiscientos y setecientos.

—¿Y los inmunes? —preguntó Burgd.

Se percibió una vacilación en el otro lado. Gran parte de las opiniones del siglo XX sobre las posibles mutaciones del organismo humano que podían resultar por las radiaciones emanadas de la explosión de bombas de fisión atómica, eran nada más que teorías. Sin embargo, una alteración se había producido efectivamente. Esas personas no eran monstruos ni fenómenos, pero todos tenían una característica común: la inmunidad contra una o más de las plagas que afectaban a las personas “normales”.

—Uno murió —fué la respuesta—. Aquí hay muy pocos inmunes. El resto, como de costumbre, ileso.

En la voz de Wilkins se notaba el resentimiento que la mayoría de los normales alimenta con respecto a los mutados. La voz resentida dijo:

—El inmune es un ser humano, es un hombre; estoy de acuerdo; pero es diferente; sus motivos y sus actos no corresponden a las reglas comunes.

—Gracias —contestó Marcia Nels—. ¿Desea el Consejo alguna otra información?

TAMARA, la representante de Ucrania, se puso de pie y exclamó: —Soy partidaria de que el señor Wilkins complete su informe del modo acostumbrado. Después, el señor Heath nos pondrá al corriente de los puntos principales.

El tenue sonido que provenía del

trasmisor de Wilkins se interrumpió. Tamara prosiguió:

—Creo que la situación es peligrosa. Los venusianos han instalado alrededor de su planeta una pantalla de radiaciones, impenetrable para nuestras armas atómicas. Hasta ahora, ni ellos han podido atacarnos con sus bombas de fisión ni de fusión, ni nosotros pudimos emplear contra ellos nuestras armas atómicas. Pero, si su ciencia molecular sigue progresando con este mismo ritmo, llegará muy pronto el día en que esto no sea ya un obstáculo para ellos.

Hablaba en ruso, como era su costumbre. Pero Burgd comprendió lo que decía, y replicó sin esperar al intérprete:

—Díganos exactamente qué es lo que usted propone. La idea de que la gente haya estado soportando pasivamente estos cien años de matanza me repugna como a cualquier otro miembro del Consejo; pero no veo que se presente ninguna otra alternativa aceptable. La situación ha empeorado, aunque en su esencia es la misma. El llamado Gobierno Terrestre en el Exilio sigue siendo tan inabordable con nuestras armas como ha sido siempre, y no tiene sentido, militarmente hablando, devolverles sus ataques con proyectiles químicos. Quizá aliviará los sentimientos de algunas gentes, pero su significado es inoperante; sería igual que si mandáramos tirarles piedrecitas a los pingüinos, desde pequeños helicópteros, a mil metros de altura. Alcanzaríamos a algunos, pero con ello no haría sino provocar mayor reacción en los demás.

Marcia Nels concedió la palabra a Carrillo, el representante de Brasil, que tejió un elaborado e intrincado discurso en portugués, acompañado de abundantes y floridos gestos, el cual, una vez traducido, resultó así:

“Mi gobierno no está de acuerdo con

la idea del señor Burgd, pero por diferentes razones. Este organismo tiene por fin evitar la guerra: en nuestra Carta de Organización está específicamente prohibida cualquier declaración de Guerra”.

Heath, atareado hasta entonces en jugar con su pipa, aparentaba no prestar ninguna atención; pero, repentinamente, encendió el tabaco y contestó con violencia:

—¿Es o no Venus un agresor, según lo definen las Ordenanzas de Paz? ¿Tenemos acaso dudas sobre en cuál de los dos planetas se asienta el legítimo gobierno de la Tierra? ¿Acaso el título de los gobernantes venusianos (esos señores que se han proclamado a sí mismos como Gobierno Terrestre en el Exilio), tiene alguna validez fuera de Venus? Nuestra organización de seguridad no se detuvo ante la necesidad de terminar con los estados plurinacionales en 1961, cuando la capa de hielos polares fué bombardeada. Nuestros antepasados hicieron la guerra en toda la Tierra, con la sola ayuda de cincuenta anticuadas bombas atómicas. ¿Qué dice de esto, señor Burgd? —preguntó Heath, dirigiéndose al antartidense—. Si el primer Consejo no hubiera establecido un método donde parecería no haber ninguno, su propio territorio se encontraría aún bajo unas cuantas toneladas de hielo. Y tengo mis dudas de que el señor Carrillo estuviera aquí si el Consejo hubiera elegido otra línea de acción. Los veinte metros de profundidad adicionales que le correspondieron al río Amazonas después del bombardeo, quizá no fueron todo, pero ciertamente coadyuvaron a hacer del Brasil una potencia de primera magnitud.

Burgd contestó con voz que a Danton le pareció un verdadero ronroneo:

—Pero ¿qué propone usted? Concedamos que ni Antártida, ni Brasil, ni Apalachia, ni en realidad ninguno de

nosotros estaría aquí, si el Escuadrón de Paz no hubiera bombardeado la capa de hielo polar. No tendríamos nación a la cual representar. Los territorios que entonces se denominaban Rusia y Estados Unidos, tenían bombas atómicas en su poder; la Argentina, que después desapareció bajo el océano, también pretendía tener esta terrible bomba. Pero, igualmente, ninguna de esas naciones estaría aquí; pues, sin el bombardeo del Escuadrón de Paz, no habría sobrevivientes. . . Desde entonces, desde aquel bombardeo, no hubo más agresiones en nuestro planeta: las Ordenanzas de Paz las suprimieron. Pero en Venus no podemos imponer las Ordenanzas de Paz. Es imposible atravesar la Pantalla de Thomas, con proyectiles o naves atómicas. La verdadera superficie de Venus no es visible nunca, y no se tiene ni idea de adónde dirigir un torpedo o cualquier otro proyectil. Tampoco se puede inundar con gas todo un planeta; ni, conociendo su ecología, tratar de liquidarlo mediante armas biológicas. ¿Creen ustedes que, liquidando el Partido Pro Tierra, conseguiremos detener el bombardeo? Los americanos tenían esa idea, lo cual no impidió que la guerra se desatase. Tal vez deberíamos pedir voluntarios, decididos a arrojarse en paracaídas a través de miles de kilómetros de la pantalla venusiana. Si a alguien se le ocurre otro proyecto aceptable. . .

LA emisora del Consejo de Seguridad podía oírse más allá de la Tierra. Había un pequeño vórtice en la ionosfera terrestre, establecido magnéticamente por la espacionave en la que huyeron hacia Venus los primitivos miembros del gobierno terrestre en el Exilio. Dicho vórtice perforaba la capa de Heaviside o ionosfera, que era la que confinaba todas las ondas radiotelefónicas al ámbito de la atmósfera te-

restre. A unos setenta millones de kilómetros de distancia, allá en lo profundo del planeta Venus, los hombres que se habían proclamado a sí mismos representantes del Gobierno Terrestre en el Exilio, escuchaban atentamente la reunión del Consejo de Seguridad.

Pero de los tiempos de la huida quedaba otra reliquia: un satélite artificial que giraba en órbita fija entre la Tierra y la Luna, como testimonio de tardíos preparativos de guerra. Servía ahora de amarradero para las espacionaves de transporte, que desplazaban su inmensa mole entre dicho satélite artificial y la Luna misma.

El transporte se puso en marcha, y la emisora del Consejo de Seguridad dejó de oírse en Venus, en mitad del discurso de Burgd.

En el tranquilo cuarto en que estaba sentado Geoffrey Thomas, director de Venus, sus colegas, los oficiales principales del Gobierno Terrestre en el Exilio, oyeron su risa ahogada. Thomas (que debería haber muerto sesenta años antes), el fabuloso genio electrónico que creó la famosa pantalla que recubría todo el planeta, recorrió con la vista al conjunto de hombres que lo rodeaban y rió sordamente. Estos hombres eran: Lathrop el Sin Nervios, que, de pie, con las piernas separadas y el uniforme immaculado, parecía un rey inglés de la época medieval; Enfield, con su mirada triste como un Mazariño pensativo, obligado a adoptar el papel de Richelieu, aún consciente de su falta de capacidad para ello; Mann, especie de Casio, de rostro agresivo, que hervía en anhelos de poder; Taverner, un joven delicado y de aspecto engñosamente ingenuo.

Thomas observaba a esta segunda generación de conspiradores, los comparaba con los que habían huído con él, y reía. Aquella risa provocaba grotescos movimientos de sus doscientos cincuenta kilos de carne. Hasta la boca

sensual de Lathrop se torció. Todos los ojos se apartaron rápidamente del desagradable espectáculo de aquella carne fofo y colgante, que cubría hasta los brazos del sillón; todos los ojos, menos los de Taverner. Este lo miraba con la tranquilidad de una vaca que rumia despreocupadamente su alimento.

—La próxima vez que se interrumpa la transmisión —observó con aire pesimista Enfield—, no tendremos más remedio que resignarnos a reconocer que han descubierto nuestro vórtice aéreo.

Todos se agitaron en sus sitios, salvo Taverner, que ocultó un bostezo.

Thomas vio cómo el semblante perpetuamente triste de Enfield se ponía más triste aún. La actitud de Enfield era la que correspondía a un liberal moderado que trataba de actuar en una sociedad basada en la violencia. Sin embargo, el antecesor de Enfield. . ., bueno, eso era parte de su desdicha.

Los ojos de Thomas se fijaron en el coronel Lathrop.

—Imposible —exclamó el coronel.

—Tendremos que enviar una delegación para pedirles buenamente que empiecen a mandarnos radar —sugirió Thomas, con voz indiferente e impasible.

LATHROP insistió nuevamente en que no era posible. El agujero por el cual llegaban aquellas transmisiones nadie podría encontrarlo, aunque lo buscaran un millón de años, sin conocer a fondo las coordenadas correspondientes.

Continuó diciendo que tales interrupciones no eran excepcionales sino periódicas, y una vez que captaran cuál era el ritmo de su periodicidad, podrían conocerlas a la perfección. Y agregó que entonces sabrían que el Consejo de Seguridad no tenía nada que ver con ellas.

—Las consecuencias son las mismas —replicó Enfield—. ¿Qué le parece a

usted. . ., si le parece algo?

El cansancio con que hizo la pregunta, le quitó toda agresividad. El semblante de Taverner no se alteró.

Se alzó ligeramente de hombros y exclamó:

—Esta situación no exige mayormente nuestra atención. Hace tiempo que advertí que pensar en ella no la modificará ni nos permitirá llegar a nada positivo. Usted piensa por costumbre; yo pienso solamente cuando es necesario hacerlo.

La sonrisa de Thomas se hizo más abierta al oír que Lathrop decía:

—¡Ah. . ., qué hombre de acción! ¿Y qué hace usted, entonces, si vive sin pensar?

—Espero. A Enfield le gusta pensar; a usted representar. Yo espero. Cuando llegue el momento oportuno, haré lo que sea necesario.

Lathrop no pareció inmutarse por el insulto. Inclino ligeramente la cabeza y miró a Enfield. Thomas estalló en una nueva risotada, la cual él sabía que produciría vibraciones de simpatía en los tres que estaban al borde del histerismo. Taverner pareció no notar nada.

—Basta de pavadas —rugió Mann. Era el dirigente de los militaristas extremos (el Partido Halcón de Guerra), y sus palabras eran tan agrias como la vehemencia que le salía del alma—. Ya los tenemos enloquecidos de desesperación. Unos cuantos torpedos más, y harán algún disparate. Tendremos preparado un fogoso recibimiento para cuando lleguen.

Enfield quería saber cómo. Dibujaba círculos en el fino, cristalino polvo depositado sobre la mesa, y trató de exponer la situación que se produciría si los terráqueos se enfrentaran con los venusianos en el terreno de éstos. El diagnóstico resultaba bastante fúnebre, según pensó Thomas.

—Con armas atómicas o sin ellas

—concluyó Enfield—, si se enfurecen lo bastante como para organizar un raid de largo alcance, nos tragarán. Tienen los hombres y químicos necesarios. Y nosotros carecemos de los elementos radiactivos para fabricar armas atómicas en el número que necesitamos.

Respiró profundamente, lo cual presagiaba un epílogo doblemente largo. Pero Lathrop lo interrumpió. Enfield se calló con el aire de un maestro disgustado que desaprueba la conducta de sus alumnos. El coronel se golpeó con el puño el cinturón, separó más aún las piernas y adoptó una postura definitivamente teatral.

—Ustedes, los civiles —dijo—, son peores que chicos. ¿Por qué no miran alguna vez el planeta en que viven? Por más poderosa y adelantada que sea la técnica terráquea, nada puede ni podrá contra nosotros. Estamos totalmente dispersos; carecemos de rasgos aparentes; somos una colonia de armadillos repartida bajo la superficie de un planeta de regular tamaño; no ofrecemos ningún blanco tal que una vez destruido, el planeta entero sufra por ello. Nuestra organización no está más centralizada que el organismo de un gusano. Todo lo que pueden hacer es destruir algunos segmentos —tamborileó con sus dedos sobre el cinturón, sonrió de modo desagradable y miró a los que lo rodeaban: a todos, menos a Thomas—. Necesitarían casi la totalidad de su población para que la conquista fuese efectiva, caballeros. Nuestra posición es casi inexpugnable. ¿Por qué arriesgarla gastándonos en hacer un gesto que excede de nuestras posibilidades? Más adelante, y con la preparación adecuada podremos adueñarnos de la Tierra.

—Usted sabrá los motivos, coronel —anotó Thomas, mirando a Lathrop con una irritante sonrisa—. ¿Por qué no se une usted a Mann? Es evidente

que un Halcón de Guerra necesita un buen consejero militar.

Lathrop enfrentó serenamente la mirada del director.

—Porque yo —dijo fríamente— no soy Halcón de Guerra, como usted bien lo sabe.

Thomas calló, y su sonrisa desapareció por un instante. Hizo una señal, y Taverner se apartó a un lado, mientras dos enfermeros asistentes, que habían estado de pie detrás del director, se adelantaban y comenzaban a ayudarlo a ponerse de pie.

—Tanto usted como Enfield son unos posmas, coronel, a pesar de sus actitudes y uniformes beligerantes —jadeó Thomas—. El lema de usted es “sentarse a esperar”, y el de Enfield “quedarse quieto” No hay mucha diferencia entre ambos.

—¿Y Taverner?... ¿Cuál es la diferencia entre Taverner y nosotros?

Los ojos de Thomas volaron hacia donde estaba el amable joven.

—¿Taverner?... ¡Oh!, él es un verdadero *boy scout*; su lema es “siempre preparado”. En cuanto al resto, creo que usted puede arreglárselas solo, coronel.

Sonrió al observar las variadas expresiones, sabiendo que todos se preguntaban cómo era posible que, aún con ayuda, Thomas fuera capaz de caminar. Habían visto retratos suyos de años atrás, y sabían que siempre había sido un hombre de gran corpulencia: bastante más de un metro ochenta de estatura y muy recia complexión. El director sabía que estaban calculando: “¿Cuántos años tendrá ya? Por lo menos ciento cuarenta”.

—¡Ah, sí!, coronel: en otros tiempos yo era tan apuesto como usted; ahora, las piernas se me abren y desparraman como los brazos de una estrellamar.

Lathrop palideció.

—Nos ha pintado someros retratos de nosotros mismos. Ahora, díganos

qué es usted, además de un anacronismo inmortal.

Los enfermeros ayudaron al director de los exilados a pasar de costado por la puerta. Las palabras de Lathrop recibieron por única respuesta la mofletuda y borbolleante risa de Thomas y el sonido de los pasos que se alejaban. Thomas imaginó a Lathrop recorriendo con un dedo su propia cintura (se asegura que usaba corsé), y a Mann de pie junto a la radio, que nada transmitía, abriendo y cerrando los puños. La habitación quedó en silencio. Cualquier sonido, hasta el más suave de los suspiros, podía ser captado por los micrófonos ocultos que Thomas había distribuido por todos lados y que estaban en comunicación directa con el pequeño aparato receptor que él llevaba dentro de una muela postiza.

Oyó cómo Lathrop murmuraba “Un *scout* es útil”, y a Mann susurrar furiosamente “¡Usurpadores inmundos! ¡Que vengan no más!”

Thomas sonrió. Los primitivos exilados odiaban la tierra; pero sus sucesores la odiaban mucho más. Mann y los otros hombres, constituían lo que Thomas llamaba la Conjuración; pero tenían la ventaja de desconocer totalmente la Tierra... En realidad, sólo Mann odiaba con todo el corazón.

EN la Tierra, la transmisión radial y televisada de la sesión del Consejo de Seguridad no se interrumpió. Paul Danton, con la vista fija en las figuras de la pantalla, como si pudiera leer con mayores posibilidades de acierto los pensamientos de aquellas personas cuanto más atentamente las observara, se preguntó qué secreto proyecto se escondía detrás de la frase de Joachim Burgd: “¿Creen ustedes que liquidando el Partido Pro Tierra, conseguiremos detener el bombardeo?” ¿Era simplemente una engañifa?, ¿o un modo de instar al Partido a una acción

que no podía sino resultarles perjudicial a la larga? Si así fuera, Burgd se mostraba ingenuo: el Partido sabía que el Consejo de Seguridad no estaba en condiciones de pretender nada semejante. Pero la amenaza existía...; era una espada de Damocles sobre sus cabezas desde que Danton ingresó al Partido; era lo que justificaba los diversos cambios de rumbo en la línea de acción del Partido, las infalibles purgas, el incesante espionaje interno, la disciplina totalitaria.

Sin embargo, los agentes del Consejo no habían hecho más que entorpecer de diversos modos su actividad. Danton se preguntó si ahora se pondrían más severos...; si las heroicas figuras de algunos de los miembros del Partido no estarían arregladas de antemano.

¿Acaso el Partido Pro Tierra formaba involuntariamente parte del plan de Burgd? ¿Era un elemento útil que le venía bien tener a mano?

La atención de Danton retornó a la pantalla de televisión, cuando la voz de Burgd decía:

—Tal vez deberíamos pedir voluntarios, decididos a arrojarse en paracaídas a través de miles de kilómetros de la pantalla venusiana. Si a alguien se le ocurre algún otro proyecto aceptable... —tosió suavemente, y Danton se inclinó hacia adelante— y que tenga sentido, militarmente hablando, debe exponerlo; y en tal caso sería razonable discutir su modo de empleo. Pero las investigaciones nada nos han proporcionado. Estamos exactamente igual que hace cien años; nada adelantamos desde el día en que nuestros antepasados vieron a las naves rebeldes entrar en la atmósfera de Venus y, poco después, un relámpago de luz que cubría al planeta para siempre. Ustedes recordarán que los físicos atómicos de entonces declararon que la existencia de la pantalla de Thomas era mate-

máticamente imposible. Yo no soy matemático, de modo que debo aceptar sus razones; pero a la vez no puedo dejar de pensar que la pantalla existe: sin ella, los rebeldes no habrían arriesgado jamás su huida a Venus.

Burgd hizo una pausa y Carrillo aprovechó la oportunidad para gritar:

—Señora Nels, ¿debemos perder nuestro precioso tiempo escuchando lecciones de colegio?

—Propongo que el señor Burgd continúe —dijo la delegada siberiana—. Esta es una reunión pública; estamos radiándola, y es necesario que se oigan todas las opiniones. Habrá muchos escolares escuchando, y además no podemos pretender que todas las personas que nos oyen sepan tanta historia como nosotros, aunque nos consta que son capaces de comprenderla una vez que los hechos se la presenten con claridad.

—Gracias —contestó el antartidense, con cortesía casi excesiva—. Eso es lo que yo pensaba: no está mal que a uno le recuerden lo que ya sabe, en los puntos esenciales... Sólo quiero señalar que, quizá por haber sido imposible hacerles comprender a los proyectiles atómicos que la pantalla de Thomas es un mito y un imposible, el hecho es que la pantalla ha operado tal como Geoffrey sostuvo que operaría. Para ellos ha resultado una protección y un inconveniente. Todos los proyectiles que nos han enviado desde Venus son químicos. Un odio tan violento como el que ellos nos profesan (odio que da lugar a este desalmado bombardeo), no se había detenido ante la posibilidad de usar armas atómicas... salvo razones desconocidas.

—A lo mejor carecen de armas atómicas —sugirió Carrillo.

—Es posible —concedió Burgd—. Pero es más razonable pensar que poseen armas atómicas. No es cuestión de preceptos lógicos ni de debates acadé-

micos. Hace cincuenta años se dispararon proyectiles atómicos contra Venus. Todos estallaron a la altura de la pantalla o poco antes. Todavía seguimos el experimento; pero los resultados no han variado: la pantalla no admite el paso de elementos radiactivos.

—Sin embargo... —dijo el brasileño.

—Sin embargo... —concedió Burgd— en lo que se refiere a la posibilidad de destruir la pantalla, los experimentos terrestres no avanzaron ni un paso más del estado en que se encontraba cuando se produjo la revuelta y fuga de los rebeldes. Según se informó al público, el "Equipo de la Pantalla" (un grupo de genios, si es posible pensar que hay hombres que merecen tan altisonante título) confiesa su fracaso en las pruebas más elementales. Un siglo de adelanto en teoría matemática no nos ha develado la clave de la naturaleza de la pantalla de Thomas; y antes de que la descubramos es imposible diseñar instrumentos experimentales.

HEATH se manifestó de acuerdo: —La pantalla de Thomas está físicamente fuera de este mundo, y del de ellos también, supongo. Pues todos ustedes recordarán que los informes decían que los experimentos realizados por los venusianos, para atravesar con sus propias armas atómicas la pantalla, también fallaron. Estallaron antes, como las nuestras. Pero me parece, señor Burgd, que el representante de Brasil también tiene algo de razón. Aceptamos la teoría de que la pantalla no podrá ser destruida por bombas atómicas en los próximos cien años, o que no podrá ser destruida nunca, por ser un fenómeno irreversible, a pesar de que al principio decían que no podía fabricarse. Pero ahí no se acaba el problema de Venus. Debemos encontrar un modo de solucionarlo sin utilizar armas atómicas —encendió su infalta-

ble pipa y arrojó el fósforo al piso—. Lo que ahora interesa es el informe del Equipo de Psicología. La curva de insania ha aumentado después del último bombardeo. Y de eso no caben dudas. A pesar de la acción de nuestros educadores y a pesar de la infatigable labor desarrollada por la prensa, nuestro pueblo crece en un mundo donde nadie está libre de un terror secular. Ningún acto deja de estar influido por ese terror a la constante amenaza que ha dejado de ser simplemente proverbial: la de un rayo del cielo. Nadie puede dejar de pensar que allá arriba hay alguien que odia a él y a todos sus congéneres, y que está decidido a destruir tantos terráqueos como sea posible. Y tampoco puede dejar de pensar que nada se ha hecho por evitarlo; nada eficaz, al menos. El vulgo tiene la impresión de que nada podrá hacerse nunca. En consecuencia, se siente definitivamente acorralado.

El modo brusco de hablar del apalache no podía compararse con la sugestiva cortesía de Burgd, pensó Danton. Sin embargo, Heath mantenía la atención de su auditorio. Su pipa se había apagado de nuevo; pero nadie ni siquiera Burgd, pretendió interrumpirlo cuando se detuvo a encenderla. La cámara iluminó momentáneamente a Heath apagando su fósforo en el extraño silencio de la sala del Consejo; luego, enfocó su rostro, y Heath continuó:

—Hemos hecho todo lo que podíamos hacer. Mientras las cosas sigan como están, tendremos por delante el peligro de que estalle una especie novísima de locura colectiva en todo el planeta. Quizá podamos posponerla, detenerla un día, una semana, un año, pero así no se soluciona el problema. Los hospitales están repletos. Las mentes débiles se apagan como luces que carecen de energía suficiente para mantenerse. Todo tipo de trabajo inteli-

gente, gobierno justo, creación artística o simplemente, el modo de vivir, se hace cada día más difícil. Pronto será imposible. Sostengo, pues, que con pantalla o sin ella, es necesario actuar; no mañana, no cuando el Equipo de la pantalla haya descubierto el secreto, sino hoy mismo.

LA interferencia de la nave de transporte a la Luna había pasado, y en Venus podían oírse las palabras de Heath; pero los exilados no las oían, salvo un reducido núcleo reunido en una pequeña cabaña de Nisson, plantada en la superficie caliente y árida del planeta. En esa turbia atmósfera, nadie que estuviera situado a más de un paso de distancia podría divisar la cabaña. Estaba tan perfectamente oculta a los ojos alertas del gobierno en exilio y al populacho de Venus, como a los de los terráqueos. Ningún telescopio de la Tierra podía divisar un objeto de mil veces mayor tamaño que la cabaña, ni ningún instrumento para aumentar la visión podría delatarlos en Venus.

—¡Al fin van a venir! —fué la exclamación general.

La máscara de oxígeno, que estaban obligados a llevar, sumía en el anonimato a cada uno de los hombres de la cabaña; los cuales conseguían oír los gritos de sus compañeros por medio del aparato auditivo de su unidad de comunicación. No hubo demostración alguna; pero, al tiempo que la radio transmitía las últimas observaciones de Heath, la animación y alegría general era algo que podía palpase y se transmitía de uno a otro de los hombres confusamente distribuidos alrededor de la mesa. Sólo una de las figuras anónimas parecía no sentirse emocionada: la de un hombre alto y delgado, sentado a la cabecera de la mesa, a quien los demás sólo llamaban el Triste.

—No vendrán —dijo sencillamente.

Sus hombros se levantaron y volvieron a caer—. No vendrán. No lo han hecho antes y no lo harán ahora. Durante cientos de años el Consejo de Seguridad ha estado reemplazando por maniobras parlamentarias la acción directa; de lo cual pueden ustedes enterarse si leen las transcripciones de sus transmisiones radiales desde el tiempo en que se fundó nuestro Partido de la Tierra. No van a cambiar ahora, diga lo que diga cualquiera de sus oradores.

Miró fijamente a sus todavía entusiasmados colegas, como él desprovistos de rasgos y a quienes solamente se podía distinguir por el tamaño, por los movimientos y posturas características y por las inflexiones de la voz, según sonaban en los receptores.

—No están de acuerdo, ¿eh?

—Es que lo que hemos oído suena a algo más que a meras palabras —objetó un hombrecito rechoncho que estaba sentado a alguna distancia de la cabecera de la mesa—. Para ellos, el momento es ideal, siempre que estén preparados —señaló hacia abajo, hacia lo profundo del planeta, donde residía el cuerpo principal de la civilización de Venus; pues solamente los observatorios y el movimiento subversivo estaban en la superficie—. En este momento los exilados están a punto de matarse los unos a los otros, como perros. Enfield ha perdido terreno, como sabemos, y está casi liquidado. Entre los del Partido Moderado no hay quien pueda ocupar su lugar. Dudo, por lo demás, que el propio Enfield sea capaz de salvar a su Partido del desquicio. Lathrop es la personalidad más importante de la Conjunción; pero los conservadores tienen cada día menos popularidad. Mann y su plataforma son los más acordes con los gustos populares. El número de afiliados al Partido Halcón de Guerra se ha duplicado en los dos últimos meses. El

pueblo gusta de la acción decidida, y Mann es el único que habla en semejantes términos. Ha logrado éxito en el asunto del bombardeo; y eso entusiasma al ciudadano común, porque da la impresión de que se está haciendo algo. En cuanto a Taverner... El gordito dejó de hablar.

—A Lathrop le falta gente para ganar —asintió la figura de la radio—. Pero Mann no tiene capacidad mental suficiente para apoderarse del mando, aun cuando ahora sería el momento propicio. Enfield permanece por razones de tolerancia; tanto Lathrop como Mann encuentran en él un buen elemento para retrucarse, y además todavía representa a un considerable sector de la opinión pública. En cuanto a Taverner... bueno, ¿quién es Taverner? Un empleado de oficina glorificado. Detrás de él no tiene partido ninguno; no se representa sino a sí mismo, y eso no es gran cosa. Le resulta útil a Thomas y por eso está ahí: los otros tienen que aceptarlo.

—Thomas los abarca a todos; no lo olviden —dijo el gordito—; usa a cada uno contra el otro, y ésa es la razón de ser de Taverner. Taverner es el instrumento de Thomas. De ese modo, nadie entra en coaliciones ni pactos temporarios en lo que se refiere a su objetivo principal: matar a Thomas y usurpar su inmortalidad... Y no me digan que Taverner no sueña con lo mismo. Yo creo que tiene un plan oculto...

EL Triste suspiró y miró alrededor de la mesa, como buscando una orientación donde no la había.

—¿Inmortalidad? —preguntó—. Por supuesto, ése es el sueño de todos los habitantes de Venus —por el tono de su voz se notaba que incluía a todos los presentes en su frase—. ¡Oh!, no se ha demostrado que Thomas sea inmortal; pero evidentemente posee algún modo

secreto de prolongar la vida, y eso es ya un buen comienzo... A lo mejor es inmortal. De cualquier modo que sea, el secreto va junto con la posición de director; de modo que el resto de los miembros de la Conjunción tiene los ojos puestos en el sillón del jefe, por más de una razón. Se trata de una intriga palaciega, más que de otra cosa, amigo mío —agregó inclinando la cabeza en dirección al hombre rechoncho—. El apoyo popular tiene cierta importancia, aunque francamente secundaria... Quiero decir que quien gane contará también con un partido. Pueden estar seguros de ello.

El gordito se alzó de hombros.

—Bueno... de todos modos, el hecho es que bajo la corteza de Venus hay plutonio. Si los de la Tierra descendieran en Venus, no tendríamos necesidad de apachucar con lo que planeamos. Los exilados estarían tan ocupados en pelear entre sí, que no les importaría lo que ocurriera en la superficie del planeta.

—Exactamente —asintió la máscara de la radio—. Todo lo que progresamos el año pasado, lo conseguimos porque los de la Conjunción estaban enfrascados en su lucha por el poder, y ni siquiera nos prestaron atención. Desde el momento en que Thomas simplemente anunció que Taverner era miembro de la Conjunción, y todos los otros pensaron que podían aprovecharse de él aceptándolo...

—Explíqueme eso con claridad —interrumpió el Triste—. Hoy mismo, antes que empezara la transmisión, estuvimos estudiando los antecedentes —hizo una pausa significativa; recordó el tiempo pasado, cuando él también era un entusiasta, y el recuerdo suavizó un poco sus palabras—. Lo que ustedes están tratando de decir, según yo lo entiendo, es que la Tierra va a invadir Venus esta vez, porque ésta es (y todos estamos de acuerdo en ello)

una buena ocasión para hacerlo.

Hubo un silencio largo e incómodo. Al fin, un hombre pequeño, apodado el Viejo, dijo amargamente:

—¡El golpe de gracia! De eso deberíamos deducir que el Consejo de Seguridad de la Tierra sabe todo lo referente a la situación general de nuestro planeta y a los conflictos internos. Y no podrían saberlo a menos que estuviesen aquí, que hubiera espías... No sería imposible —suspiró esperanzado.

El Triste movió negativamente la cabeza—. Sabe usted muy bien que ningún espía ha tomado contacto con nosotros. Seríamos sus aliados naturales. Las probabilidades en contra...

—¡No son demasiadas! —saltó el gordito—. ¿No oyeron la referencia que hizo Burgd al Partido Pro Tierra? ¿Cómo sabe que existe semejante partido? ¿Cómo puede saber de nuestra existencia, a menos que los del Consejo de Seguridad tengan espías aquí?...

—No —contestó rotundamente el Triste—. Puede ser que exista un partido de ese nombre, pero que no somos nosotros. Nunca nos hemos llamado a nosotros mismos Partido Pro Tierra. Para nuestros fundadores, usar semejante nombre habría equivalido a suicidarse, como lo equivaldría para nosotros mismos. Tal como es el verdadero nombre, ya hemos sido suficientemente perseguidos... No creo que ustedes necesiten que se lo recuerde.

—¿Y por qué nos llamamos Partido de la Tierra? ¿Porque queremos recordar a nuestros jóvenes lo que perdieron los exilados (los refugiados originales de la Tierra) cuando hicieron su éxodo hacia este miserable planeta —rió con risa seca y ahogada—. Cuando entré como conscripto, pretendí imponer un cambio en el nombre: propuse llamarnos Partido de Regreso a la Tierra, denominación que expresa nuestros más caros fines, aunque es

poco elegante. Me dijeron que ese cambio había sido propuesto y rechazado por idénticas razones, muchas veces antes.

—De todos modos —dijo el gordito—, el nombre que mencionó Burgd puede haberse confundido en la transmisión.

—Es posible, pero no probable —afirmó el Triste—. Burgd es el hombre más tortuoso que pueda imaginarse. Además es terriblemente astuto e insiste en decir las cosas de modo diferente de lo que realmente significan; y es lógico que le guste hablar así cuando está definitivamente en contra de la acción directa —el líder del Partido de la Tierra golpeaba la mesa al hablar, para acentuar el valor de sus palabras—. Burgd se opone a que se ataque a Venus: eso podía notarse en cada frase. Todas tenían doble o triple sentido. Así, pues, la frase “¿De modo que se proponen liquidar al Partido Pro Tierra?” referida a nosotros, carecería de sentido. No, caballeros... se refería a los exilados.

—¡Qué disparate! —exclamó el gordito—. No recuerdo el discurso palabra por palabra, pero estoy seguro de que usted tampoco lo recuerda. Lo ha citado mal o dándole otro sentido, lo que es igualmente erróneo, y usted mismo podrá darse cuenta de ello cuando lo oigamos nuevamente. Estoy de acuerdo con eso de que el discurso encerraba algunas frases irónicas; pero la interpretación correcta sólo puede ser la opuesta de la que usted le ha dado. Lo más probable es que estuviese dando a entender que la Conjunción nos liquidaría a nosotros antes que nada, en caso de que se decidiese el ataque a Venus; y eso tiene bastante lógica. Puede ser que cuente con nosotros para más adelante...

—¿Por qué no dejamos de gritarnos los unos a los otros y ponemos de nuevo la radio? —solicitó el más nuevo

de los miembros—. Seguramente, la reunión continúa. Quizá nos demos cuenta de lo que quería decir realmente el antartidense, si le prestamos atención.

Hubo otro silencio embarazoso. Luego, el Triste dijo:

—La radio no está apagada; simplemente, no recibe. No podemos captar el sistema que usan ellos, y el nuestro está sometido a alrededor de treinta condiciones diferentes. Cuando alguna de éstas falta, no oímos la transmisión.

—¿Treinta? ¿Y cómo lograremos oír algo alguna vez?

El triste se alzó de hombros.

—La mayor parte del tiempo no oímos nada. Tenemos un transmisor oculto en la Estación Exterior; pero hace años que está fuera de servicio. El delegado que allí teníamos fué eliminado, y desde entonces no hemos conseguido colocar otro agente en su lugar —se detuvo y miró a su alrededor—. ¿Alguno de ustedes tiene cualquier idea práctica que sugerir?...

La reunión del Partido Pro Tierra se disolvió en desesperanzado silencio.

EN la pantalla de televisión del helicóptero enano de Danton, la figura de Burgd, de pie, parecía extraordinariamente alta a pesar de estar reducida a los doce centímetros en cuadro que poseía dicha pantalla.

—Si pregunto una vez más ¿qué proponen ustedes?, corro el riesgo de irritar a algunos —decía Burgd—. Pero de tanto hablar de problemas técnicos, hemos olvidado que el hacer la guerra es también un problema técnico. En ello no tienen cabida los aficionados más o menos entusiastas, como no la tienen en matemáticas o en psicología. Esto se sabe desde que, en 1940, un hombre llamado Hitler no tuvo más remedio que enterarse de ello. Desde luego, tenemos que actuar sobre la premisa

de que la pantalla de Thomas no puede resquebrajarse. Durante toda esta centuria, nuestro Equipo Militar ha trabajado sobre esa premisa. ¿Haría el señor Heath el favor de echar ahora una mirada al informe del equipo? —se detuvo y levantó las cejas para acentuar la importancia de sus palabras—. O, mejor, para ahorrar tiempo, yo mismo lo resumiré. Los hombres del Equipo Militar no conocen la topografía del planeta que se les ha encargado que consideren como campo de batalla; ni siquiera pueden adivinarlo, ya que toda la superficie de Venus se encuentra cubierta por una nube de polvo de varios kilómetros de espesor. ¿Qué debemos bombardear en primer término? No lo sabemos. ¿Será necesario descender? Si así fuere, ¿dónde? Más o menos, ¿cuántos habitantes hay en Venus? ¿Con qué armas cuentan éstos? ¿Cómo operarán en contra nuestra, sumidos como están en esa atmósfera de tormenta de polvo continua, a la que ya deben de estar habituados? El Equipo Militar no lo sabe; no tiene la menor idea al respecto. Nosotros tampoco lo sabemos. Nadie en la Tierra lo sabe.

Una breve agitación de pequeñas figuras se dibujó en la pantalla. Un mensajero avanzó por la nave central, hacia el trono de Marcia Nels. Ella inclinó su brillante cabeza, y sus trenzas lanzaron suaves destellos, y el mensajero le habló. Danton oyó un vago murmullo de fondo. El mensajero dió media vuelta y se fué.

Burgd estaba todavía de pie. Su dramática pausa había perdido todo su efecto; pero la expectativa no decrecía. Marcia Nels dijo:

—Aquí tenemos un informe sobre nuestro proyecto de contraespionaje. La primera fase se considerará terminada dentro de una hora.

Tamara se puso de pie inmediatamente.

—Propongo levantar la sesión, votan-

do a favor del Comité de Represalias —dijo con voz clara.

—De acuerdo —expresó Schwartzkof, representante de Europa.

—¿Alguien se opone?

La pregunta de la presidenta no obtuvo ninguna respuesta. Danton observaba, asombrado. Después de que Burgd los había preparado hábil y largamente para la más absoluta inacción...

Pero los votos se acumularon, uno sobre otro. No hubo ni un solo “no”. Danton escuchaba con creciente consternación a medida que los “síes” se sumaban y contuvo la respiración cuando al citar la presidenta al representante de la Antártida, Joachim Burgd, éste votó por la afirmativa.

Aquello equivalía a una declaración de guerra... y Burgd había votado por la afirmativa.

CAPITULO II

EN la pantalla se dibujó la insignia de la estación y una voz anunció:

—Aquí termina la sesión del Consejo de Seguridad. Regresamos ahora a la Bahía de Hollywood y a la interrumpida transmisión de la opera de Kurt List...

Danton apagó el aparato, con un gesto brusco, y se recostó en el asiento del vehículo. Solo le restaba esperar el zumbido de “destino” del sincronizador; pero tenía bastante en qué pensar.

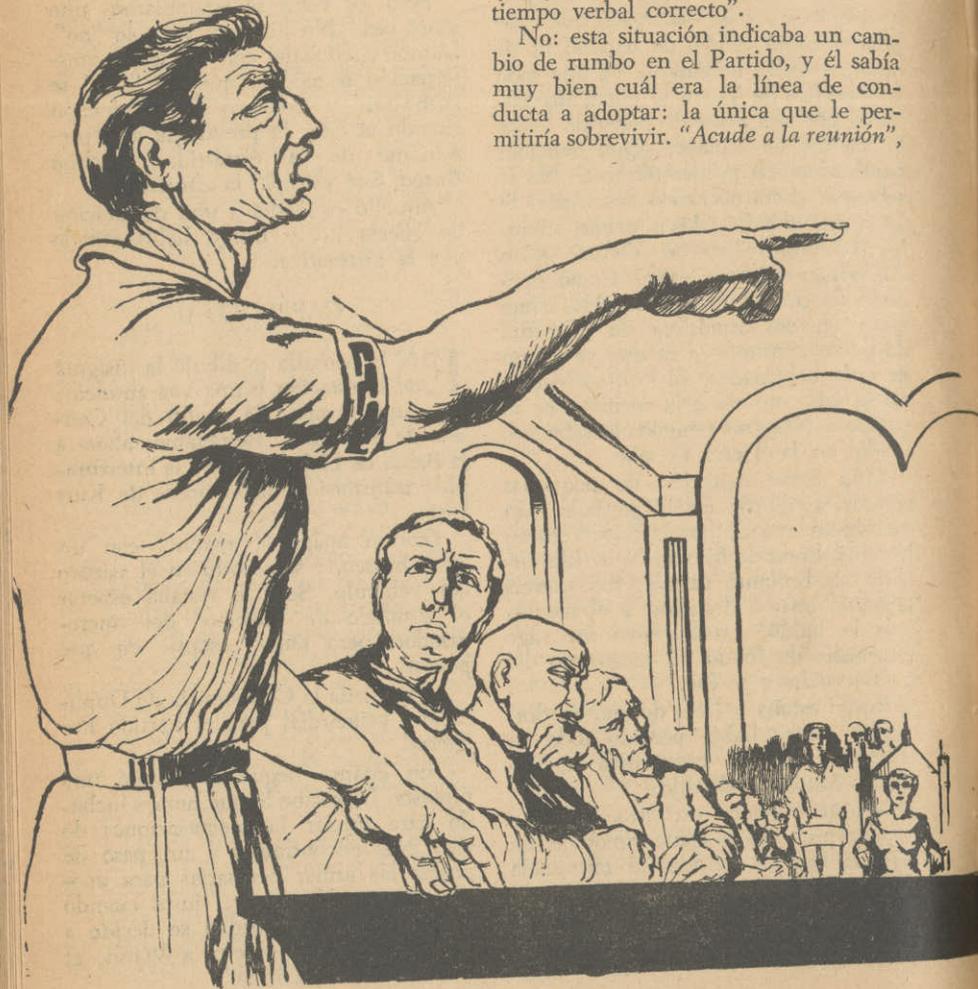
¡Cancelada la Conferencia de Duplicación, primordial para el Partido Pro Tierra!

“En cuanto llegue presentaré una protesta. Dios sabe lo que hemos luchado para iniciar las negociaciones de paz. Nos encontramos a un paso de poseer las armas necesarias para apoyar nuestros deseos; y, ¡justo cuando el Consejo de Seguridad se decide a declarar la guerra abierta a Venus, el Partido desecha el arma!”

Pero apenas se le había ocurrido esto, cuando otros pensamientos ocuparon su mente, y Danton supo que nunca presentaría tal protesta. Claro que el Partido permitía a cada uno de sus miembros protestar, cuando así lo desearan, contra cualquier decisión del Golgi; pero...

"Veamos" murmuraron sus pensamientos; "¿cuál fué el último dendrita que protestó abiertamente? Fué es el tiempo verbal correcto".

No: esta situación indicaba un cambio de rumbo en el Partido, y él sabía muy bien cuál era la línea de conducta a adoptar: la única que le permitiría sobrevivir. "Acude a la reunión",



urgió su consejero interior, y demuestra nuevamente tu total devoción y completa comprensión del deber de un dendrita. Estás de acuerdo; expresa tu acuerdo.

Se dejó llevar por el recuerdo, o mejor dicho, se forzó a recordar el caso de Dendrita J, del plexo... (no recordaba el plexo), que había presentado una protesta formal dos meses antes. Un hombre serio, de inclinaciones intelectuales, que habían despertado sospechas, pero al que se aceptaba, siempre que utilizara sus facultades del modo debido. ¿Vivía todavía? ¿Se había enfermado o sufrido un accidente, como ocurría con la mayor parte de los dendritas que eran separados del Partido? No importaba. Dendrita J murió la noche en que fué echado del Partido; murió delante de sus colegas dendritas, arrepintiéndose de sus errores, lamentando sus crímenes, instando a todos los presentes a meditar en el fin inevitable de todo pensamiento torcido... y a precaverse de toda desviación. Agradeció que se le permitiera hablar para confesar su imperdonable conducta; rogó que lo ejecutaran; pidió que se hiciera justicia con él, por saboteador, por traidor...

Danton tembló, no tanto al pensar en los crímenes de Dendrita J o en su castigo específico, sino ante el pensamiento de lo que significaba existir fuera del Partido Pro Tierra. Dendrita J, humillado, había sido excelente instrumento del Partido. Otros, simplemente, habían desertado. ¿Cómo vivían ahora? ¿Cómo podían pasar los días apartados de la seguridad, la camaradería, la luz interior que se desprendían del Partido?

"Expresa tu aprobación" le decía a Danton la voz interior, "y mantente alerta, siempre atento a cualquier síntoma de desviación o diferencia con los otros. Hay enemigos dentro del organismo, algunos de los cuales pueden

mostrarse ahora. Ataca los primeros síntomas que observes; fraternalmente el principio. Simplemente, expón los errores; porque una leve corrupción, curada a tiempo, fortalece al conjunto. Pero fíjate en el que dé muestras de debilidad; prepárate para posteriores delaciones; no pases nada por alto.

"El Golgi tiene razón, como la tuvo en el pasado, porque hemos llegado a dominar la ciencia histórica. El Golgi tiene razón... *aun cuando se pruebe que no la tiene*", se sintió pensar Danton, y paralizó ese impulso, pero no antes que el pensamiento se completase, "por razones recién inventadas, para encargar en el caso".

"Estoy cansado. Mi resistencia falla cuando estoy cansado".

Suspiró y trató de descansar respirando profundamente.

"No somos superhombres", siguió pensando como si estuviera preparando un discurso. "Como individuos, no podemos ser infalibles: somos hombres de ciencia, y por ello no nos avergonzamos ni tememos admitir nuestros errores cuando se nos hacen patentes. Nos controlamos continuamente: la crítica que hacemos nosotros mismos es más profunda y penetrante que lo que pudiera ser cualquier crítica externa, porque conocemos los métodos correctos. Pero el hecho fundamental es que no cometemos errores básicos; de manera que, cuando nos encontramos con un error de cálculo, sabemos cómo corregirlo de un modo simple y directo."

Pensó durante unos minutos si su deber era protestar o no. Por un lado, el Golgi no tenía sino las más vagas razones para pensar que la legendaria máquina de duplicar existía. La misión que Danton acababa de cumplir había tenido por objeto hacer una última búsqueda para resolver la cuestión.

Si la decisión de cancelar la sesión de Duplicación fuese solamente una decisión del Golgi, sin el impulso

inicial del Corteza, la situación sería bien diferente. Se suponía que el Dendrita leal debía mostrar su sentido crítico en algunos momentos.

“Por ejemplo, consideremos el vuelo interplanetario. Nos fuimos acostumbrando a él por cuentagotas, hasta que la idea se nos hizo habitual. Durante todo el siglo hemos estado asimilando milagros de la ciencia... Puede ser que nuestra capacidad esté algo agotada... La idea de que una máquina puede hacer duplicados de hombres es quizá demasiado fuerte para tragárnosla de una sola vez.

EL estómago se le agitó en el instante en que el helicóptero se detuvo y descendió verticalmente. Danton miró el sincronizador. Gracias al repentino zumbido de sus oídos, no había captado la señal de “destino”. En realidad, nunca la había oído. Las naves más caras, eran sin duda, mejor educadas que la suya.

El edificio donde tenían el local, pertenecía a la época de la Guerra Fría, de mediados del siglo XX. El camuflaje se había descascarado tiempo atrás; pero de todos modos había poco que ver, salvo una cúpula de cemento, empotrada en el suelo. Admitieron al helicóptero por una puerta, que en otro tiempo había servido para disparar proyectiles enviados con intenciones poco amistosas. La mayor parte de los estratos superiores estaban carcomidos por el tiempo, ahogados por los restos de grúas, aparejos para botar, y góndolas de monovía. Por supuesto que ya no había proyectiles: el Consejo de Seguridad los había destinado al servicio de radiactivos un siglo atrás. Más abajo había celdas vacías, que podían ocuparse como refugio en casos de persecución, y un arsenal también vacío, que los contadores Géiger mostraban como carentes de radiactividad y seguro para conferencias.

Los nombres del Partido Pro Tierra eran una maraña neurológica; pero, en la rumorosa muchedumbre que llenaba la sala de conferencias, Dendrita B observó con asombro un gran número de caras vistas pocas veces en ocasiones anteriores espionando desde las más altas ramas del árbol del Partido. También estaban allí los núcleos de las células dirigentes. Parecía que realmente había un cambio de timón. Danton empezó a preparar su discurso.

Ya se había iniciado una especie de mitin. Danton se sentó tranquilamente en el soporte de un abandonado torpedo. Miró a su vecino, enarcando interrogamente una ceja. El hombre levantó dos dedos, y Danton parpadeó asombrado. ¡Duplicación!... De modo que la conferencia no había sido cancelada, sino simplemente transferida a este otro local. El aviso de la radio lo había puesto en una pista falsa. El Golgi había seguido las huellas de su helicóptero y sabía que iba a tener que aterrizar allí.

El adaptable Dendrita B, del Plexo Inguinal, sintió renovarse en él la confianza en la jefatura del Partido, y su cansancio desapareció.

—Esta es nuestra última posibilidad— decía el que hablaba en aquel momento—. Durante más años que los que cuenta cualquiera de los presentes, nos hemos esforzado por conseguir la paz a base de presión política. Los padres del Partido fueron políticos de primer orden, pero nunca pensaron que nos detendríamos en la simple presión política. Preconizaron la fuerza... fuerza y fraude, mito y violencia. Nosotros repudiamos dichos procedimientos en nuestras relaciones mutuas, pero sabemos que deberemos luchar contra el enemigo con sus propias armas...

La vista de Danton se dirigió a la pared opuesta, de la que colgaban fotografías de los antecesores del Partido,

en una larga línea que se extendía a ambos lados del inmenso óleo que representaba al Corteza. Frecuentemente cambiaban las fotografías de lugar; y el reemplazo de un retrato por otro, o la alteración en el orden de los retratos, era una señal de alerta para los dendritas. Algo estaba por fallar, desde hacía tiempo. Durante el transcurso de su vida en el Partido, Danton había observado cómo se toleraban durante cierto número de años algunas pequeñas facciones minoritarias en el corazón del Partido. Cuidadosamente había evitado una excesiva complicidad con los individuos de dichas facciones (el no evitarlo había sido el error de Dendrita J); pero, al mismo tiempo, trataba a todos ellos con cortesía que el Partido esperaba. Fallar en este último sentido, también podía ser nefasto en caso de que alguno de ellos se convirtiese repentinamente en favorito.

“Uno de ellos está por ser exaltado”, pensó, “el resto será expurgado”.

Se dió cuenta que la sesión de Duplicación podía ser una trampa, una treta para liquidar a la facción que la favorecía. Era significativo que él (un dendrita que no tenía sobre el asunto otra posición que la que el Partido indicaba) hubiera sido elegido para la importantísima misión de explorar...

DANTON estudió cuidadosamente las fotografías. Allí estaba la clave para cualquiera que tuviese la inteligencia necesaria para comprenderla. Ninguno de los retratos que había visto en la conferencia anterior había sido eliminado; ninguno de los antiguos “traidores” había vuelto a su lugar porque nuevas pruebas lo consagraran como héroe, pero sí había habido un leve cambio en el orden. El retrato colocado inmediatamente a la izquierda del último miembro del Golgi... la vez anterior estaba dos lugares más apartado.

—Un viejo proverbio dice que se

necesitan dos para que exista oposición—continuaba el orador—. Algunos entre nosotros piensan que el tiempo de la tibieza ha pasado. En evidente que el hecho de que seamos una minoría política parlamentaria no ha favorecido la situación del Partido. En este momento en que el Consejo de Seguridad se está positivamente preparando para declarar la guerra a los exilados, sospecha de nosotros más que nunca. Las autoridades todavía toleran al Plexo Inguinal, pero lo observan mediante un radar microscópico; por esa razón nuestro mitin se realiza en este local. Ahora estamos preparados para la fuerza y la violencia que hasta este momento desechábamos...

Danton meditaba sobre las dos fotografías yuxtapuestas. Ambas pertenecían a líderes partidarios de la violencia; pero entre ellas mediaba desde luego una importante diferencia ideológica... La diferencia estaba en el tipo de fuerza que preconizaban: el uno, acción militar directa; el otro, una combinación de fuerza y fraude, con el mínimo de violencia exterior.

—De este modo—prosiguió el orador— es particularmente adecuado que el plan adoptado por el Golgi, haya nacido de un mito y contenga considerables elementos engañosos. Para decirlo brevemente: necesitamos una sola votación, que se hará aquí y ahora, para poner en práctica el Plan de Duplicación.

Danton se dió cuenta de que habría debate, aunque los retratos demostraban que el Corteza ya había adoptado su decisión al respecto y que ésta favorecía la Duplicación; pero la oposición parecía no darse cuenta de ello... o de lo que ello significaba.

La voz del orador, tan pomposamente oratoria como la de un predicador de pueblo, cayó de pronto en el adusto tono coloquial del hombre que está empeñado en la acción.

—Con dos o tres Burgds, Heaths y Nels entrecruzándose en el Consejo de Seguridad dando órdenes contradictorias, haciendo declaraciones públicas idiotas, la guerra será el más rotundo de los fracasos.

Las palabras parecían como pronunciadas por el Corteza mismo. Danton miró nuevamente a su alrededor.

“Y éste es el ultimátum de la oposición”, pensó.

De entre el grupo de caras blancas y horrorosas que lo enfrentaban, surgió una voz que llenó el helado salón. Danton reconoció en el orador a un Dendrita Adrenal.

—Hablo en nombre de la minoría mencionada —resonó la voz—; minoría que ha estado siempre a favor de esa fuerza que el Golgi ha estado deteniendo y ahogando en dulzura y suavidad durante años...

Danton meditó de nuevo su línea de conducta. Ahí estaba el cambio de política del partido y el origen de la expurgación. Miró al orador y sacudió levemente la cabeza; tuvo un breve instante de lástima por aquel hombre, a quien reconoció como veterano y antiguo héroe del Partido Pro Tierra.

“Se dejan llevar por un idealismo espurio y olvidan lo fundamental”, pensó “¿No les ha enseñado la experiencia que la oposición continua acaba siempre en traición?”

—No tenemos nada que ver con el Plan de Duplicación—, continuaba el orador—. Eso es un sueño, un mito, una línea plateada, que algún agente del Consejo de Seguridad ha hecho correr por la materia gris del Golgi.

“El muy tonto”, pensó Danton. “quiere hacerle la guerra a los líderes”.

—Si desean usar la fuerza, ¡usenla! Fuerza contra Seguridad tiene un solo significado: acción militar. Ninguna otra cosa puede librarnos de la tiranía: echémoslos. ¡La Tierra necesita un trasplante de cerebro y no una treta!

Se oyó un murmullo general y una considerable cantidad de aplausos.

Danton escuchaba con todos sus nervios en tensión. Habría un doble cambio? El problema de la lealtad al Partido ¿era acaso más difícil de lo que le había parecido? Si así no fuera, la oposición al orador debía haber sido mucho más concreta.

En la tribuna, el eferente del Golgi esperó con calma que el aplauso terminara.

—¿De modo que usted sostiene que todo lo que se refiere a la máquina de Duplicación es un mito?

—Evidentemente.

Los eferentes y aferentes eran mensajeros que iban y venían del Golgi; los eferentes transmitían mensajes desde el Corteza; mientras que todos los mensajes que tenían como destinatario al Corteza, eran llevados por los aferentes. En esta forma la imitación neurológica permitía obtener mayor eficiencia y practicidad.

—Dendrita B, del Plexo Inguinal, ¿querría hacernos el favor de presentar su informe?

DANTON alzó la cabeza y se puso de pie. Ya había informado ante el eferente, quien le había suministrado instrucciones completas sobre las “espontáneas” observaciones que debía hacer públicamente. Se sintió asombrado al notar que le temblaban las rodillas.

—He visto la máquina —comenzó—. No es...

Se calló al tiempo que un murmullo confuso, compuesto principalmente de sorpresa e incredulidad, alcanzaba, por el eco del cemento, magnitud de rugido. Cuando el estrépito disminuyó, Danton continuó:

—Naturalmente, no puedo mostrarles fotografías. Pero puedo dibujarles un mapa del sitio en que se halla. Es en Vieja York (el último sitio en que

se me habría ocurrido buscar), en una especie de túnel cerrado... algo parecido a un túnel de ferrocarril. Queda a buena distancia bajo el agua, pero no está custodiado. Supongo que los del Consejo de Seguridad consideraron que ningún guardián sería capaz de proteger el secreto una vez que se difundiese, y el escondite es algo realmente serio. Hay que remar más de un kilómetro y medio desde la costa, y luego localizar el punto exacto entre los techos de todos aquellos viejos edificios; éste está bajo el nivel del agua. Se entra por una compuerta de escotilla.

—¿Cómo pudo encontrarlo, entonces? —preguntó escépticamente el Dendrita Adrenal.

—Pasé y repasé todas las construcciones del juicio de Halasz para obtener datos sobre dónde había estado el negocio de John Pell. Pensé que a lo mejor los del Consejo habían decidido dejar la máquina en el sitio más evidente. Cuando me di cuenta de que estaba en Vieja York, abandoné esa pista. Sólo volví a ella después de haber agotado las otras.

—¿Y quiere hacernos creer que la máquina no es más que una masa de metal oxidado?

Las rodillas de Danton dejaron de temblar. Se dió cuenta de que la idea de jugar un papel principal en la depuración que seguramente avecinaba, lo había puesto nervioso. Sería la primera vez...

Pero el creciente enojo que sentía desertó todo sentimiento de preocupación personal, y su confianza aumentó.

—Por cierto que no —dijo con voz más firme—. Está conservada, “enlatada”, creo que es el término que usan. La máquina está en perfectas condiciones. Además, es de construcción sorprendentemente sencilla y no le pude ver partes móviles. En un rápido “raid” podría tomársela. Que yo sepa,

no hay instalación de alarma en el túnel, porque si la hubiera, me habrían pescado a mí. Supongo que debe de haber un elemento de radar sobre el agua; pero yo lo evité nadando los últimos doscientos metros. No veo por qué razón hombres especializados no podrían hacer lo mismo: subir la máquina hasta la superficie y traerla en helicóptero antes de que en el Consejo de Seguridad sueñen con sospechar que pasa algo raro.

Hubo otro murmullo, pero de diferente tono. Un hombre que estaba detrás de Danton y había mostrado signos de desaprobación ante el discurso del orador de la oposición, dijo:

—Bien, muchacho. Ha tenido usted agallas...

Danton se dió cuenta, repentinamente, de lo peligroso de su aventura y pensó vagamente si se asustaría ahora, después de haber pasado tanto tiempo.

El murmullo continuaba cada vez más excitado. El secreto de la máquina de Duplicación se había guardado celosamente hasta aquel momento. Para el público no era sino una leyenda. Se suponía que un hombre, un oficial de Seguridad, había sido ejecutado por asesinato por esa causa. La información general decía que el juicio demostraba sin dejar lugar a dudas, que Halasz, el oficial, estaba loco, y que el pretendido inventor, John Pell, había sido un inofensivo hojalatero; pero que la mentada máquina nunca había existido.

Como esto ocurrió poco después del escándalo de la Traición de las bombas de carbono, había resultado útil para desviar la atención de la gente. El sentimiento popular respecto de los hombres de ciencia había sido ambivalente desde el asunto de las bombas atómicas y la eterna pregunta: “¿por qué lo hicieron?” florecía en forma de odio general contra los técnicos. El público todavía tenía una tendencia a reaccio-

nar por categorías o clases (un hombre de ciencia es un hombre de ciencia), y una vez que se acostumbran a obtener automáticamente respuestas criminales a una señal determinada, la situación podía hacerse irreversible. Alrededor de 1965, la idea de una máquina capaz de reproducir duplicados de hombres habría causado hilaridad general, tanto al sabio más avanzado como al último de los mecánicos. Sin embargo, cuando en el proceso aparecieron pruebas en el sentido de que el fallecido Pell era simplemente un individuo cómico (según se suponía que eran todos los hombres de ciencia que no pertenecieran a la tradicional línea "Frankenstein"), las cosas se aclararon; y la ejecución de Halasz absorbió lo peor del odio acumulado.

El Dendrita partidario de la violencia se puso de pie; en su mano sostenía un objeto negro del tamaño aproximado de una pelota de golf. Aquí y allá, en el salón, otros hombres, la mayoría de ellos reconocibles como miembros de la misma minoría, también se pusieron de pie, con objetos similares en la mano, que alzaban por sobre sus cabezas. El murmullo se apagó, desconcertado.

—En Seguridad —decía el líder de la minoría— tienen un plan de Duplicación propio. No será necesario robar la máquina, porque ya ha sido transportada. Y con el mayor placer les mostraremos dónde está.

Tiró la pelota negra al suelo, y de sus pies empezó a surgir una niebla tenue e incolora. En todo el salón se oyeron iguales pelotazos. Danton vio surgir la misma niebla en diversas secciones del salón.

—¡Cápsulas de la peste! —gritó—. ¡Contengan la respiración, dendritas!

—Demasiado tarde —dijo el líder de la minoría—. No podrán dejar este lugar sin respirar por lo menos una vez. Por supuesto que pueden quedarse

aquí, si así lo desean. Francamente no sé qué habrá en estas cápsulas, pero me supongo que es algo especial —sonrió triunfalmente—. Los que quieran antídotos, hagan fila tranquilamente en el piso superior. Hay aeroplanos esperándolos.

Dió media vuelta, sin prisa, y tomó el primer ascensor. La niebla de bacterias les llegaba ya a la altura de los hombros.

LA niebla de la superficie de Venus, envueltos en la cual los miembros del Partido de la Tierra escuchaban los retazos de transmisión del Consejo de Seguridad que podían captar y, en el intermedio, los dichos del Gobierno de Venus en Exilio, se había espesado. Geoffrey Thomas estaba pensando en el movimiento subversivo, cuya sede se encontraba tan por encima de él, sonriendo al tiempo que murmuraba su nombre, razonablemente seguro de que los pensamientos de los rebeldes estaban sólo vagamente conectados con la Tierra. El conmutador de su reloj pulsera permanecía abierto mientras él escuchaba la sesión del partido de la Tierra, y la persona que lo sintonizara podía oír el más ligero de sus suspiros.

—Aquí hay un problema más importante que el de la Tierra, y ellos lo saben —dijo—. Y su símbolo es un determinado sillón.

Era el sillón más grande de Venus; no era un trono, pues esto no habría estado a tono con un presidente o un director; pero era un sillón enorme.

—¿Te conté alguna vez —se dirigió a su invisible auditor— que cuando la construí pensaba en la lucha de hombres pequeños alrededor mío... es decir, en la batalla para ocuparla? La hice hacer grande, no sólo para que se adecuara a mi tamaño, sino para que el que quisiera ocupar mi puesto pareciera repelentemente enano.

—Te queda más ajustada que un corset de acero, Thomas —llegó la respuesta de una voz femenina.

—Todavía puedo abservar cómo luchan por ella: Halcón de Guerra y los Conservadores la andan rondando, rondando..., esperando el momento oportuno... y mi silla presidiendo el duelo...

—Me parece que tu diversión debe haberse agostado un poco.

Thomas rió secamente.

—Pienso en las estratagemas a las que Venus, este planeta cadáver y en conserva, ha llevado a los hombres; considero lo monumentalmente inoperante de la causa del Gobierno Terrestre en el Exilio; escucho al Partido de la Tierra ansioso de regresar al hogar, y recuerdo que todos tuvieron alguna importancia en su tiempo. Pero después de un siglo, mueven a risa. Tú sabes que yo podría haber sido un campeón de ajedrez, o un campeón del crimen, si lo hubiese querido; pero mis condiciones prefieren las tretas y el engaño, y la única tela suficientemente amplia para mi pincel es la historia; de modo que mi papel ha consistido en trazar amplios signos sobre esta tela: mentiras suficientemente colosales como para que produjeran cambios.

—Entonces debieras saber, Thomas, que un hombre capaz de tales bromas, es capaz de ser centro de ellas.

Thomas lanzó un borbollante suspiro, del tipo que frecuentemente emitía ante Lathrop, Mann, Enfield, Taverner y la veintena que los precedieron. Que su interlocutora creyese que suspiraba por su juventud perdida, por el esbelto técnico que había diseñado la pantalla de Venus... Ella no podía ver la mueca de su sonrisa, que se hizo más amplia cuando pensó en los burócratas, generales, jefes de municiones y demás elementos útiles, y otros miembros básicos de la sociedad

autoritaria, que ahora se recordaban como material primitivo de un gran movimiento de liberación. El, Thomas, sabía la verdad: el éxodo había sido la huida de los inútiles, nada más.

Sonrió más ampliamente aún al recordar lo fácil que había sido proveerlos de la pantalla de Thomas. Todos los técnicos que lo rodeaban habían sido laboriosos inocentes, incapaces de un golpe maestro; mejor adaptados para hacer *raids* en cierta ciudad (no recordaba el nombre), en busca de mujeres.

Y todos se habían sentido enormemente asombrados al ver que Venus no era un planeta tropical y pantanoso.

Habían sido inteligentes hasta cierto punto, pero no lo bastante como para darse cuenta de la razón por la que Thomas les prestaba ayuda, razón que subsistía, pero que ya no era importante. La muerte normal lo había perdonado ya cuatro veces, y después de eso, los altos propósitos parecían tan cómicos como los alocados.

—La historia se ríe de ambos —dijo—; con un juicioso empujoncito...

—Que tú, en tu calidad de inmortal, puedes suministrar justo en el momento preciso —dijo la voz.

“**S**I”, pensó, “la muerte ha huído de mí. Me pregunto si podré morir una vez extinguido el cuarto plazo metastático”. La respuesta resultó ser negativa.

—La inmortalidad, Luisa —le dijo a la interlocutora—, fué la segunda gracia de mi aventura en Venus. Yo habría querido que estuvieses presente para observar cómo los primeros jefes de partidos hacían bromas al respecto. Empezaron imponiendo una regla según la cual solamente el director podía gozar de ella, y me eligieron porque no podían confiar en otro. El secreto se difundiría sólo cuando y fuera después por imputárseme delitos públi-

cos (se redactó en condicional, por supuesto), y ahí empezó la carrera. Una regla que suena a noble, ¿no te parece?

—Estoy segura de que en su tiempo lo fué.

“Y de todos ellos”, pensó Thomas, “sólo Taverner y Luisa pueden soportar mi vista. Tarde o temprano alguno de los contendientes triunfará, me sucederá y ganará el sillón, lleno de sanos propósitos, sin duda. El sillón lo hará parecer enano durante un tiempo. Después, el secreto se develará, y quizá surja un nuevo monstruo. Hasta entonces...”

Hasta entonces, ahí estaba Luisa... que dijo:

—Tengo que verte cuanto antes.

—Ven, pues —contestó él, y cortó la comunicación.

Thomas se preguntó si Lathrop encontraría la ironía tan significativa como él mismo la había encontrado. Era demasiado pronto para estar seguro; pero Lanthrop parecía el vencedor más que probable. Si así sucediese, ¿sería capaz de sonreír el actual coronel, cuando se diese cuenta de lo que había ganado?

Thomas parpadeó y musitó:

—¡Oh, dioses!, debo de estar poniéndome tan senil como ellos me creen. No han pasado más de unas horas, y ya no pienso en lo que me han hecho. ¿Será esto otra parte del proceso?

Rió con risa ahogada. Hasta entonces, su aspecto fofo de hongo había sido atribuído a deficiencias glandulares y, a veces, a un libertinaje de tipo degradante.

“Son incapaces de sentir tanta felicidad como yo”, murmuró. “Piensan en algo asqueroso, en cuanto se menciona el placer, y cuando algo tiene el aspecto de una enfermedad monstruosa están seguros de que ése es el origen”.

Bueno, la razón de la enfermedad de Thomas, no podría ocultarse por

muchas décadas más. Aunque él hubiera querido ocultarla, no podría haberlo por mucho tiempo.

“Ninguno de los que me enfrentan son débiles”, pensó. Afrontarán los hechos cuando sea necesario, del mismo modo que sus ocultas reacciones pueden afrontar los hechos que ocurren fuera de ellos mismos. Mientras tanto lucharán entre sí, con voces altisonantes, procurando no mirarme... salvo Luisa.

Sonrió al pensar que ella llegaría pronto, y sintió una momentánea simpatía hacia Lathrop, que la había descubierto. Thomas había espiado suficientemente a la pareja como para darse cuenta de que a ella le gustaba estar con el coronel Armand Lathrop, aunque no tanto como Lathrop se imaginaba. ¿Tendría ella ambiciones desmesuradas? Thomas dudaba. De todos modos, no se quedaría durante mucho tiempo en simple amante del coronel.

“Pero la cuestión principal es: ¿Detrás de qué anda esta chica? Consiguí el modo de encontrarse conmigo, como ella quería, y se arregló para formularme, desde el primer momento, una encantadora serie de preguntas. Tiene sus limitaciones, por supuesto; pero, ¿cuáles son y dónde están?, y cuánto tiempo se interpondrá entre ella y sus fines?”

Mientras Thomas recordaba cómo después de aquel primer encuentro, ella se había retirado llevándose unas cuantas claves e instrucciones, la puerta de su oficina se abrió con decorosa precaución. Thomas levantó los ojos, casi ocultos entre sus bombadas mejillas. Estaba tan hermosa como siempre y él se había acostumbrado a gustar de ella.

¿Gustar? “Quizá”, pensó. “Sería más exacto decir que comparto con ella el interés que toda persona distinguida siente por la distinción de otra: algo más que el interés rutinario por la he-

rramienta que hay que cuidar para que siga siendo útil... ¡Pues triste del hombre que no ve en su mujer sino un instrumento y nada más que un instrumento!

LUISEA entró y Thomas sonrió ante su aspecto infantil; aspecto que se desvaneció inmediatamente, borrado por algo que parecía emanar de ella y convertir su figura en un manantial de belleza.

Miró Luisa a Geoffrey, sin pestañar, y dijo:

—¿Por qué me cuentas tantas cosas, Thomas?

—Porque estoy cansado de reírme a solas. Tú compartes, hasta cierto punto, mi diversión ante esta lucha por la inmortalidad, y me interesa conocer si todo lo que por mí sabes habrás de utilizarlo del modo que yo creo que lo harás.

Luisa, esbozando una sonrisa que a Thomas la recordó el retrato de Dorian Gray, contestó:

—¿Crees que me convertiré en premio subsidiario del ganador, sea quien fuere?

—Hacer una pregunta es darla por contestada, querida mía.

“Si no conoce”, pensó Thomas, “la verdadera broma...; ¿pero quién, si no yo podría conocerla?”

Con un encogimiento de hombros, Luisa interrumpió la conversación y mostró un papel amarillo.

—Tengo aquí algo especial. Quizá debieras mirarlo.

—No puedo doblarme tanto para alcanzarlo, Luisa. Léemelo.

Al inclinar Luisa la cabeza, un rizo rebelde cayó sobre su frente. Thomas se preguntó si Luisa habría soñado durante años con aquella postura que le permitiría lucir su cabello tan bella y cuidadosamente desordenado.

—Viene de una de las estaciones meteo:ológicas polares —dijo ella—; lle-

gó visualmente, y tomé apenas algunas notas taquigráficas. Te informan que uno de sus cohetes de tornado se ha salido de control. Aquí tengo anotado el número, por si te interesa.

Thomas frunció el ceño. Los cohetes de tornado se enviaban periódicamente con el fin de obtener datos sobre la continua y loca alteración del llamado “clima” del planeta. El día de Venus equivalía a veintitrés días de la Tierra; de modo que la variación de temperatura entre el día y la noche era simplemente enorme. La protección y reparación de los ventiladores y otras instalaciones de la superficie, era un eterno problema.

En un primer momento, Thomas pensó prohibir totalmente el uso de cohetes; pero pronto se comprobó que la civilización venusiana no podía subsistir sin ellos. En fin; ahora, cuando venía a ocurrir este accidente, ya había pasado bastante tiempo sin...; quizá todo el tiempo necesario.

—No veo por qué podría necesitar el número —dijo—. Continuamente me abruma con informaciones inútiles. ¿Ocurre algo realmente extraño en la superficie? ¿Acaso el cohete ha abierto un cráter en la superficie, o algo parecido?

La joven sacudió la cabeza.

—No; nada de importancia. Simplemente, el cohete se escapó y se dirigió hacia el firmamento, a gran velocidad. Dicen que en estos momentos debe de estar a cincuenta mil kilómetros, y la Estación Exterior informa que sigue avanzando con ímpetu.

“¡Ah, conque ahí está el asunto!”, pensó Thomas. “Luisa no me trae ninguna información inútil; yo ya debía saberlo”.

—Entonces es un cohete de la cuarta serie —dijo— de energía por fisión atómica. ¿Estás segura de la distancia que me has dicho?

Los ojos grises de Luisa se encontra-

ron con los de Thomas; y la boca suave y oriental de la joven se curvó en su única sonrisa auténtica: su singular y genuina sonrisa. Era una sonrisa un poco escalofriante, según pensó Thomas, y seguramente, no la que ella mostraría a un hombre que pudiera serle útil.

—Pensé que te interesaría —dijo ella—. Les hice repetir el número de kilómetros. Quieren saber si deben mandar a buscarlo, o dejarlo hasta que estalle, para averiguar hasta dónde se ha extendido la pantalla.

—¿Ha habido últimamente algún cambio de diseño en la serie cuatro?

—No; básicamente son iguales a los rastreadores de isómeros. Entiendo que los usan para vuelos en tornado.

Thomas la miró unos instantes.

—Has estudiado bastante en estos últimos tiempos, ¿eh?

Luisa negó con la cabeza.

—Obtuve suficientes datos para suministrarle una información completa.

Los ojillos de Thomas enviaron alfilerazos de luz a Luisa.

—¿Crees que se producirá la explosión, Luisa?

Los dos se miraron un momento, comprendiéndose totalmente.

—No allá arriba —contestó ella—.

¿Cuánto tiempo supones que ha pasado desde que la pantalla ha desaparecido.

Thomas dió un respingo.

—No sé decirlo. En teoría debió de haber durado indefinidamente: no necesitaba energía suplementaria para mantenerse, una vez establecida. Con toda seguridad puedo decir que era incapaz de expandirse ni un centímetro. Si el cohete ha alcanzado su altura, sin estallar, es que la pantalla ha desaparecido completamente.

SU voz se apagó. Hablar era un esfuerzo, y a Thomas le parecía inútil decir nada más. Habría convenido

darle a la pantalla capacidad para expandirse, pero entonces el futuro habría sido demasiado flexible, especialmente para el tipo de manipulación que a Thomas le interesaba. Lo que ya sabía Luisa era suficientemente importante.

—De modo que... , llega la crisis, ¿eh, querida? —dijo el director, después de un breve silencio—. Me has visto apoyar a la facción más débil, en todos los pequeños conflictos producidos en los últimos años; has notado cómo mantengo un difícil equilibrio, y has tratado de descubrir una razón de peso para explicarlo. Ahora has adivinado que éste es el acontecimiento que yo presentaría.

—¿Y estás preparado para ello? —preguntó Luisa, con una falta de artificio que Thomas encontró admirable.

El director se preguntó si ella conocería el secreto de Lathrop sobre las actividades del Partido de la Tierra; se preguntó si ella (o cualquier otra persona que hubiere vivido menos de cincuenta años bajo la pantalla) podría adivinar hasta qué punto la desaparición de ésta era trascendental; se preguntó si le habría comunicado a Lathrop datos que para sí mismo habrían sido fundamentales. El coronel Lathrop era el tipo de hombre a quien se puede engañar más fácilmente mediante la sinceridad que por la maña, y Luisa era capaz de haberle pasado numerosos detalles de importancia, con su aire eternamente inocente. Thomas le había dado a ella material suficiente.

—Eso sería revelador —dijo—. No podemos hacernos ilusiones de que esto permanecerá oculto, ¿verdad, Luisa?

Ella hizo un gesto como de sincera preocupación. Era automático, por supuesto; pero Thomas apreció aquel gesto, porque sabía que Luisa no dudaba de que él podía interpretarlo.

—No —dijo ella—, no puede quedar oculto; se propagará desde los transmi-

sores, y no hay modo de controlarlos todos inmediatamente. Mejor será que tú des la noticia desde aquí mismo, si deseas disponer quiénes sean los primeros en enterarse.

—Inteligente criatura —aprobó Thomas—. Bien; de modo que representaremos el drama, ¿no? Digámoselo primero a los Conservadores. Son los que provocarán mayor consternación.

Luisa sonrió nuevamente, del modo en que sólo le sonreía a él, según pensó Thomas, que se burló de su idea.

—Tú eres el jefe —dijo la muchacha, y cerró tras sí la puerta, con la misma decorosa cortesía con que la había abierto.

Thomas encendió su microrradio para oír las voces vibrantes de su cráneo. Primero la de Luisa:

—Hola, ¿Armando? Espera un momento. Hay noticias para ti.

—¿Desde dónde me hablas? —contestó la voz del coronel, y parecía como si pequeñas figuras se movieran por el cráneo de Thomas: un escenario privado, en el que controlaba cada movimiento—. Te dije que no usaras esta combinación sino en caso de emergencia.

—Cállate, Armand. Nunca has oído hasta ahora la palabra "emergencia"; créelo. Espera.

—Luisa —sonó otra voz más aguda—. ¿Qué pasa?

—Luisa —balbuceó Lathrop—, ¡por el amor de Dios, no me digas que Mann está en esa línea!...

Se oyó un pequeño chasquido, antes de que Luisa contestara, y Thomas se preguntó si ella sabría que entre su auditorio también figuraba Taverner.

—Quédense los dos tranquilos y escuchen: ¡la pantalla ha desaparecido!

Thomas rió silenciosamente.

PAUL Danton miró con desconfianza el cielo de Succes Deep; el hermoso cielo azul que pronto cru-

zarían, no las bombas casuales que él ya conocía, sino las de destrucción total. Venus atacaría con todas sus fuerzas. Danton estaba seguro de ello. Y la única esperanza de paz con que la Tierra contaba, el Partido Pro Tierra, estaba prácticamente aniquilado.

A toda velocidad, los aeroplanos pasaron sobre la bahía sin detenerse: necesitaban marchar por lo menos diez minutos a toda velocidad, antes de poder empezar a descender en círculos. Abajo habían abierto un claro para campo de aterrizaje, en medio de una densa vegetación del lugar; y sobre el cemento. Una de las pistas del campo estaba vacía; en la otra, un grupo de aviones esperaba.

—Descontaminación —explicó el dendrita violento, sonriendo perezosamente.

El avión descendió. El campo parecía elevarse a su encuentro. Un momento después, el vuelo había terminado, y el edificio blanco quedaba a corta distancia. Danton empezó a incorporarse.

—No. Espere.

La puerta del edificio, notó Danton repentinamente, era circular. Después de un rato empezó a rotar, y luego se acercó a ellos y hacia el avión, en el extremo de un largo tubo de lucita. Se oyó un zumbido proveniente del panel de control del avión. El dendrita violento abrió la puertecilla y se metió en el tubo, cuya entrada se había ajustado firmemente contra la superficie del avión.

—Bien. Venga.

Danton y el piloto salieron; el tubo se cerró nuevamente. Hombres vestidos con trajes de goma y escudos de lucita, llevaron el avión hasta su refugio cercano. El próximo avión puso sus motores en marcha y se elevó.

—¿Y el refugio? —preguntó Danton de pronto—. Si alguno de los gérmenes de la peste...

—No se preocupe. Diez minutos después de retirarnos, el área fué totalmente cauterizada. Me temo que sus amigos tendrán que buscar otro refugio. Quizá puedan entablarnos un juicio.

Danton miró largamente al otro y vió que se trataba de un agente del Consejo de Seguridad y no del líder de la minoría. Era de estatura semejante a la suya, pero parecía más bajo y como acartonado; tenía el aspecto de un granjero del Maine; hablaba con el tonillo de los habitantes de la alta Nueva Inglaterra.

—Es usted buen actor —dijo Danton. En cierto modo, ahora que el hombre había revelado su identidad, Danton no sentía hacia él la completa hostilidad que sintiera al oírlo hablar en el salón: un enemigo o espía es despreciable, pero nunca tanto como el dendrita herético que hace profesión de lealtad al Partido.

El agente se encogió de hombros, entró en la cámara vacía y comenzó a desvestirse indicándoles a Danton y al piloto que lo imitaran. Hicieron un

bulto con toda la ropa y la guardaron en una pequeña cajita con cerradura a presión. Danton se sintió momentáneamente contento de no llevar nunca encima su billetera cuando iba a una reunión del Partido. Luego se dió cuenta de que, probablemente, nunca más la vería.

Más cautivos iban entrando, junto con sus captores. El tubo permanecía extendido. Al cruzar Danton el umbral, sintió un relámpago de intolerable luz actínica. Todo el cuarto fulguró con una violenta radiación germicida, que estallaba repetidamente al entrar cada nuevo prisionero.

EN la sala siguiente, un técnico con blusa blanca y dos asistentes se encargaron de ellos, poniéndolos en fila como primera medida. El agente se acercó y se puso al frente de la fila, pero el técnico, con intranquilizante sonrisa, clavó la aguja en una jeringa de 10 cm.3 en una ampolla con cobertura de goma.

—Todavía no, capitán Small —le di-

Para muy pronto, rutas de caucho

ACE ya cuatro años que se realizan experiencias encarando la posibilidad de incorporar caucho al clásico alquitrán del revestimiento carretero.

Secciones de rutas han sido recubiertas por una capa de cemento alquitranado al que se habían agregado desechos de caucho, o bien una emulsión de alquitrán y látex (caucho líquido que se mezcla instantáneamente al alquitrán).

Hasta ahora los ensayos han sido muy satisfactorios. A pesar de las aceleraciones y las frenadas en puntos voluntariamente elegidos por sus condiciones desfavorables, el revestimiento se mantuvo impecable.

Este procedimiento, que tiende a generalizarse, ofrece grandes ventajas. No solamente prolonga la duración en buen estado de las carreteras, sino que disminuye los gastos de conservación.

El caucho, empleado preferentemente bajo forma de látex líquido incorporado directamente al asfalto, hace maravillas. Desaparecerán los baches y las crestas de alquitrán solidificado en el borde de las carreteras.

jo—. ¿Quién es Paul Danton? Tengo orden de pincharlo en primer término.

El agente se apartó, encogiéndose de hombros.

—¿Qué contenían esas cápsulas? —preguntó.

—Una mutación nueva. Un estrepito citolítico. El período de incubación es de alrededor de dos horas. Produce un infierno en los pulmones.

Small se puso gris como papel secante.

—Hay tiempo de sobra —dijo el técnico, atando el brazo de Danton con un tubo de goma—. Apriete el puño —ordenó con tono aburrido, y clavó la aguja en la vena más gruesa de la flexura del codo. Danton no pudo reprimir un suspiro de alivio al sentir que la aguja acertaba.

—El siguiente —dijo el técnico, sumergiendo la aguja en un desinfectante.

Danton caminó por el corredor, apretando un pedazo de algodón empapado en alcohol, contra el sitio del pinchazo. Otra gran sala lo esperaba. Estaba caldeada, a temperatura algo mayor que la del cuerpo, lo que era bastante reconfortante, pues había empezado a ponerse carne de gallina. Se sentó en uno de los largos bancos y miró curiosamente a Small, que entraba.

El hombre tenía ahora diferente aspecto: vulgar, alegre, vagamente rubio, con rostro plácido y sin preocupaciones. Podría haber sido un almacenero o cualquier pequeño comerciante o bien un granjero. Ahora que había dado fin a su tarea, su actitud era francamente amistosa.

—¿Y ahora? —preguntó Danton.

—Nos quedaremos aquí sentados hasta que nos diferencemos de nuevo —sonrió débilmente al observar la expresión asombrada de Danton—. Desde que absorbimos esa sustancia usted, yo y todos los demás, somos exactamente iguales: la muerte es capaz de restarle

importancia a las cualidades estrictamente personales —se quedó pensativo por un momento—. Luego, cuando estemos nuevamente aptos para tratarnos con los vivos, nos darán nuevas ropas, y con ellas nos pondremos nuestros caracteres personales, y adelante.

Danton rumió esto durante un rato, y deseó que los asientos fuesen acolchados.

—¿Me dará usted más información si se la pido?

—Puede preguntar. Le contestaré lo que sea posible.

—Bueno... Usted era miembro del Partido desde hace mucho tiempo: más tiempo que yo, en realidad. Lo vi en el primer congreso que presencié. Creo que usted tenía algún puesto oficial...

Small asintió con la cabeza:

—Aferente. Le llevaba mensajes al Corteza.

—Bien —continuó Danton—. La única idea que tengo de su nombre, es lo que le oí decir al técnico. Si yo hubiera querido averiguarlo antes, no habría tenido la menor idea de cómo hacerlo.

—¿Y usted quiere saber cómo supe yo su nombre? —el agente sonrió—. Muy sencillo: del mismo modo que usted supo el mío. Antes, no lo sabía. Me habían mostrado su retrato, y me dieron orden de apresarlo en cuanto usted hubiese terminado de dar vueltas alrededor de la máquina de Duplicación. Como usted adivinó en el primer momento, tanto yo como los otros miembros de mi facción trabajamos para el Consejo de Seguridad... Ese retrato era una sólidografía..., una composición tridimensional...; de modo que usted debe de haber tropezado con una docena de cámaras fotográficas mientras estuvo en la vieja estación de subterráneo.

¡Esa era, pues, la explicación! Sin embargo...

—Entonces, ¿por qué no tropecé con algunas alarmas? ¿Podrían haberme

sorprendido *in fraganti* —dijo Danton, molesto.

Small rió ahogadamente.

—Hermano, tropezó usted con tantas alarmas como para producir una afluencia colosal de bomberos. Pero si lo hubiéramos atrapado allí, el Partido se habría dado cuenta de que lo considerábamos peligroso, y habría deducido que la máquina de Duplicación existe... y quizá en condiciones de ser utilizada en contra del Consejo de Seguridad. Tal como están las cosas, todos los demás líderes de su Partido, lo único que saben es que de un solo golpe nos apoderamos de un buen número de dendritas, incluyendo al aferente que habría llevado el informe al Corteza. No dejamos a nadie.

—Pero sí —dijo Danton, tranquilamente—; usted habló sobre el asunto...

—Todos los que me oyeron están aquí. Y cortamos todas las unidades de comunicación y los alambres exteriores, antes de que empezara el mitín. El Golgi no tiene idea de cuándo tuvo lugar el *raid*.

A Danton no se le ocurría decir sino “¡Oh!” El duro asiento era definitivamente incómodo, y notó, con alguna satisfacción, que también Small trataba de hallar una posición más cómoda.

—De todos modos, se han tomado bastante trabajo para conservarnos la vida —dijo reflexivamente—. Sin embargo, usted admite que no sabe cómo averiguar nuestros nombres. Pues bien; ni aun bajo los efectos del suero de la verdad podríamos decir los nombres de las personas que ustedes no han detenido.

El agente se alzó de hombros.

—He dicho que no sabía cómo se llamaba usted; no que no podía saberlo. El Golgi sabe el nombre de cada dendrita; y lo que el Golgi sabe, yo puedo descubrirlo.

Danton frunció el ceño ante aquella afirmación claramente provocativa.

—No lo creo —dijo con severidad.

—No le pido que me lo crea. ¿Alguna vez ha pensado usted que, pese a la ilusión del anonimato, los meninges se arreglan generalmente para encontrar el dendrita que ha sido denunciado por desviacionista?

Los meninges eran la policía secreta del Partido Pro Tierra; el Golgi era



para ellas tan vulnerable como los plexos, el vago o un dendrita.

Los otros cautivos entraban y se sentaban, mirando a Danton y a Small, con curiosidad y hostilidad respectivamente. Danton dijo:

—De todos modos, eso no interesa. ¿Qué harán con nosotros?

—El resto sufrirá la revisión de práctica, y permanecerá incomunicado hasta que en Venus termine la crisis. No

se les hará daño ni se los maltratará. Usted es el único que realmente interesa al Consejo.

—Pero, ¿por qué? No soy de ningún modo una figura importante.

—No sé —dijo Small, sonriendo—. En realidad, yo no soy sino un oficial de policía. El Consejo no me comunica sus planes. Todo lo que sé es que se tomaron el trabajo de localizarlo a usted. Imagínese el tiempo que necesitaron los clasificadores para comparar retratos y fichas. De modo que... de esto se deduce que usted les será útil para algo: evidentemente, algo que tiene que ver con la máquina de Duplicación. Debería sentirse usted satisfecho, amigo mío, de que lo consideren más peligroso que a todo el resto del Partido junto.

Uno de los cautivos, un cito, gritó a través de los bancos:

—¿Qué razón puede haber para eso? —su voz expresaba ansiedad—. ¡Piense, hombre! Usted debe de tener alguna habilidad, algún conocimiento, algo que es diferente de los demás. Si pudiera usted dilucidar de qué se trata...

Danton sacudió la cabeza.

—Yo era el encargado de encontrar la máquina, pero ahora todos conocemos su existencia.

Exploró su memoria; pero nada de lo que encontró de su vida cotidiana, perfectamente vulgar, o de su carrera como miembro del montón del Partido, le pareció interesante, ni siquiera peligroso o útil. Sólo que...

Uno de los asistentes entró al cuarto, con dos paquetes de ropa.

—Usted y usted —dijo señalando con el dedo a Small y a Danton—, pónganse esto. El avión está con el motor en marcha y listo para partir.

ENTRE sesión y sesión del Partido de la Tierra, la única diferencia que se notaba en la superficie de Venus era el viento: unas veces parecía

más veloz que la vez anterior, y otras, menos que la última vez. Dentro de la cabina de Nissen había polvo por todos lados. Las escafandras o máscaras de oxígeno que llevaban todos los presentes conservaban en ellos la inmutable expresión como de recientemente fallecidos.

El Triste permanecía sentado a la cabecera de la mesa; pero su postura era algo diferente. Se preguntaba si los otros también sonreírán bajo sus máscaras. Recordó la infinita sucesión de años, las voces ya desaparecidas, en especial la delgada voz de su predecesor, y suspiró amargamente.

¡Al fin, al fin había ocurrido algo!

No necesitaba cualidades telepáticas para saber lo que pasaba por la mente de cada uno de sus colegas en ese momento. Desaparecida la pantalla, y con ella toda la protección de Venus contra los vengativos ataques terrestres, la crisis del gobierno de los exilados era un hecho indiscutible. La crisis había llegado: podía palpase en aquel mismo cuarto. Todos sabían que los miembros de la Conjunción tratarían de encontrar el modo de llegar al poder, cada uno por su lado. En consecuencia, el Partido de la Tierra gozaría de completa libertad de acción.

¡El momento había, pues, llegado!

Una luz gris brillaba en la mirilla de la escafandra del Triste, cuando éste miró hacia la puerta que se abría para admitir al último miembro. El recién llegado cerró apresuradamente la puerta contra la ráfaga de formaldehído que soplaba desde fuera, arremolnando y desparramando nuevamente el polvo de la cabaña. La radio dejó oír una tos.

—¿Qué pasa? —preguntó el recién llegado—. Eso que están escuchando no es el Consejo de Seguridad; no es de la Tierra.

—Lo sabemos —dijo el gordito.

Entraron dos retrasados más, que dis-

trajeron nuevamente la mirada del Triste. Las escafandras se miraron entre sí con estoico desconcierto, mientras los recién llegados se sentaban a escuchar.

El más nuevo de los miembros jugueteaba nerviosamente con las manos.

De la radio salió otra tos y finalmente una voz, que dijo:

—¿Se ha perdido alguien? Todavía no he oído a Enfield.

—Aquí estoy —contestó con petulancia otra voz, cuya calidad indicaba que no provenía del mismo sitio que la anterior, pues producía más eco que ésta—. ¿Por qué no pasamos lista y acabamos de una vez? Todo el mundo sabe para qué se convocó esta reunión.

Primera voz:

—¡Déjese de ladrar!

El Triste sonrió. Efectivamente, todo ocurría como ellos lo esperaban.

—¡Oh!, déjelo ladrar, coronel —dijo una tercera voz—. Es su última oportunidad en este circuito. Que se desahogue cuanto quiera.

Enfield:

—No me venga con ésas. Todavía no domina usted la Conjunción, Mann; y tampoco es director... todavía, digo.

El miembro que había ingresado en último término, dijo:

—Nunca oí a Enfield hablar de modo tan violento.

Los otros murmuraron su asentimiento, pero se callaron al surgir una cuarta voz:

—Nadie domina la Conjunción por ahora. Por eso nos hemos reunido.

—¡Ah, sí...!, la reunión! Dígame, Taverner: ¿qué piensa usted que está usted haciendo en este momento?

Taverner:

—Los *scouts* somos corteses, coronel. Estoy esperando.

El miembro novicio se sobresaltó.

—¿Han sintonizado la Conjunción: el circuito privado? —preguntó tragan-do saliva—. ¿Cómo demonios...?

El Triste golpeó la mesa con sus manos enguantadas.

—Crezca usted un poco, y no haga tantas preguntas, amigo.

—Pero... —protestó el otro— pero están todos en diferentes lugares. ¡Si no hay cabina central para el sistema de emisoras GC! ¿Cómo consiguieron la combinación de todas las bandas al mismo tiempo? ¡Es increíble!

El Triste recordó su propio noviciado en el Partido, y suspiró. Desde el otro extremo de la habitación, el hombre encargado de la radio dijo:

—Le aseguro que es bastante complicado. Confórmese con eso y déjenos oír.

—¿Para qué escuchar —dijo una voz potente desde la puerta—. ¿No saben lo que ha ocurrido?

—Sabemos que la pantalla ha desaparecido y que la crisis ha llegado —contestó el gordito—. Pero queremos enterarnos de lo que piensan hacer Thomas y los de la Conjunción.

—Atacar inmediatamente a la Tierra, por supuesto —contestó desde el umbral un hombre, que entró y se sentó —yo creo que Thomas hizo destruir la pantalla para que el conflicto estallara de una vez.

El Triste dijo:

—Si lo hizo, sus deseos se verán satisfechos.

EN la radio se oyó:

—¿Preparados?... Hemos estado preparados durante años. Tenemos una respetable flota de naves con motores químicos; naves suficientes para invalidar todo esfuerzo terráqueo, de un solo golpe. Las teníamos preparadas para atravesar la pantalla; pero ahora podemos utilizar las fuerzas atómicas. No necesitamos muchas bombas, caballeros. La seguridad está centralizada, y sólo necesitamos unas cuantas espacionaves fáciles de maniobrar. Las bombas V y las cápsulas van a desorgani-

zar la resistencia antes de que las naves mayores lleguen a destino.

Taverner:

Mann tiene razón. Esta es la primera y la última posibilidad que tendremos ¿Cuánto tiempo creen ustedes que tardarán los de la Tierra en darse cuenta de que la pantalla ha desaparecido? ¿Debemos atacar ahora mismo!

Lathrop:

—Puede ser que tenga usted razón.

Taverner:

—Coronel, sé que está usted preparado. ¿Está con nosotros o no? Usted sabe lo que pasará cuando el Consejo de Seguridad se de cuenta de que la pantalla ha desaparecido, ¿verdad?

Hubo un breve silencio. Bajo las máscaras, los hombres del Partido Pro Tierra contuvieron el aliento, y el Triste dejó de sonreír.

Lathrop:

—Bien. Tiene razón. Estoy con ustedes.

Mann:

—Eso es todo, caballeros. Lathrop, ¿está usted dispuesto a seguirme? Bien. Retírese y prepárese.

Enfield:

—¡Diablos! ¿Quién lo puso a usted a la cabeza de la Conjunción, Mann? Thomas...

—Thomas está muerto —interrumpió la voz de Mann—. Y Taverner está con nosotros. Siéntese, Enfield, donde quiera que esté. Este sistema celular tiene algunos inconvenientes. Si estuviera usted presente, ya habría sido fusilado.

Hizo una pausa. El Triste pensó que la voz de Mann tenía el timbre de un hombre hambriento, que al fin se sienta a la mesa, decidido a recuperar el tiempo perdido, se le indigeste la comida o no. Aquella voz había perdido el característico filo de navaja que todos ellos conocían tanto. Ahora sonaba más gruesa.

—Votaremos —agregó Mann.

El que había llegado último dijo: —Parece que no tenemos ningún monopolio de la ingenuidad. El Triste dijo sin especial animosidad:

—Cállese.

Después de toda una vida de frustraciones, era natural que se desecharan las esperanzas recién nacidas. Pero ahora, todo volvía a la normalidad.

—Puedo adivinar quién anda en esto —continuó el Triste—. Mann debe de estar preparado desde tiempo atrás, aunque dudo de que haya previsto esta conyuntura. Habrá un resurgimiento a favor de la política del Halcón de Guerra. El *raid* a la Tierra se votará por pura fórmula. Están tratando de mantener secretos los detalles, para que no se enteren los Moderados y los Conservadores rabiosos —a través del cristal de la mirilla de su máscara, observó la mesa, que se había completado durante el debate de los miembros de la Conjunción—. Espero que todos se den cuenta de que estamos en una situación particularmente difícil. Pudimos anticipar la crisis; pero, ¿quién hubiera pensado que Lathrop entregaría su partido a Mann?

—No sé —dijo el gordito—. Algo en la comunicación entre Lathrop y Taverner sonó a falso, como si se hubieran puesto de acuerdo antes, pero hubieran decidido que era mejor que el coronel apareciera como dudando, y que Taverner lo conquistara con su llamado especial. El discurso tuvo todos los rasgos de la historia teatralizada; pero sabemos que Taverner no es hombre de ese tipo.

EL Triste asintió y, a la vez, se encogió de hombros. Pensó que todo aquello tenía el mismo interés académico que una autopsia.

—Venga lo que venga —dijo—, para nosotros el asunto anda mal, y peor aún para nuestros cálculos sobre la

tuación; pues confiábamos en que los dos grandes se pelearían entre sí...

—No estoy tan seguro de eso —dijo el gordito—. Concedo que la situación actual es peor de lo que habíamos imaginado; pero todavía podemos actuar. Nos habíamos puesto más o menos del lado de los Moderados, porque pensábamos que, apoyando a la facción más débil, acentuaríamos la división. Estábamos equivocados. Thomas trabajó con igual sistema, y ahora es un cadáver. No necesitamos adivinar...

—¿Está usted de acuerdo con mi opinión, o en desacuerdo? —preguntó el Triste—. Lo peor es que lo que todos pensábamos que sería una lucha a muerte, terminó siendo una cena en honor del Halcón de Guerra.

—Estoy en desacuerdo —replicó el otro—. Usted ha pasado por alto la confianza absoluta de Mann, y su agresividad. Mann tiene una mente unilateral, y su único pensamiento es devastar la Tierra, atacar violentamente. No tiene otro programa; está totalmente incapacitado para cualquier otra cosa, y es segurísimo que no nos presta la menor atención. De modo que tome nota: muerto Thomas, Enfield prácticamente no existe; Mann cuenta con el apoyo de Taverner y Lathrop, signifique esto lo que signifique; uno de ellos le está haciendo el juego al otro evidentemente, pero en este momento los dos apoyan a Mann. Conclusión: Mann está a la cabeza, decidido a partir para la Tierra, y nos ha olvidado totalmente.

El Triste asintió con calma:

—Podría ser.

No era el momento oportuno para apoyar abiertamente al gordito; pero su opinión merecía ser apreciada.

“En otro momento, yo debía haber opinado lo mismo”, pensó el Triste, y se preguntó si efectivamente lo había pensado. “No; quizá no...” Y quizá en el momento para dejar su pes-

to a un hombre más joven. Esta idea, en vez de preocuparlo, lo tranquilizó.

—Podría ser —repitió—. Siga usted —y levantó su guante en un gesto que casi era una bendición.

—Nuestro nuevo miembro —continuó el gordito, con menos premura en las palabras—, está asombrado ante nuestra capacidad para establecer contacto con las supuestamente aisladas partes del sistema G.C. El resto de nosotros lo considera cosa habitual. Nuestra única arma posible contra la Conjunción es el sistema GC; de modo que por ello debemos conocerlo íntimamente. Pues bien, sugiero que utilicemos el mismo plan GC que hemos elaborado durante todos estos años. Si ustedes están de acuerdo con mi análisis de la situación, deducirán que lo que ha pasado no entorpece en absoluto la eficacia del plan.

—¿Se refiere usted al sabotaje? preguntó el novicio.

—Precisamente. El sabotaje de los núcleos locales puede ser más serio que el de una gran instalación central, pues el problema de reconstrucción es más grave. Si en primer término destruyéramos las estaciones meteorológicas y los observatorios; si aisláramos la Estación Exterior, y si además inhabilitáramos las transmisoras locales que deberían informar sobre el desastre, ¿qué parte de la flota podrían utilizar los de la Conjunción? No podrían ver ni la superficie de su propio planeta ni, mucho menos, las estrellas.

EL polvo de la cabaña se arremolinó nuevamente, al entrar otro miembro que se abrió paso entre el torbellino. Antes de que la puerta se cerrase, el Triste había abierto un cajón de la mesa y se había puesto de pie, con movimiento asombrosamente ágil, sosteniendo una pesada pistola ametralladora en cada mano.

—Hay... una persona de más...

en este lugar —dijo con terrible calma, como si durante años hubiera esperado decir tales palabras, y estudiado hasta la última de sus inflexiones—. Pónganse todos inmediatamente en fila contra la pared opuesta, o acríbilo la cabaña entera.

Los de la mesa levantaron las manos, y él agregó:

—Yo sabía, amigos míos (todos ustedes, menos uno), que esto iba a ocurrir, pese al cuidado con que han sido confeccionadas nuestra máscaras.

El recién llegado dijo gentilmente:

—Todo esto es innecesario. Yo soy el hombre que aquí faltaba: coronel Armand Lathrop, para servirles, caballeros.

Las bocas de las pistolas apuntaban al pecho de Lathrop. Si el Triste hubiera apretado ambos gatillos, el coronel habría quedado partido en dos.

—Antes de disparar —continuó Lathrop, sin muestra de nerviosidad—, podría usted preguntarme para qué estoy aquí.

—Siempre he dicho que por algo lo llaman a usted el Sin Nervios. Pero, de todos modos, le aviso que se está arriesgando tontamente.

—Quizá —asintió Lathrop—. Sin embargo, creo que debieran saber, según les recordó mi amigo Eddisson hace un momento, que ustedes no tienen el monopolio de la ingenuidad.

—¿De modo que nos ha estado espionando? —dijo el Triste—. No me asombra en absoluto: es un riesgo con el que siempre contamos.

Lathrop se irguió y, caminando lentamente, se acercó a la mesa. Bien sabía que iba avanzando en plena línea de fuego; pero no mostró percatarse de ello. No he espiado ni los mites ni los discursos —dijo despreciativamente—. Dependo de Eddisson para ese tipo de información. He espiado los cerebros de ustedes. ¿Oyeron alguna vez del mnemógrafo?

El Triste no fué el único que con-
tuvo la respiración.

—Sí —dijo.

—Entonces, pueden imaginarse qué
arma tengo en mi poder contra usted-
des: no las pruebas del movimiento
subversivo, sino las constancias de sus
culpas totalmente subconscientes...
Cada uno tiene en su pasado, en su
memoria, algo que no podría soportar
que supieran su mujer, sus parientes,
sus amigos, sus socios o, simplemente,
el público en general. Nada impor-
tante: pequeñeces infantiles, enterra-
das profundamente, las cuales (deduz-
co de ellos) constituyen en ustedes el
núcleo del miedo. Admito con toda
franqueza que también yo soy vulne-
rable en ese respecto; me tomé un
mnemograma a mí mismo, y lo escu-
ché para saber si sería arma suficien-
temente eficaz —se detuvo por un mo-
mento, y tamborileó con los dedos so-
bre la mesa—. Puedo asegurarles, caba-
lleros, que si yo no me hubiera pre-
ocupado de hacer todo esto sin ayu-
dantes, habría sido necesario: o ma-
tar a todos los que lo supiera, o sal-
tarme la tapa de los sesos... En el ca-
so de ustedes, Eddisson instaló el mne-
mógrafo en la radio, hace alrededor
de un año; las máscaras de oxígeno
contienen los transmisores. Ahora pue-
de usted matarme, si le parece.

LOS dos se miraron frente a fren-
te, por un momento, y luego el
Triste apoyó las pistolas sobre la mesa.

—Bien, coronel. No creo que nos
atreveremos a no creerle. Estamos en
sus manos. ¿Qué desea usted?

Se oyeron suspiros en todo el cuarto.

—Yo necesito la ayuda de ustedes
—dijo Lathrop sencillamente.

—Usted, ¿qué?...

—¿Puedo sentarme? —preguntó el
coronel. Su agente se puso de pie y
le dió una silla. Una vez sentado, era
imposible diferenciarlo de los demás—.

Todos ustedes me oyeron apoyar a
Mann por la radio. Pero yo no soy par-
tidario del Halcón de Guerra, a pesar
de lo que acordé hacer. Sabía, como
lo sabían ustedes, que, muerto Thomas,
lo natural era que Mann y yo nos ma-
táramos mutuamente; pero yo tengo
ciertas y naturales prevenciones con-
tra ese desenlace... Yo me opongo al
prematureo ataque a la Tierra, propues-
to por Mann; mas también me opon-
go al deseo de este Partido de la Tie-
rra, de entregar Venus a los terráqueos.

—Y en consecuencia, ¿qué? —pregun-
tó el Triste.

—En consecuencia apoyé a Mann,
naturalmente. Mann tiene suficiente
sentido común para darse cuenta de
que estoy planeando algo, pero no sa-
be qué puede ser. Mi repentino cam-
bio... De paso diré que tenían us-
tedes razón al pensar que Taverner y
yo habíamos ensayado la escena por
adelantado... Mi repentino cambio,
dijo, confundirá a Mann durante un
lapso suficientemente largo para sal-
var a tiempo mi pellejo. El esperará a
ver qué puede obtener de mí y de mi
partido.

—¿Teníamos razón respecto de al-
guna otra cosa? —preguntó el gordito.

—Sí, estuvieron bastante acertados.
Correctamente pensaron que un hom-
bre de mente unilateral como Mann,
que tiene el pensamiento fijo en un
solo punto, no se preocuparía gran
cosa por los demás. Efectivamente, Mann
no tiene muchos datos sobre ustedes,
y yo he mantenido bien secretas mis
informaciones. Francamente, siempre
pensé que, tarde o temprano, necesi-
taría la ayuda de este Partido.

—¡Por el amor de Dios, hombre, di-
ga de qué se trata! —saltó el gordito.

—Ya voy a decirlo —dijo Lathrop,
sin prisas—. Es bastante sencillo. Uste-
des no pueden rebelarse sin mi ayuda;
de modo que, si desean detener el ata-

que a la Tierra, deben ponerse de
acuerdo conmigo.

—¿Quiere decir —preguntó el Tris-
te, con tono incrédulo— que usted
piensa utilizar nuestro plan GC?

—Con su permiso, caballeros —de-
claró Lathrop sedosamente—, ése es
precisamente mi propósito.

CAPITULO III

AQUELLA noche, el cielo estaba,
como por encargo, despejado pa-
ra el ataque a fondo que preconiza-
ba Mann; pero, a pesar de la ansiedad
siempre presente en la Tierra, pocos
hombres lo escrutaron en busca de te-
mibles presagios. En un suburbio, un
hombrecito de aspecto vulgar, pensa-
ba: "Todo ha terminado; el Partido Pro
Tierra no existe, y estamos en un buen
lío".

Había agentes del Consejo de Se-
guridad por doquier; eso era un dato
seguro. Ciertamente es que el hombrecito no
había oído que hubieren arrestado a
nadie en su ciudad. Apalachia; pero
eso no le proporcionaba ninguna tran-
quilidad. "Simplemente, están espe-
rando para hacer un arresto en ma-
sa, como el que hicieron en el Plexo
Solar".

Bueno, aquel hombrecito les demos-
traría que él estaba a la altura de cual-
quier cosa que pretendieran hacerle.
Salió del bar y echó los hombros ha-
cia atrás al recibir la primera ráfaga
de aire frío. Nada de dar vueltas co-
mo perro perseguido: actuaría como si
nunca hubiera tenido una preocupa-
ción en su vida; eso es lo que haría.

"Además, ellos saben ocultarse me-
jor que yo", pensó.

La costumbre le hizo dirigir la vi-
sta hacia la farmacia de la esquina, en
el momento en que salía un hom-
bre de aspecto fornido, que se detuvo
a esperar que cambiaran las luces del
tránsito. El desconocido sacó un ciga-

rrillo y lo golpeó distraídamente contra
la uña del pulgar.

En la acera de enfrente, el hom-
brecito también observó las luces del
tránsito, y luego empezó a cruzar en
diagonal. El otro encendió una cerilla,
protegiéndola del viento con la mano;
pareció enojarse cuando se apagó, e
iba a tirarla cuando decidió guardár-
sela en el bolsillo del abrigo. Todo
aquello era una maniobra ritual; pero
fué realizada en forma poco corriente.
Cualquiera podía notar que el hombre
no era buen actor.

La tal maniobra representaba una
señal convenida, aunque hacía tiem-
po que estaba desechada; por consi-
guiente aquel hombre era o un agente
provocador o un enviado del Partido.

El hombrecito pensó:

"¿Debo desentenderme de él o acer-
carme? ¿Qué tengo que perder en
caso de que se trate de un provoca-
dor?"

Sabía que, finalmente, la fuerza de
la costumbre vencería. Suspiró y se
agachó para atarse el cordón de un za-
pato. Frunciendo el ceño, el otro se
le acercó:

—¿Tiene un fósforo, amigo? —mur-
muró—. Me quedé sin fuego.

Sin mirarlo, el hombrecito dijo:

—Yo también. Pida en el bar.

El otro dió las gracias y siguió su
camino. Cinco minutos más tarde, des-
pués de dar vueltas sin ningún senti-
do, el hombrecito se resignó al hecho
inevitable: acudiría a la cita. Entró en
el bar y vió a su presa a algunos pa-
sos de la entrada.

Jugueteó con la idea de que quizá
él mismo era la presa; pero le resulta-
ba casi imposible creerlo. Se sentó
cerca del otro y pidió una cerveza.

—¡Qué tiempos estos —murmuró
manteniéndose mentalmente en guar-
dia—, en los que no se puede ni con-
seguir fósforos en las tiendas!

El otro se encogió de hombros y paró el dedo perezosamente por la base de su vaso.

—Ya se sabe lo que pasa cuando hay inconvenientes de distribución.

—¿Qué pasó esta vez? No he tenido últimamente oportunidad de oír los noticiarios.

—¡Oh!, ha habido algún lío bastante serio, me parece, y necesitaban algo para consolidar la unión de sus miembros. Un líder local ha estado haciendo una cantidad de pedidos irrazonables... ¿Cómo es su nombre?... Danforth... No; algo parecido a Bolton... No tiene importancia. El gremio vio la posibilidad de usarlo, de sacar de él publicidad gratis y organizó un acto para insistir sobre lo necesarios que resultan para el trabajador —el hombre resopló dentro del vaso de cerveza—. Mientras tanto, el público se queda sin fósforos.

Era todo un poco teatral, hasta incluso algo infantil; pero no se podía negar que también era algo excitante.

—Ni que estuviéramos en los viejos tiempos! pensó, y se irguió por primera vez en muchos días.

—No es raro que así sea —contestó pero, ¿no les resultará peligroso en estos tiempos una maniobra semejante?

El otro se encogió de hombros.

—¡Oh!... probablemente ya tienen planeada la salida. Así suele hacerse en los gremios; y este Paul que se encarga de la publicidad, es muy listo. Conozco esta clase de asuntos, porque yo también estuve en un gremio, cuando era joven y no conocía nada mejor. Se cubrirán, esté seguro de ello. Creo que descubrirán... con el correspondiente escándalo y asombro... que ese tipo es un traidor al gremio... Claro, una vez que les haya servido para sus fines. ¿Comprende usted? Entonces lo perseguirán, lo castigarán y lo echarán a puntapiés.

—Las cosas no pintan muy bien para él —aventuró el hombrecito.

—Lo merece, sin duda alguna —el otro bajó su vaso y miró el reloj—. Tengo que irme —dijo—. Gracias por lo del fósforo —saludó con la cabeza y se marchó mientras el hombrecito pedía otra cerveza, que comenzó a beber lentamente.

Esto era maravilloso. Estaba jugando contra sí mismo, pero se sentía satisfecho de todos modos. La historia nunca falla se dijo: los hombres pueden perder la fe, pero la historia sigue adelante, sin preocuparse de ello. He aquí algo que contribuiría a unir a los del Partido: un asunto de disciplina en que podrían mostrar toda su fuerza, y no la debilidad que los aquejaba. Tomó otra cerveza más, aunque dos era realmente el máximo que solía admitirse.

Al salir del bar, el hombrecito se sintió más alto, como si nunca hubiera tenido los hombros caídos. Y ardiendo en su conciencia, como un *slogan* o alarido, crepitaba la orden: *¡Apresen a Danton; busquen a Paul Danton; busquen al traidor!*

EL olor de la traición —susurró Geoffrey Thomas—, es un olor penetrante e inolvidable, que atraviesa la niebla conspiratoria; insufla nueva vida en los casi muertos; penetra a través de kilómetros de niebla venusa la niebla conspiratoria; insufla nuestro detestable planeta; llega a cada rincón de nuestro paraíso subterráneo, despertando a todo el que duerme —Thomas de Venus rió—. ¡Qué poético me estoy poniendo —apagó las voces en su diente postizo, y miró con benevolencia a Luisa—. ¿Sabes? —le dijo pensando con cierto deleite en los años de esfuerzo que necesitó para penetrar aquella perfecta frialdad—, si tú fueras otra, esta crisis habría llegado antes —se dió cuenta de que, mien-

tras Luisa conservara el dominio de sí misma, él no habría querido arriesgarse; quizá no se había atrevido. Se detuvo ante lo extraño de esta idea, recordando que momentos antes le habían hecho notar su debilidad.

Luisa no dijo nada.

—Hay solamente una cosa agradable para quien es un monstruo inmortal —añadió él, con agrado—, y es que esto me permite considerarte como persona, en lugar de como mujer. Todo hombre joven (me refiero a cualquiera menor de sesenta años) te mira como a mujer joven. ¡Qué error!, ¿eh?

—No sé si será así —contestó dulcemente ella.

Thomas pensó:

“Se merece algo a cambio de las seis horas de agonía, que me han hecho perder la reunión de directorio... Sin embargo, no tiene sentido pagar en especie”.

Parte de lo ocurrido se debía a su propio letargo. No es que gran parte del complot habría dejado de tener éxito si él hubiese estado más atento; pero no era necesario que hubiese sido tan desagradable. Podría él haber estado preparado para el veneno.

“Bueno, después de mi prolongadísima vida todavía tengo mucho que aprender”.

—¡Ah, no!; no podrías saberlo —contestó el director a Luisa—. Sin duda, Fafnir no pensaba de sí mismo que era un horror...; pero tú no sabes nada de eso —se detuvo—. ¿O sí sabes?

Luisa se encogió suavemente de hombros.

—¿Importa eso ahora?

—Tal vez.

Thomas se dió cuenta de que, con Luisa, si uno carecía de información básica, se corría el peligro de equivocarse adoptando una de estas dos posiciones extremas: estimarla de más,

o estimarla de menos. El podía hacer ambas cosas al mismo tiempo, en diferentes respectos.

Suspiró de nuevo.

—Eres apetecible, Luisa. En mi memoria no conservo ninguna otra imagen tan seductora. Lathrop y los demás no ven sino eso. Son demasiado jóvenes para darse cuenta de que eres monstrua; mucho más monstruosa que yo. ¡Ah, niños jugando en el bosque!... Pero no creo que sepas ni siquiera lo que es un bosque.

Ella no dijo nada.

—Ni eres comprensible para la mayoría de los mortales —continuó Thomas—. No puedes desear el poder en sí mismo. Quizá desees amor... pero no más que ellos; estoy seguro. Y no creo que fueras capaz de hacer con él más que ellos una vez que lo tuvieras. No necesitas prestigio, porque no piensas aceptar sino al hombre que gobierna a Venus... Y ese hombre será inmortal.

Thomas la miró, no vio ningún cambio en su expresión, y sonrió.

—Eso se acerca más a la verdad, ¿eh, Luisa? Lo que te guía es el terror a la muerte. Tanto que lo único que te importa es la inmortalidad. Quieres conocer el procedimiento, y piensas sonárselo al hombre que consiga poseer el secreto y que te gane a ti... sea quien sea ese hombre.

Quizá no era la interpretación verdadera, o quizá era engañosa o solamente parte de la verdad; pero Thomas estaba seguro de que había dado en la eterna herida.

“Pierdes el tiempo manteniéndote tan compuesta delante de mí”, pensó Thomas. “Cualquiera que hayas sido el papel que desempeñaste esta noche, no deseo arrancarte la máscara ahora. Cuando eso pase, se acabó el juego”.

—Por supuesto —musitó— que yo debo morir antes... antes de que el próximo hombre pueda aprender el

procedimiento. Mann informó que estoy muerto; aseguró que Taverner me había envenenado... muy ingenioso... ¡con tu ayuda, por supuesto!

El rostro de ella tenía la habitual expresión de juventud e inocencia, cuando contestó sencillamente:

—Por supuesto.

—Eso lo habría llevado al más alto puesto. ¿verdad?

—Sí —contestó ella fríamente.

—Buena chica. Todavía no me has desilusionado, aunque estuviste casi a punto de ello cuando me viste vivo esta tarde... ¡la primera en verme vivo después de la difusión de la noticia! Bien; entonces, Mann está a la cabeza, y tú has rechazado a Lathrop. Pero, ¿ves?, algo no marcha en el plan de Mann. ¿Qué pasaría si Lathrop triunfara al final?

Luisa entrecruzó las piernas y desocupadamente dijo:

—Entonces, me habría equivocado.

Thomas consideró el significado de aquella respuesta y decidió que, con seguridad, la chica no veía en Mann sino al triunfador temporario.

—Pero, ¿te habrías quedado con el coronel, en ese caso?

—Naturalmente —dijo ella—. Thomas, no puedes seguir echándome el anuelo durante mucho tiempo más. Pronto sabrán que por alguna razón, no has muerto esta noche; pero también sabrán que, pase lo que pase y gane quién gane no podrás sobrevivir a este lío. ¿Piensas que Lathrop sería más reticente que Mann en lo que a liquidarte se refiere?

Thomas gruñó satisfecho.

—No es cuestión de reticencia, Luisa, y Lathrop lo sabe. De todos modos es probable que se detenga a pensarlo. Acabo de mostrarle una razón fundamental para desconfiar de la prisa en asuntos como éste... y pareció impresionado. Abre esa puerta, Luisa.

—No tengo interés.

—¡Abre esa puerta!

Luisa no se movió de su sitio durante un momento: luego, sonriendo ligeramente, se puso de pie, caminó hacia la puerta y tiró del picaporte. La puerta era increíblemente pesada: estaba hecha aprueba de sonidos.

La puerta se abrió dejando ver una alacena, cuya pared del fondo era la roca misma de Venus. ¡Taverner estaba crucificado contra ella, por multitud de afilados puñalitos!

EL rubio Taverner parecía un andrajado humano. Más de veinte tajos de dos o tres centímetros le acribillaban la piel. Su rostro podía reconocerse a pesar de que le faltaban los ojos y (al juzgar por los sonidos que emitía) también la lengua.

—Lo interrogué —dijo Thomas—, y se mostró algo reticente.

Luisa quedó inmóvil, mirándolo, con la mano sobre el picaporte. Dijo:

—Me asombra, Thomas. Debes de sentirte muy próximo a tu fin, para llegar a esto.

La inmensa mole de Thomas osciló fluctuante.

—Tengo mis debilidades —dijo el director, mientras un tétrico sonido de gorgoteo salía de la alacena—. Y, por duro que parezca, considero razonable desalentar todo intento inútil de asesinato. Este fué en gran parte improvisado. ¡Qué lástima que no hayan tenido tiempo de planearlo como es debido! —bajó la voz—. Si alguna vez te encuentras en una posición semejante a la mía, Luisa, cuida de no dar rienda suelta a pasiones repentinas. Por primera vez en mi carrera, me he vendido rápidamente. ¡Buen tonto he sido, cuando hay por delante décadas y décadas para hacerlo lentamente, y tiempo también para detenerse cuando la venganza pierde su sentido!

Luisa cerró la puerta y volvió a sentarse.

—Eso podría asustar a Lathrop; pero lo dudo. Si lo asusta, siempre puedo intentar yo sola...

—Dios te bendiga, querida. Ahora dime: ¿es el secreto de la inmortalidad lo que te interesa?

Ella se puso de pie y cruzó la habitación para detenerse ante Thomas.

—¡Sí, gusano! Y lo obtendré... mañana u otro día... no interesa cuándo. Lo obtendré de quien sea que domine a Venus.

—Magnífico —susurró Thomas—, magnífico. Pues envejeceremos juntos.

En el breve silencio que siguió, Thomas sintió un estado de auténtica ansiedad; emoción tan fuerte, después de tantas y tan largas décadas, que casi le resultó placentera.

“¿Conque el juego no ha terminado?”, pensó. “¿Me habré excedido en el tratamiento? ¿Lo habré hecho caer en el ridículo? ¿O será que para la psiquis de esta chica no hay ninguna situación intolerable?”

Luisa dió un grito.

—Bien, bien —dijo Thomas—; yo soy el hombre para ti. Envenéname. Córtaame la garganta. Pégame un tiro. Préndeme fuego. Sería fácil, ¿eh? Pero permaneceré aquí, hagas lo que hagas. Ni siquiera puedo ahogarme. Creceré, creceré... ¿Te das cuenta?... Las células de mi cuerpo se adaptan a todo. El don definitivo de la inmortalidad es el *cáncer total*. Puedo sufrir las agonías del fuego, el veneno, las heridas sangrantes; pero me regeneraré y seguiré creciendo. Una bomba atómica podría liquidarme; pero Mann está dispuesto a mandarlas todas a la Tierra. Y aunque guardaba una para destruirme a mí, nunca llegaría a usarla. Aunque él quisiera, tú no lo dejarías, Luisa; porque destruiría también el secreto.

—¿Por qué pensaste que estaba preocupada cuando te vi por primera vez esta noche, so tonto? —saltó Luisa.

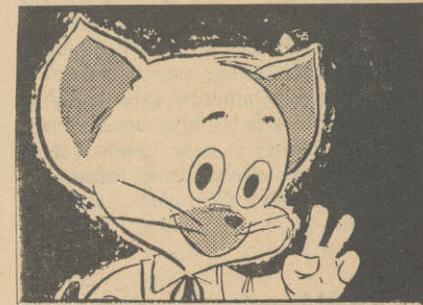
Durante un rato, Thomas la miró

asombrado; luego, una expresión rayana en el éxtasis cruzó su rostro.

—¿De modo que es eso? Pensé que algo faltaba en el análisis que hice de tus móviles. No parecía correcto que dada tu decisión de averiguar el secreto, hubieras arriesgado que yo muriera y me lo llevara a la tumba... Me envenenaste, Luisa, porque querías estar segura de que no moriría.

—Y ahora, Thomas, creo en tu palabra de que eres inmune a los venenos.

—Gracias. Será un alivio comer y beber en paz —contestó Thomas—. ¿Sabes donde está el secreto del asunto, Luisa? Te lo diré; se lo diré a cualquiera que realmente desee saberlo. Está escondido en los genes de la última célula verdaderamente humana que poseo: la única que contiene el secreto y que permanecerá inmutable cuando yo sea más grande que las montañas y tenga tanto cerebro como una



Ya está en venta

GATITO EN NUEVA YORK

y el lunes 3 de setiembre aparece
LA VUELTA DE GATITO

Pida GATITO el 1° y 3er.
lunes de cada mes.

amiba. ¿Te interesa disecarme en busca del secreto de esa célula, Luisa? ¿Y podrías entenderlo cuando la hubieras logrado? Vamos, dime: ¿te interesa realmente tanto vivir para siempre?

La joven retrocedió lentamente, mientras el eco de su grito se desvanecía, como si cada palabra la empujara hacia atrás en pequeños golpes. Cuando se sentó le dolían todos los huesos.

Después de un momento, dijo:

—Bien; has ganado. ¿Qué deseas?

—¡Ah!, eso es sencillo. Por lo pronto, desde ahora trabajas para mí. Dada la situación actual, no puedo permitirte que trabajes como agente libre. Además no quiero tolerar más asesinatos; resultan incómodos y me hacen perder el tiempo. Con todo gusto cooperaría y me moriría por cualquiera de vosotros, si eso fuera posible; pues es mucho mayor mi deseo de morir que el vuestro de que yo muera. Pero, dado que es imposible, me niego a soportar más experimentos que tengan por objeto aumentar el número de pruebas al respecto. Exteriormente, compórtate como de costumbre; pero ocúpate de tenerme perfectamente informado de cualquier novedad —hizo una pausa—. Ahora, acércate; ya sabes cómo detesto cualquier movimiento innecesario.

Sus ojos mortecinos vieron acercarse a Luisa.

THOMAS enfrentó aquel eccehomo que había sido Taverner.

—Todavía vives, ¿eh? —dirigió la vista al médico que estaba a su lado—. Quiero hablar, y necesito público para mis palabras. Puedes escucharme y contestarme “sí” o “no”, o asumir una posición intermedia. ¿Te duele mucho todavía?

El crucificado, inclinó la cabeza. Thomas miró al médico. Este le aplicó una inyección a Taverner.

—Eso te aliviará pero te conservará

el conocimiento. Si cooperas ahora, se te dará una dosis mayor, cuando yo termine este asunto, para que acabes de una buena vez. Si no, creo que tienes todavía para unas cuantas horas. Eres un joven fuerte, Taverner... Hasta puede ser que dures un par de días.

Mientras la aguja del médico estaba clavada en el brazo del torturado, Thomas dejó de sonreír.

—¿Por qué me desafiaste, Taverner? ¿No sabías que yo te había elegido para vencedor? Lathrop, Mann, Enfield..., ¿qué son? Cualquiera de ellos podría apoderarse del sillón; pero tú eres el único capaz de conservarlo. Tú habrías esperado a que se equivocaran solos, y luego, tranquilamente, habrías asumido el mando de sus organizaciones. Yo pude haber pasado por alto el hecho de que quisieras matarme, Taverner; pero perdiste la cabeza y te negaste a informarme cuando yo sufría. Eso fué estúpido e imperdonable.

El otro asintió.

—Ya no duele tanto, ¿eh? —preguntó Thomas—. Dime: ¿crees que he acertado en cuanto al punto débil de Luisa?

Taverner movió la cabeza afirmativamente, y luego de lado a lado.

Thomas sonrió débilmente.

—Sí y no; estoy de acuerdo. Pero ella contaba con que Lathrop ganaría, ¿eh? Nuevo gesto afirmativo.

—De modo que lo que le dije que hiciera con Mann es lo que ella habría hecho de todos modos... quizá no exactamente, pero sí algo parecido. Y tú, Taverner, ¿querías también ser inmortal?

Movimiento afirmativo, seguido por movimiento negativo. Thomas de Venus calló, y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Querías que tu mortalidad se prolongase, pero no hasta saber cómo terminaría... hasta que estuvieras seguro de que no compartirías mi desti-

no. Si; no necesitas asentir ahora. Por eso te negaste a hablar. ¿Te dijo Luisa que, si yo no sabía qué veneno había tomado, podría ser que diera resultado? Taverner asintió.

De la gran masa corpórea del gobernador de Venus escapó un suspiro entrecortado.

—¿Cómo podría saberlo? ¿Cómo podría nadie saberlo? ¡Oh, Taverner, Taverner!, me enardecí porque pensé que tú no eras sino un tonto... y yo Thomas, he sido el tonto. ¡Ay, si fuera posible!... yo te daría el secreto ahora mismo, y te curarías.

El torturado sacudió la cabeza.

—¿No lo desearías? —preguntó Thomas—. ¡Ah, sí!, tú oíste lo que le dije a Luisa. Lo dije con la intención de que lo yeras. Bueno... la mayor parte es verdad... Siempre te consideré como a un hijo, Taverner, no solamente porque me recordabas el pasado... Bueno, dejemos esto. ¿Te das cuenta de que Luisa me venció esta vez, y de que ha logrado su propósito?

Taverner no hizo movimiento alguno. Thomas prosiguió:

—Ella albergaba dos propósitos diferentes. Había oído hablar de anteriores intentos de matarme, pero quería estar segura de los resultados. Ese era su primer objetivo. Por eso, retrocedió asombrada cuando hace un rato me vió, y dudaba si estaba vivo o no. La otra parte de su plan era eliminarte a ti. Thomas se volvió hacia el médico, que estaba pálido como quien ha visto fantasmas.

—No tenga miedo —le dijo—. Se expurgarán estas palabras de su memoria, pero no se le hará daño ninguno.

Thomas murmuró suavemente palabras ininteligibles, con la vista fija en el vacío. Al fin, suspiró:

—De modo que... Mann está prácticamente terminado. Pero la balanza se inclina ahora en otro sentido. Lathrop... Dime, Taverner: ¿a quién eli-

ges vencedor? Mann no estará realmente terminado hasta que se muera... y todavía no se ha muerto. Inclina tu cabeza cuando yo nombre al que eliges.

Thomas los fué mencionando a todos, esperando después de cada uno, la silenciosa respuesta de Taverner. Al fin el crucificado asintió. Hubo un silencio. Luego, algo muy semejante a un sollozo surgió de la enorme monstruosidad sentada en la silla.

—Lo sabes, Taverner, lo sabes; lo dedujiste con tanta seguridad como yo mismo. ¿Por qué... por qué...? El director levantó su gran mano abollonada y la dejó caer nuevamente.

LA Tierra no tiene pantalla de Thomas”, pensó Joachim Burgd; “pero eso importa poco”. La Tierra también tenía un invento secreto. Frente a él estaba la máquina de Duplicar: aparato sencillo del que el antartidense nada sabía. Con la barbilla apoyada en la mano, el hombre lo miraba.

No se había preocupado de afeitarse desde que la crisis comenzó, y se sentía muy a gusto. Ahora que no había ratones, el gato podía tomarse un descanso. En Antártida, el aspecto coqueto no contaba gran cosa, aunque en la vida diplomática, los hombres exigían todavía un poco de formalismo: les agradaba el protocolo. Por eso gustaban de las sesiones privadas, si bien las mujeres seguían arreglándose tan escrupulosamente como si el público las observase.

“Pronto estarán aquí”, pensó Burgd, comparando mentalmente a Tamara con Marcia Nels, muy en desmedro de la primera.

La máquina de Duplicar. ¿Qué se sabía de ella? Burgd se preguntó si serviría para alguna labor constructiva. No es que su origen dejara de ser suficientemente claro. Nadie que conociera los hechos podía olvidar el dramático asesinato de John Pell, su inventor, y la aún más dramática confesión de Leo

Halasz, miembro del Consejo de Ciencias y Educación de las Naciones Unidas. Durante el proceso, Halasz había hecho una escena fantástica, en la que se confesó autor de treinta crímenes que no podría haber cometido, y dió origen a una ola de rumores: historias contradictorias sobre lo que la máquina era capaz de hacer o no; sobre cómo

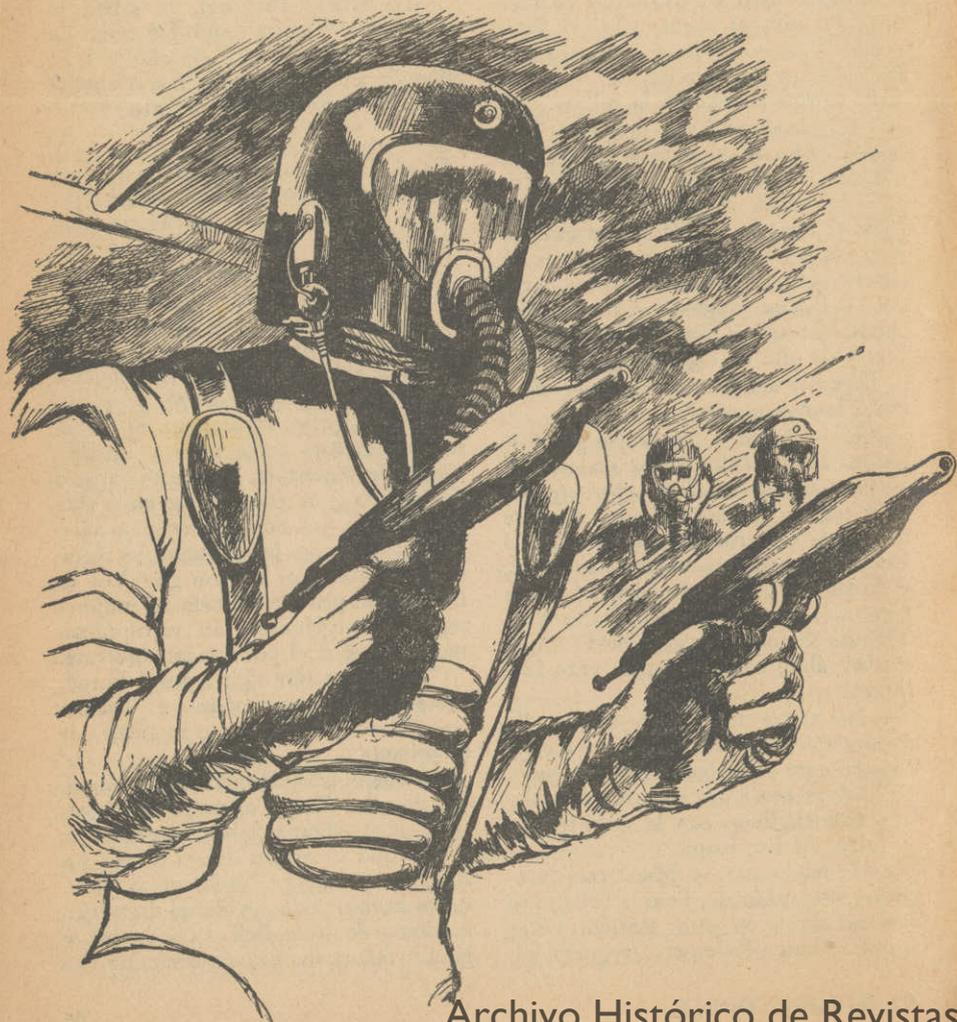
funcionaba; sobre dónde estaba escondida, etcétera.

—Burgd —dijo la voz de Heath—. Hola. ¿Mirando la piedra del escándalo?

Burgd se volvió.

—Hola, Heath. ¿Y Marcia? . . . ¡Ah!, aquí viene.

La albertana cruzó el cuarto, con pa-



so rápido y gracioso. dirigió una breve mirada a la máquina y se sentó en el gran escritorio curvo.

Heath sacó su pipa.

—Bueno —dijo—, he aquí la máquina, recién salida de una historietita de televisión; incluso con el líquido pardusco y desvaído, que parece tan raro, pero que cualquier químico orgánico, que conozca su oficio, puede preparar. Y con este aparato, según nos dicen, podemos hacer de una sola vez hasta cinco copias del mismo hombre: cinco copias con vida, que serán ese mismo hombre. Sólo necesita alguien que lo maneje y una fuente que le suministre la suficiente energía.

—No cree usted en ella, ¿eh? —preguntó el antartidense.

—¡Oh!, después del desayuno, estoy dispuesto a creer en toda clase de imposibles. . . , una vez que los haya visto. ¿Tiene idea de cómo funciona?

—Parece un receptor público de televisión, agrandado —dijo Marcia Nels.

—Sí, es algo decepcionante —asintió—. Pero lo que interesa es saber si puede producir lo que se dice. ¡Dios mío, qué regalo del cielo para los que ambicionaban el poder en la antigüedad!

Burgd sonrió al pensar que se podían permitir el gusto de criticar a los ambiciosos del poder de la antigüedad ya que el Consejo de Seguridad tenía un poder muy superior al que nunca soñara Napoleón ni sus sucesores.

—Me pregunto si podrá reportar alguna utilidad que no sea militar en el fondo —dijo.

—Bueno —dijo Marcia—, supóngase que alguien muriera accidentalmente. . . —se detuvo al ver que Heath sacudía la cabeza—. ¿Quiere usted decir que no. . . ?

—No conozco todas las virtudes del aparato —declaró el apalache—; pero sé lo suficiente para asegurar que para eso no sirve —luchó un rato con las

cerillas, y Burgd se preguntó si los agradecidos ciudadanos de Apalachia votarían a su representante en calidad de encendedor de pipas—. No es una máquina de fotografías; no hace negativos —continuó Heath—. Lo mejor que podría obtenerse en ese caso sería seis cadáveres idénticos.

—Entonces, todos podríamos hacerlos sacar duplicados y ponerlos en frigoríficos para cuando llegue la ocasión —dijo Marcia.

Burgd sacudió la cabeza.

—¡Me imagino lo que sería la Tierra cubierta de duplicados en conserva! . . . No, amiga mía; temo que el aparato que tenemos delante no sirva sino para crear dificultades. El señor Halasz fué un benefactor de la humanidad. Si no me equivoco, la conciencia social no era sino un ruidito sin sentido en la época en que John Pell construyó algo cuyas consecuencias él mismo no podría imaginar —saludó con la cabeza a Tamara, que entraba en aquel momento una gruesa maleta de cuero en sus manos regordetas—. Este puede ser el mayor acontecimiento científico de importancia mundial desde que se bombardearon las capas de hielo polar —observó entonces Burgd, en ruso—. Si descontamos a Venus, podríamos lograr un planeta en paz por primera vez en la historia.

Tamara le dirigió una risueña mirada de soslayo.

—En el Consejo dijo usted otra cosa —comentó.

Burgd asintió con la cabeza.

—A veces pienso que debemos cuidar lo que decimos en público, con política o sin ella. ¿Cuáles fueron las palabras de Carrillo? ¿Algo así como que llevar la guerra de los demás no es parte de nuestra función? Sí; lo malo del antiguo modo de pensar plurinacional era eso: "Una guerra más, y todo se arreglará". Siempre se ha dejado la paz para más adelante en este planeta, y

ahora estamos al borde de hacer lo mismo —miró furiosamente a la máquina—. ¡En qué brete estaremos, que pensamos usar algo semejante!

—Los fines no modifican los medios —dijo Tamara, con indiferencia—. Cuando a uno lo atacan, responde con el arma que tiene a mano.

En el anunciador que estaba a la izquierda de Marcia se oyó un zumbido. Marcia levantó el tubo.

—Habla el capitán Small, señora Nels —anunció la voz del agente—. Aquí está Danton.

—Buen trabajo, capitán. Tráigalo inmediatamente.

Todos callaron. Burgd se preguntó si los demás pensarían lo mismo que él. Las fotografías los habían convencido de que, indudablemente, Danton era el hombre que necesitaban. Sin embargo, algunas veces, la realidad era desilusionante.

Descontando los factores absolutamente casuales, provenientes del modo totalmente irrazonable en que las bombas elegían sus blancos, Burgd sabía que podía predecir con la exactitud de un astrónomo cuál sería el desarrollo futuro de la guerra con Venus. Pero los sentimientos de las personas implicadas en los incidentes... he ahí material para las conjeturas. Y Burgd pensó: "Qué no daría yo por estar en la mente de este tipo, durante los próximos veinte minutos!

DANTON no había visto nunca en persona a los miembros del Consejo, y tenía una particular curiosidad por comprobar si la belleza fabulosa de Marcia Nels era un truco de televisión o una auténtica maravilla de la Naturaleza. Al entrar, miró atentamente al grupo de personas sentadas a la mesa. Una rápida mirada habría bastado para captar las repentinas sonrisas y el alivio que expresaron los cuerpos al reacomodarse en sus sillas.

—¡Perfecto! —exclamó el apalache.

Danton oyó la voz y se dio cuenta de que el que hablaba era Heath. Marcia Nels lo miró a los ojos, sonriendo burlonamente. Danton tuvo que esforzarse para contener el aliento. No, no era un truco de televisión. Desvió la vista, sintiéndose un poco azorado.

Su disgusto se convirtió en desconcierto. ¿Qué podría él, Danton, temer que ellos recibieran con tanto placer?

—Por favor, siéntese, señor Danton —dijo Marcia Nels—. Queremos hacerle algunas preguntas y darle algunas explicaciones.

—Las explicaciones me vendrían bien —contestó, sintiendo que la garganta apretada deformaba el sonido de su voz—. Pero nada sé que no sepan ustedes.

—No me refiero a ese tipo de preguntas. Antes que nada, me gustaría que usted viera ese retrato —con la cabeza Marcia le hizo un gesto a Tamara, y ésta le envió la maleta, deslizándola por la superficie de la mesa. La presidenta la abrió y extrajo una sólidografía (fotografía tridimensional) de la cabeza de un hombre, metida dentro de un tubo de plástico transparente—. ¿Reconoce usted a este hombre?

—Por supuesto —contestó Danton, alzándose de hombros—. El parecido es extraordinario... —se llevó la mano a la garganta—; le hace a uno sentirse... decapitado.

La rubia albertana sonrió.

—Muy bien. Y ahora, ¿qué me dice de este otro?

Sacó otro cubo de la maleta de cuero.

—Ese también soy yo... —Danton se inclinó hacia adelante, frunciendo repentinamente el ceño—. Espere un momento. Ese primero... parece que lleva un cuello con algo metálico... No recuerdo poseer nada semejante —miró a uno y otro retrato, mientras los demás lo miraban a él atentamente; y

por último, se sentó y dirigió la vista a la máquina de Duplicar—. Debo entender que...

—No —dijo Burgd—, no hemos usado la máquina con usted, sin avisarle. Nos dijeron que era técnicamente imposible. Ya sabe cómo le sacamos este retrato. El otro pertenece a una persona totalmente diferente.

Danton parpadeó. Luego, una débil sonrisa le iluminó el rostro.

—Empiezo a darme cuenta —dijo con aire entristecido—. Siempre me he preguntado qué podría tener yo, que pudiera resultarles a ustedes de algún valor...; pero nunca pensé que sería mi aspecto personal—. Sintió sobre sí los ojos de Marcia Nels y evitó mirarla, pareciéndole que nada de lo que él expresara podía dejar de contribuir a acentuar el sentimiento que había experimentado al entrar en la habitación—. ¿Puedo preguntar quién es este doble mío?

Heath dijo:

—No sabemos cómo se llama.

De la maleta salió un tercer cubo.

Danton se preguntó si el adminículo no tendría fondo. ¿Continuaría produciendo indefinidamente cabezas de Danton? Dos tercios de la cabeza de este tercer retrato eran lisos y rasos como los de un maniquí.

—Y esto es lo único que positivamente tenemos de él —continuó Heath—. El resto fué construído por los fisonomistas de la policía.

—Como si dijéramos —agregó Burgd — una fantasía libre, fundada en las leyes de Bertillón.

EL antartidense continuó explicando:

—El original lo obtuvimos de un fragmento de televisión de Venus, el año pasado. Nuestro Equipo de Pantalla estaba en una pequeña espacionave explorando el planeta, con el objeto de establecer la exacta posición de la pan-

talla de Thomas y hacer algunos experimentos. Los experimentos fallaron; pero, mientras estaban por allí, captaron esta transmisión y consiguieron mantenerla unos minutos. Este hombre estaba hablando en ese momento —Burgd inclinó ligeramente la cabeza—. No necesito afirmar, señor Danton, que muchas veces, la historia depende de acontecimientos tanto o más que éste.

"De modo que entraré en la historia por una magnífica coincidencia", pensó Danton. "Bueno, es algo mejor que entrar por una nota policial sobre los anales de Partido Pro Tierra".

Miró nuevamente el retrato, mientras el significado de las palabras de Heath le penetraba en el cerebro; y la incredulidad le interrumpió aquel pensamiento.

—¿Lograron captar un trozo de televisión a través de aquella capa de nubes? —preguntó extrañado.

—¿Nunca oyó usted hablar de la Estación Exterior? —preguntó Heath, a modo de respuesta. Danton sacudió la cabeza. El apalache llenó su pipa y prosiguió:

—Es un pequeño satélite artificial, parecido a ese otro más viejo que tenemos nosotros, los americanos. Su órbita se centra en Venus, justo por encima de la capa de nubes, pero por debajo de la pantalla. La usan como observatorio del clima de grandes altitudes y como estación para bombardear a la Tierra.

—Ya podrían bombardear con más precisión, entonces —murmuró Danton.

Heath sacudió la cabeza.

—La Estación Exterior es demasiado pequeña para manejar el equipo necesario. Si la hubieran construído del tamaño adecuado para eso, la habrían tenido que situar por fuera del límite de Roche, o sea, fuera de la pantalla, donde podríamos haberla hecho estallar.

—Todo lo cual —dijo Burgd— nos va llevando a contestar a su pregunta. La Estación contiene un precipitón; de modo que, cuando los huracanes son menos violentos que de costumbre, puede mantener una columna de aire libre entre ella y la superficie. Las transmisiones de televisión llegan por esa columna.

Danton inclinó la cabeza.

—Ya comprendo... Tuvieron la suerte de hallar por casualidad esa abertura.

—No, no exactamente —lo corrigió Marcia Nels, algo irritada, según pensó Danton—. Con frecuencia enviamos naves para que vigilen la Estación Exterior. El parecido, sí que por supuesto, es exclusivamente una cuestión de suerte.

Los otros asintieron con la cabeza, y la presidente albertana continuó:

—El próximo problema es el de la situación actual de Venus; creo que le interesará. Entre otras cosas, dicha situación indica que las actividades de su Partido, parezcan como... no muy sensatas. Usted conoce la historia de la rebelión y fuga de la Tierra. Desde entonces, el análisis de la personalidad de los rebeldes implicados en ellas ha señalado la existencia de una serie de conflictos incipientes... quizá desconocidos incluso para los participantes, aunque no por eso son de menor importancia. Lo que sabemos de Thomas nos lo presenta como personalidad dominante, capaz de mantener a los rebeldes unidos en un grupo fuerte; pero aunque no sabemos cuántos años contaba cuando huyeron, estamos seguros de que, por lo menos, hace más de treinta años que murió.

—Más posiblemente, cincuenta —dijo Heath.

Danton asintió:

—Entretanto —sugirió—, la última generación ha llegado a la madurez, y

los hijos están pagando el pecado de los padres.

—Aguda observación —comentó Burgd—. Vamos, cuéntenos usted qué piensa sobre la actual situación política de Venus.

DANTON se alzó de hombros.

—Procuraré juzgarla del modo en que estoy seguro que la juzgan ustedes —dijo lentamente—. Probablemente hay un sector que desea hacer las paces con la Tierra y que quizá está declarado fuera de la ley; un partido intermedio, que preconiza la independencia de Venus respecto de la Tierra, pero que se opone al bombardeo sin medida y desea reemplazarlo por una acción militar decisiva; y un grupo mayoritario, que propone atacar a la Tierra tan violenta y frecuentemente como sea posible, aunque esto carezca de sentido desde el punto de vista militar. Y parece razonable suponer que la lucha entre estos grupos está llegando a un punto crítico en estos momentos... si no, ustedes no estarían tan preocupados al respecto. El grupo mayoritario no soportaría sino ganar; pero su margen de ventaja es escaso, por lo cual deberá decidirse a un compromiso con los moderados.

El Comité Ejecutivo del Consejo escuchaba silencioso e inmóvil, pero con variada expresión en los semblantes. Danton no pudo decidirse sobre lo que significaba la expresión reflejada en el ancho rostro de la ucraniana Tamara, mas se inclinó a pensar que era de ligera suspicacia. Heath parecía asombrado y francamente complacido. Marcia Nels se inclinaba hacia Danton con una inquietante sonrisa burlona, que a él le impedía mirarla durante más de unos segundos... y era tanto más inquietante cuanto que ella parecía no darse cuenta de tal efecto. Solamente Burgd conservaba un aire totalmente in-

diferente o, a lo más, entretenido. Preguntó:

—¿Y las consecuencias?

Danton tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

—Al principio los bombardeos disminuirán, y se esforzarán en atacar objetivos más importantes. A la larga... dentro de diez años, digamos... se armarán hasta los dientes, derribarán la pantalla y atacarán. No creo que pretendan establecerse como gobierno legal único de la Tierra; pero confiarán en ser tan poderosos como para obligarlos a ustedes a que reconozcan la soberanía de Venus y dejen de considerarlo como planeta fuera de la ley.

—Ese —dijo Burgd— es casi exactamente el cuadro que nos pintó el Equipo de Sociología.

No lo dijo en tono encomioso; simplemente, afirmaba un hecho.

Danton sonrió débilmente.

—Es cuestión de sentido común. Nosotros no tenemos datos psicométricos sobre el carácter de los primitivos rebeldes; ni expertos para analizar dichos datos en caso de que los tuviéramos. Simplemente nos imaginamos que la mayoría de los venusianos de hoy en día deben de odiar a Venus; no están adaptados a ese tipo de planeta, ni lo estarán por varias generaciones más; y en consecuencia deben de odiar a la Tierra, que los condenó al exilio. También nos parece razonable pensar que algunos de ellos, los más jóvenes, que nunca han visto la Tierra, no sabrán lo suficiente para tomar partido muy definido en el asunto: son los moderados. Y los románticos, que sienten activa nostalgia de la Tierra constituyen la minoría —hizo una pausa y un esfuerzo para mirar a Marcia Nels—. Lo que no veo es por qué las actividades de mi Partido le parecen a usted tan insensatas. A mí me parecen perfectamente razonables a la luz de sus propias conclusiones. Una vez que ter-

mine la crisis en Venus, empezarán los preparativos para una guerra a muerte contra la Tierra. Espero que usted conozca que nunca sostuvimos que el verdadero gobierno de la Tierra debía estar formado por los ultrajados políticos, profesionales, o por el resto de esa pandilla. Lo que nosotros sostenemos es que la rebelión es un hecho consumado, y que es peligroso tratar a los descendientes de los rebeldes como si fueran criminales refugiados que se resisten a la extradición. Naturalmente, se esconden detrás de su pantalla y nos bombardean. Nosotros entonces, localizamos su Estación Exterior, la mantenemos vigilada, enviamos bombas de prueba contra la pantalla; en resumen: nos portamos como el gato irritado que espía la cueva de los ratones. Si les hubiéramos ofrecido paz y amnistía, lo habrían aceptado, y todo este conflicto habría terminado hace años. La generación más joven debe de estar harta de la herencia de odio y miedo que le han legado. Pero ahora va a resultar que lo que creímos un ratón ¡se ha transformado en temible serpiente!

—Tiene usted absoluta razón, señor Danton —gruñó Heath, golpeando la pipa contra el tacón de su zapato—. Pero hay un detalle: nosotros consideramos altamente improbable que aceptasen una amnistía. Si así lo hiciesen tendrían que reconocer que el gobierno legal de la Tierra es el representado por el Consejo de Seguridad. No lo harán. Han sido adictados de modo tal, que eso le es imposible. Y el bombardeo que sufrimos, no es ni por asomos una treta de ratón asustado: es la de la comadreja, que espera a que uno se acerque a hacerle una caricia, y entonces interrumpe.

—Dejémosnos de zoología —interrumpió Marcia Nels—. La verdad es que nosotros tenemos un plan mucho más

sencillo para arreglar este asunto, señor Danton, y sin derramamiento de sangre... —de pronto sonrió—, aunque parezca mentira.

Y mi parecido con ese venusiano ¿tiene algo que ver con el plan? —preguntó Danton, poniéndose en guardia.

—Sí —dijo ella—. Vamos a poner en marcha el famoso Plan de Duplicación de su Partido. Ustedes querían usar la máquina de Duplicar para hacer copias de los miembros del Consejo y sembrar la confusión en el gobierno, ¿no es así? Ese plan era poco factible; pero la idea en sí no es mala —señaló el primer retrato—. Este hombre, sea quien sea, es un jefe militar. A juzgar por la corta conversación que oímos puede que sea el jefe supremo. Si todavía no se ha producido la crisis en Venus, esto cambiará su rumbo. Si ya ha ocurrido, queremos que el ataque a la Tierra sea dirigido por uno de los nuestros. Alguno encontrará la oportunidad para asesinar a este venusiano y asumir la jefatura.

—¿Comprende de qué se trata? —dijo Burgd.

Danton hizo un gesto despectivo con la boca.

—Sí... lo entiendo muy bien. Pero... ¿y si me niego?

—Ahí está el alma del asunto —admitió Burgd—. Créame señor Danton; no tenemos costumbre de dar tantas explicaciones a cada miembro que capturamos de un grupo subversivo. Tenemos razones para creer que los duplicados de usted serán más tratables que usted mismo; pero si usted en persona se entendiera bien con nosotros, eso nos aseguraría contra el riesgo de que en la mente de ellos quedará resto alguno de oposición, ni la más leve discrepancia.

—Dígame —interrumpió Heath—. ¿por qué ha de negarse usted? Aquí

se le presenta la ocasión de introducirse directamente en la política de Venus, en lugar de dedicarse a hablar de ella desde lejos. Los arrojaremos (a usted y a sus dobles) en paracaídas, a través de la pantalla. Podrán obrar prácticamente a su albedrío: una vez que estén allá, no podremos darles órdenes, aunque lo quisiéramos. Lo único que no podrán hacer es lo que más tememos: rendirse, entregarse y contarles a los exilados su propia historia; pues los fusilarían a todos por razones de seguridad. Cualquiera otra cosa que hagan no podrá sino mejorar la situación.

Era un poco desconcertante eso de oírse tratar en plural. Danton sopesó todo lo que había escuchado, y le pareció que era muy importante. Heath tenía razón: era una oportunidad excelente para un miembro del montón del Partido Pro Tierra. Como todo ciudadano que se respeta, Danton había supuesto, en algún momento, que era él capaz de gobernar la Tierra o Venus, de modo bastante más razonable que los actuales gobiernos. Aquí estaba su oportunidad. *Si bien no es una propuesta halagadora, pensó, no deja de ser una propuesta; casi resuelto a aceptar, siguió escuchando.*

Tamara habló brevemente, y Burgd dijo sonriendo:

—La representante de Ucrania quiere recordarle que cualquier revolucionario puede ser una excelente fuente de informaciones sobre su Partido.

Dantón contestó con otra sonrisa.

—Mi Partido no me preocupa en ese sentido; ha pasado por cosas peores; en un organismo de centralización democrática. Cualquiera miembro puede asumir la presidencia: somos todos iguales.

La Ucraniense volvió a hablar. Burgd no tradujo esta vez, pues el tono de las palabras fué suficientemente claro. Marcia Nels dijo, algo bruscamente:

—Las cosas no adelantarán irritándolo.

—¿Prefiere convencerme por las buenas usted misma? —preguntó Danton.

Inesperadamente, ella se sonrojó.

—Quizá eso sea bastante exacto.

—Me gusta su franqueza —suspiró Danton—. Muy bien; haré lo que usted quiera.

THOMAS levantó la vista en el momento en que Luisa entraba, y continuó dictando:

—Estaban seguros y odiaban esa seguridad. Desaparecida la pantalla de Thomas, los líderes de Venus se sentían como presos librados de sus cárceles. Ninguno de ellos, salvo Thomas, podía tener la menor idea de cómo era la Tierra; pero, cuanto menos la conocían, más la deseaban; y el simple odio a muerte que sentía por los terráneos no podía disminuir con el conocimiento. Venus había pasado por la más terrible de las enfermedades: la convicción de su indefensión. Ahora estaba forjando su poderío.

Thomas inclinó la cabeza, y su ayudante apagó el grabador y se retiró.

—Cuando uno se cansa de jugar al mismo juego —dijo mirando a Luisa—, siempre se puede escribir un libro sobre él y dedicarse a filosofar, la primera historia siempre tiene especial valor, independientemente de su veracidad y de su objetividad... Dime, ¿es feliz Mann?

—Como un chico con una tonelada de cohetes... Parece que ya no te diviertes, Thomas.

—No. Estoy cansado de reírme. Deberías saber que, cuando llegaron a la corte noticias de que la nave blanca había naufragado con el príncipe heredero a bordo el anciano rey se sintió desfallecer en su trono; y desde aquel día nunca volvió a sonreír... Siempre me pareció ésta una bonita historia romántica...

Ella agitó la cabeza impacientemente.

—¡Oh, déjate de histrionismos! No me harás ejecutar, bien lo sabes... , aunque fui cómplice de Taverner. Pero no tuve nada que ver con su muerte. El único culpable de eso eres tú.

—Tienes razón, Luisa. Fué idea mía, *mea culpa...*, *mea máxima culpa*. No; te necesito y tú me necesitas a mí. Además, Thomas aprende con la experiencia: después de un solo acto de venganza inmediata, puede ser paciente.

—¡Basta! —saltó ella—. Di para qué me has llamado.

—No corre prisa, querida. Veo tan claramente lo tonto que propones, como lo que me propongo yo mismo, y no estoy poco satisfecho... ¡Ah, sí, te llamé para algo en especial, ¿no es así? Pásame el informe sobre...

MANN hizo un último esfuerzo para oír al oficial de aviación por encima de la barahúnda de motores, y se colocó nuevamente los auriculares. El oficial le sonrió, y él le devolvió la sonrisa; una sonrisa tan saludable que le hizo sentirse varios años más joven. Ni la más dulce de las músicas podía ser tan satisfactoria como la que producían aquellos motores; ni el más bello de los colores tan bello como los amarillos y rojos ahumados, los azules y verdes mercuriales, que se entrecruzaban dentro de la gran caverna.

Mann sentía que el hondo tumulto significaba para los otros lo mismo que para él: un aflojamiento de las tensiones que habían formado parte de su educación y su cultura: era, en efecto, la iniciación del ataque contra la Tierra.

“Es como si al fin hubiera nacido”, pensó. “Esta es la primera bocanada de aire que respiro”.

Observó cómo el nuevo poderío se gritaba en la fábrica. “Nosotros somos

el poder", pensó; "nuestras voces los conquistarán. Gritaremos más fuerte que ellos".

—Estará listo dentro de media hora —dijo el oficial—. El mariscal Lathrop tenía esto muy bien organizado. ¿Montó usted alguna vez, en uno de estos aparatos?

—No, pero me acostumbraré.

"Mariscal Lathrop, ¿eh?", pensó; "bueno, que lo asciendan no más. Si se contenta con eso..."

—¡Ahí va! —gritó.

Se sintió un rugido prolongado y estable, que venía de la roca misma y aumentaba de volumen y de tono al mismo tiempo. Luego se oyó, por encima de sus cabezas, un estruendo ensordecedor: una bomba V se dirigía, rauda, al cielo.

Mann escuchó con estática concentración. Cuando el sonido dejó de oírse preguntó:

—¿Qué noticias hay de los geólogos?

—No hay que preocuparse. Puede ser que haya un pequeño hundimiento en las cuevas hidropónicas, pero no perjudicará seriamente la producción. Dicen que los fenómenos volcánicos se han extinguido hace tanto tiempo en Venus, que no hay problema alguno.

Mann asintió con la cabeza y volvió a sacarse los auriculares. Los torpedos pasaban como un manso arroyo mortífero a su costado y se dirigían a los sitios desde los cuales serían arrojados. Cada uno llevaba una cinta que indicaba su contenido: roja, los explosivos de mayor potencia; naranja, las bombas incendiarias; amarilla, las de gases; verde, las de epidemias. La cinta blanca de las cohetes atómicos no estaba pre-

sente, pues sólo había unos pocos, y se reservaban para las espacionaves. Echarlos sin saber dónde habría sido inútil.

El teléfono le zumbó en el cráneo. Con indiferencia, se dispuso a escuchar.

—¿General Mann?... Le hablan desde la Estación Exterior. Conviene que vaya usted a su nave. Estamos algo retrasados y vamos a tratar de disparar contra la vanguardia, a 2120. ¿Salieron ya las bombas V? Desde acá no alcanzamos a divisarlas.

—Sí, las están disparando.

—En cuanto las larguen, debe partir la flota de combustible químico. Si desea usted esperar, puede volar en uno de los aparatos de fisión atómica, que no necesitan salir hasta dentro de un rato. Además son más cómodos.

—No. Quiero marchar al frente ¿No hay noticias del mariscal Lathrop?

—No, señor. Recibimos un cablegrama del director Thomas.

—¿Thomas?... —gritó Mann.

—Sí, señor. Dice que las naves de mayor tamaño están casi listas, y que, con un número suficiente, ganaremos —¿Vamos a bordo, mi general? —dijo el oficial.

Mann dudó un instante. ¡Thomas!... Un espasmo de ansiedad sacudió al general; pero éste se sobrepuso. El ataque había empezado. Thomas se había escapado, pero demasiado tarde.

Los martillazos de los torpedos sonaban a través de la roca. Más de mil volaban hacia la Tierra cuando Mann cerró la cabina de su nave. Las nubes de polvo de Venus se abrían y silbaban a su paso.

La Tierra giraba plácidamente, esperando el ataque.

(Concluirá en el próximo número.)



una nueva fantaciencia

PODER EXTRAÑO

por Wilson Tucker

La gran novela de la telepatía y la teleportación

OTRAS FANTACIENCIAS PUBLICADAS:

PARTIDA

por Cyril Kornbluth
El punto de partida de una nueva cronología.

EL FENIX

por Harold Mead
La elección entre una supercivilización y la vida primitiva.

LAS HAPLOIDES

por Jerry Sohl
El fantástico proyecto de una sociedad sin hombres.

LOS AMOS DEL TIEMPO

por Wilson Tucker
La influencia de dos seres siderales en la historia de la humanidad.

Pida estas FANTACIENCIAS en las buenas librerías

FANTACIENCIA es la marca registrada que distingue las novelas de ficción científica que publica

JACOBO MUCHNIK - EDITOR - BUENOS AIRES

ámame otra vez

El amor entre personas y robots
traerá conflictos inesperados.

CHARLEY dijo:

—Lo que necesitas es una nueva esposa.

—Mira... —empecé a decir; pero él hizo un ademán con la mano y siguió adelante:

—Ya sé que sólo llevas casado tres meses; pero hazme caso a mí, que conozco los síntomas. Mira qué aspecto de abatimiento tienes. Estás inquieto; no puedes concentrarte ya en tus tareas preferidas. Sigue el consejo de alguien que sabe lo que dice. Necesitas una esposa nueva.

—No lo sé —le contesté—. A mí no me da esa impresión. Pero, por discutir el asunto, supongamos que la necesitara. ¿Qué iba a hacer? Las esposas no pueden fabricarse en casa; cuestan dinero, mucho dinero, y yo estoy

sin un centavo desde que compré a Claire. Tú lo sabes muy bien. Con el sueldo que gano tengo que contentarme con la misma esposa, por lo menos durante un año, aun empleando a Claire como valor de intercambio. Además, es una buena chica. Me gusta; realmente la aprecio. Nos llevamos muy bien los dos.

—Gustar no es lo mismo que amar, Dan; y yo sé muy bien lo que tú necesitas. Interpreto muy bien todos tus síntomas.

—No lo sé. Realmente me disgustaría mucho deshacerme ahora de Claire.

—¿Por qué no te quedas con ella y te procuras, además, otra esposa nueva?

—¡Estás loco! ¿Tú sabes muy bien que estoy sin un centavo. Y la necesita-

ría para el intercambio aunque tuviera el dinero necesario para los gastos que requiere una nueva.

—Escucha, Dan. Se me ha ocurrido una idea maravillosa para ti. Vengo pensando en realizarla yo también. Tú sabes muy bien en el estado en que se encuentran *mis* finanzas. Escúchame, y procura no escandalizarte; por lo menos hasta que haya terminado.

—No creo que tus planes puedan interesarme realmente, Charlie.

—Vamos, no me interrumpas. Ya verás cómo se trata de una buena idea. Hay muchas jóvenes, mujeres verdaderas, que se encuentran en la misma situación que nosotros. Ganan los mismos sueldos, y sus esposos son caros como nuestras esposas. Lo que estoy pensando es lo siguiente: ¿Por qué no podemos unirnos a ellas de algún modo?

—Charlie, ¿quieres decir...?

—Exactamente eso. ¿Por qué no nos unimos con mujeres de veras, para cambiar?

—Pero...

—No, no digas nada. Ya sé que parece absurdo, dadas las leyes de población y todo lo demás; pero piensa en ello con calma, por un minuto. Hay muchas mujeres verdaderas, con tan poco dinero como nosotros, que se mueren de ganas de tener un nuevo marido. Algunas de ellas tienen que ser, seguramente, lindas. A mí me parece algo muy emocionante. Una experiencia nueva. Una aventura real —unió las manos detrás de su cabeza y cerró los ojos—. El amor primitivo —agregó—, furioso, apasionado, sensual. El amor tal como debería ser.

—Está bien —le contesté—. Hazlo tú. Procurate una aventura real; pero no me mezcles a mí en eso. La idea es repugnante. Es algo en lo que sólo puede intervenir el Servicio de Población del Gobierno. Si ellos me llaman, iré. Estoy dispuesto a hacer lo necesario por mi país; pero eso es todo.

—Muy bien; si eso es lo que piensas, no te digo nada. Pero no te enojés. Medítalo bien. Te darás cuenta de que tengo razón. Tú necesitas una nueva esposa, y por ahí hay alguna chica que necesita un nuevo esposo. ¿Qué os detiene, sino un estúpido tabú? Llámame, si decides algo. Mi empleo en el Servicio Personal de Incendios es muy útil a veces. Mi día de trabajo es el jueves. Piénsalo bien y avísame, antes de que decidas nada.

—No necesitas preocuparte —le contesté—. No pienso llamarte.

PERO... cuando llegó el jueves, lo llamé. No sé exactamente cómo me decidí. Al principio, ni siquiera quería pensar en ello. Tal era mi propósito; pero, en mi cerebro, donde había otras ideas, ésa era una de ellas. Quizá la rehuía por lo que significaba de inmoralidad, o por el hecho de que las personas *decentes* ni siquiera pensaban en esas cosas; quizá por el riesgo de incurrir en la censura social. Un matrimonio de esa clase sería, sin duda alguna, arriesgado.

Luché, pues, contra la idea. No había más que repetirme que un hombre de mi clase ni siquiera debía pensar en esas cosas. Eso estaba bien para Charley, no para mí. Mas, lo malo era que, cuantas más razones oponía, tanto más fascinadora me parecía la idea.

Mi única preocupación era Claire. Todavía seguía importándome bastante, aunque ya hubiera dejado de seducirme y entusiasmarme. Quizá aquello no podía llamarse amor, pero seguía siendo algo que se le parecía mucho. No sabía cómo reaccionaría ella ante una cosa así; sabía, sin embargo, que no le gustaría, que sufriría, aunque era solamente un ser sintético. Los robots no podrían ser buenos esposos o esposas, si no tuvieran sentimientos, y nunca me gustó causarles pena, aunque no fueran seres reales.

por Carol Emshwiller

ilustró EUSEVI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

AMAME OTRA VEZ

Probablemente, lo más considerado sería enviar de nuevo a Claire a la fábrica, aunque dicen que los reajustes que les hacen allí les resultan dolorosos. Por otra parte, no podía pedirle a una mujer real que parte del tiempo que consagraba a sus entretenimientos, lo dedicara a cuidar de la casa; así que no tenía más remedio que quedarme con Claire. Además, yo lo deseaba realmente; la echaría de menos si no la viera en casa.

Sea como fuere, el caso es que, cuando llegó el jueves, la idea de Charley se había apoderado totalmente de mí, hasta el punto de que ya *me gustaba* la inmoralidad, y *me gustaba* correr el riesgo de la censura social. En realidad me gustaba todo lo relacionado con el asunto. Tomé, pues, el telefófono y llamé a Charley a su oficina.

—Hola, muchacho. Sabía que me llamarías —me dijo cuando me vió—. En efecto, he buscado ya algunas mujeres para ti. He encontrado una muy linda, que lleva dos meses sin esposo. Debe de estar realmente sin un centavo. Voy a ponerlos en contacto. Probablemente irá a tu casa en cuanto se entere de que estás dispuesto; así que lo mejor será que vayas preparando los papeles del divorcio para Claire. Yo te llevaré de aquí algunos formularios matrimoniales. Me los devuelves después de que los hayas llenado, y yo mismo los llevaré al registro. De ese modo, todo será legal, perfectamente legal, y nadie tiene que saber que los dos son seres humanos verdaderos.

—Muy bien, Charley; haz lo que dices; pero, ¿qué crees que debo hacer con Claire?

—¿Hacer con ella? Entregarle los papeles del divorcio, muchacho... y lo antes posible.

—No, Charley. ¡Si vieras qué feliz ha sido estos tres meses... No es como las demás. Creo que es excesivamente

sentimental. Estoy seguro de que sufriría.

MIRA, Dan: el sentimental eres tú. Esos sentimientos que tanto te apena ofender son sintéticos, y tú lo sabes; han sido fabricados, puestos en ella. Claro, ya sé que siente; la construyeron con esa cualidad. Te compraste un modelo muy bueno, desde luego. Pero lo que siente no es *realmente real*; simplemente, parece que lo es.

—No lo sé, Charley. Eso es lo que todo el mundo dice; pero a veces me pregunto si será cierto o no.

—En todo caso, ella no tiene ningún derecho en este asunto. La compraste, ¿no es cierto? Se la construyó para que sienta y haga lo que tú quieras, y nada más.

—Sí, pero...

—Vamos, no te preocupes. Voy a llamar a esa muchacha. Tú apresúrate a conseguir el divorcio, y olvídate de Claire. Esto va a ser una gran experiencia para ti. No permitas que unas cuantas pequeñeces te la echen a perder.

—Dime, Charley, yo creí que tú ibas a hacer igual experiencia.

—Voy a hacerla; pero tienes que darme tiempo. En realidad, estaba pensando en tomar a esa muchacha para mí; pero, ya que me llamaste y que estás en una situación tan desesperada, que no estás enamorado y todo lo demás, pensé que sería mejor cedértela. De todos modos, tengo un par más en la lista; no tan buenas como ésta, pero siempre son dos posibilidades. En fin, no te preocupes más; dentro de nada tendrás una nueva esposa.

EL caso es que no ocurrió tan pronto como él creía. Charley me llamó tres días después. Me dijo que la muchacha que había elegido no resultó muy agradable; hasta lo había amenazado con denunciarlo al Servi-

cio de Población del Gobierno. Claro está que no podría haberle hecho mucho daño. Por lo menos, lo que íbamos a hacer no era realmente *ilegal*, si no teníamos hijos. Habría habido un poco de escándalo por algún tiempo, me dijo Charley, pero eso habría sido todo. El caso era que había llamado a las otras dos que tenía en la lista, y no tuvo suerte. Eran muy agradables, no lo amenazaron con denunciarlo, pero no querían tomar parte.

—Bueno, no te preocupes —me dijo Charley—. Estoy seguro de hay mujeres de sobra, dispuestas a hacerlo. Déjame que yo me encargue de todo, y no pierdas las esperanzas.

De todos modos, yo tendría que aguardar unos cuantos días más, hasta que Charley fuera a trabajar el jueves siguiente.

No debería haberme apresurado a divorciarme; y así no habría tenido que estar sin esposa, tratando de no ver la mirada de los ojos de Claire. Yo estaba seguro de que ella no dormía apenas; tenía grandes ojeras y estaba muy pálida. Seguía sonriendo cuando me servía, pero era con una sonrisa débil, triste, que me hacía mucho daño.

“*Tiene que aguantarse, tiene que aguantarse y que aguantarse*”, pensaba yo. ¡Si al menos pudiera enojarse!... Pero yo sabía que no se enojaría conmigo de ningún modo, ni aunque pudiera.

TAMPOCO al jueves siguiente tuve suerte. La espera empezaba a hacerme tanto daño como a Claire. Quizá antes estaba inquieto; pero mi inquietud no era nada comparada con lo que sentía ahora. Hasta el otro jueves no conseguimos a Lois. Charley me la envió, y ella vino inmediatamente.

Cuando llamó, yo mismo fui a abrir la puerta. Se quedó afuera un momento, mirando a todos los lados de la

calle, y luego entró apresuradamente en el vestíbulo. Estaba sin aliento. Tenía las mejillas enrojecidas por la velocidad del viaje en auto. Uno de los rizos se le había alborotado y le caía sobre la mejilla.

Comprendí que no era perfecta; enseguida vi que su figura era anticuada. Sus caderas habían pasado de moda en las esposas robot, por lo menos hacía dos años, y sus ojos no eran azules como ahora se usaban.

“*Però no tiene que ser perfecta*”, pensé. “*Eso es lo más bello de todo. Esto es real, real y primitivo*”.

De repente, y sin pensar siquiera lo que hacía, la tomé en mis brazos.

—Te amo —le dije—, y mi amor es real; un amor auténtico.

Ella sonrió y se estrechó contra mí. —¡Qué emocionante es esto! —murmuró—. Nunca he estado enamorada de este modo. Creo que vamos a pasarlo muy bien.

Entonces, nos besamos. Fué un maravilloso beso humano. Como Charley había dicho, aquello iba a ser una aventura muy excitante. Bastaba un segundo para darse, uno, cuenta de ello.

Luego, Lois se separó de mí.

—Charley me dijo que tu nombre era Bob, ¿no? —me preguntó—. No estoy muy segura.

—Es Dan —le contesté—; y tú eres Lois. Entra en la casa para que te presente a Claire.

CASI inmediatamente después de aquello tuvimos nuestra primera discusión.

Yo había discutido muchas veces con Charley y otros amigos, pero nunca con una mujer, y especialmente con una mujer que estaba a punto de convertirse en mi esposa. En realidad, fué muy desagradable, aunque, naturalmente, nuestro amor era tan fuerte que no le afectaría discusión alguna.

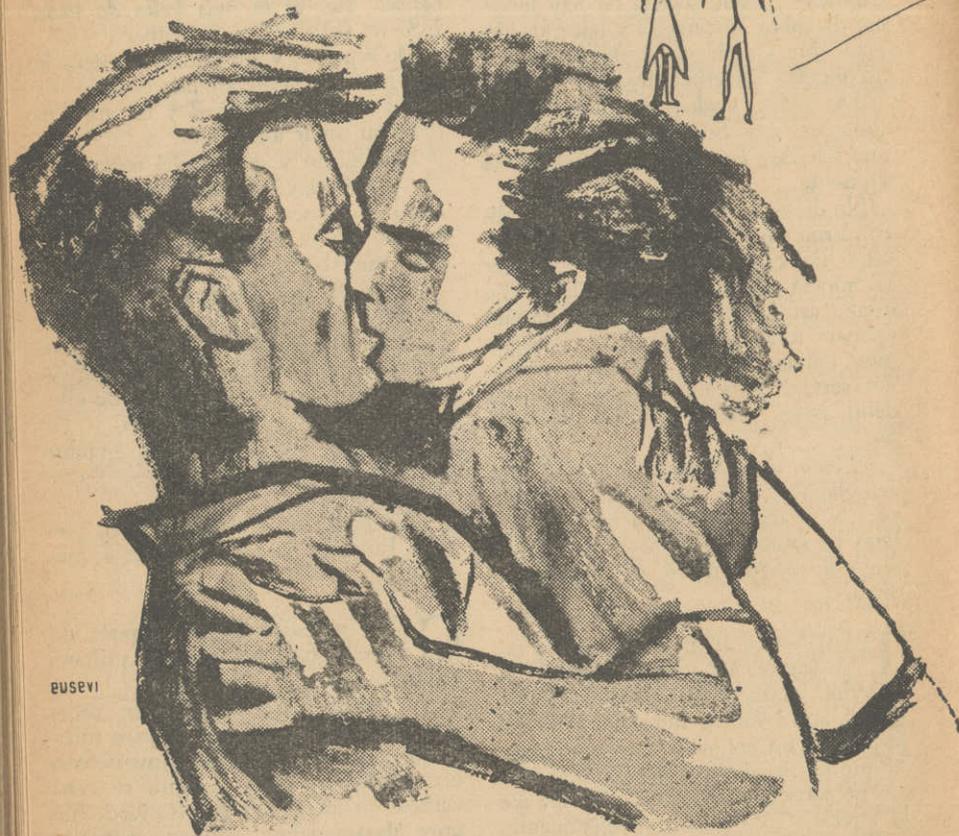
El incidente surgió por Claire.

En cuanto Lois se quedó sola conmigo, después de presentarle a Claire, me dijo:

—No firmaré los papeles del matrimonio hasta que esa mujer haya salido de aquí.

Aquello me disgustó porque, al fin y al cabo, yo estaba en mi casa y apreciaba mucho a Claire. Pero no mostré lo que sentía.

—Me imagino —le dije—, que esta-



EUSEVI



rás dispuesta a hacer tú los trabajos caseros.

—Para eso tengo a John —me contestó—, y prefiero que el trabajo en la casa lo haga un hombre y no una mujer. Te desharás de ella o la desactivarás en seguida.

No me gustaba mucho tener un ex esposo robot trabajando en mi casa; pero comprendí que aquello debía ser tratado con diplomacia; así que contuve mi genio todo lo que pude.

—¿Dónde está ahora John? —le pregunté.

—Lo guardé. Está desactivado y guardado, y lo traerán con mi equipaje.

“Bueno”, pensé, “por lo menos me lo ha quitado de delante por el momento”.

Por lo que a mí se refería, John podía quedarse guardado eternamente.

—Claire tiene la cena casi lista, y John no vendrá a casa hasta mañana —le dije—. A Claire no puedo desactivarla ahora. Además, puede enseñarle a John los trabajos de la casa durante unos días, hasta que él aprenda. Luego haremos algo con Claire; te lo prometo. Procura, simplemente, llevarte bien con ella durante dos o tres días.

Lois se quedó pensativa uno o dos minutos; luego, sonrió por fin y me dijo que no quería hacer nada que pudiera estropear nuestro hermoso amor, y que, aunque no le agradaba la idea,

cedería amablemente para demostrarme su buena voluntad.

Lois era una verdadera maravilla; enseguida me di cuenta de ello. Pero, aún así, me prometí a mí mismo que, pasara lo que pasara, yo no iba a desactivar a Claire. Lois podía decir o hacer lo que quisiera; pero yo no haría aquello. Ya sé que yo juzgaba a los robots como si se tratara de mí mismo, pues, desde luego, a mí no me gustaría que me desactivaran, o me llevaran a la fábrica para que me reacondicionaran, y no podía hacérselo a Claire. Sencillamente, no podía y no quería.

El amor verdadero resultó ser maravilloso, excitante, ligeramente perverso... , como debía ser el amor, según Charley me había dicho.

Al día siguiente, llegó el equipaje de Lois; gran cantidad de equipaje; pero Lois era una muchacha *de veras*. Venía también la larga caja que contenía a John. Sólo al verla me produjo una sensación extraña, mezcla de celos y de miedo... , de miedo no por mí, sino por Claire.

Lois insistió en que John debía ser activado inmediatamente, para que pudiera entrar el equipaje y guardarlo.

—Ayer —dijo—, yo cedí en lo relativo a tus planes acerca de Claire. Lo hice por nuestro amor, como comprenderás. Ahora creo que te ha llegado el turno de hacer lo mismo y dejarme que me quede con mi John.

Realmente, no podía negarme, planteado el asunto en tales términos. Ella había sido amable en lo de Claire. Así que le dije:

—Entonces, lo haré por nuestro amor.

Y Lois abrió la caja y activó a John.

JOHN era como yo había temido que fuera: alto, hermoso y fuerte. Claro está que los robots no eran nunca violentos con los seres humanos; pero no obstante, me produjo una sen-

caña. Deseé que tardara en ponerse al corriente de los trabajos caseros; de ese modo, yo dispondría de un poco más de tiempo para pensar en lo que debía hacer con la pobre Claire.

Pero lo más extraño de todo es que yo seguía teniendo la misma inquietud que antes.

Y un día, Lois dijo que Claire tendría que marcharse, aunque dejaba a mi voluntad el modo de desprenderme de ella. Me dijo que los dos robots no podían llevarse bien. Pero creo que los juzgaba de acuerdo con su idea de los seres humanos. John y Claire no tenían discusiones ni desavenencias en su trabajo; al menos, nosotros no nos dábamos cuenta de ellas. El servicio era mejor; las comidas más apetitosas. Los dos robots se llevaban tan bien como si originalmente los hubieran hecho para trabajar juntos. John era el que nos servía casi siempre; de lo cual yo me alegraba, porque me dolía ver a Claire esforzándose por sonreír; y creo que ella tampoco quería verme a mí.

Era muy difícil no simpatizar con John. Me hacía sentirme un poco inferior; pero era un muchacho agradable y de buen carácter y, al parecer, me servía tan atentamente como a Lois. Casi siempre me costó trabajo no tenerles simpatía a los robots. Todos eran muy agradables, y John parecía especialmente simpático. Cada vez que lo veía me gustaba más.

Pero la vez que me resultó más simpático fué cuando Lois le preguntó si pensaba que era ya hora de deshacerse de Claire, y que si no conocía aún bien la casa. John se puso a mi lado; dijo que conocía muy bien la casa, pero que ésta era muy grande y el trabajo mucho más sencillo si se realizaba entre dos.

—¿Y qué te importa eso? —le preguntó Lois—. A ti no te gusta distraerte en otras ocupaciones... No necesi-

tas la ayuda de Claire.

—Hasta los hombres mecánicos como yo, gozan con algún momento de descanso, de cuando en cuando —sonrió John—. Ustedes deben reconocer que ella es mucho mejor cocinera que yo. Me parece que les convendría dejarnos a los dos trabajar aquí. En realidad, nuestro servicio es una economía para ustedes.

Lois frunció las cejas.

—No sé, no sé qué decir... Demasiado descanso.

—Sea como fuere, yo necesitaría estar unos días más con ella... especialmente si ustedes quieren que aprenda a hacer la torta de duraznos, que tanto les gustó ayer.

—Muy bien —exclamó Lois—; si es por eso, desde luego.

Pero al día siguiente había cambiado ya de opinión. Tuvimos una discusión terrible, y de repente pensamos que nuestro compromiso no resultaba muy divertido para ninguno de los dos.

LOIS entró furiosa en mi taller de diversión, donde yo estaba trabajando con unos aparatos para montar un proyector miniatura de TV en color. Era para Claire. Había yo empezado a hacerlo antes de nuestro divorcio, y estaba decidido a terminármelo. —Esa mujer tiene que irse —gritó Lois—; o si no me iré yo.

Sentí un frío repentino; pero, con toda la calma que me fué posible reunir, le pregunté qué había pasado.

—¿Que qué ha pasado?... ¿Desde cuándo tiene que pasar algo para que uno pida que se desactive un robot? Quiero que la desactives, y nada más. ¡No me gusta ver esos ojazos azules e inocentes de la muy sinvergüenza! Sigue enamorada de ti, y creo que tú todavía estás enamorado de ella, y no dejaré de creerlo hasta que no la hayas desactivado.

—Lois, tú sabes muy bien que estoy

enamorado de ti. ¿Conoces a dos personas que hayan hecho por su amor más sacrificios que nosotros por el nuestro? Reconozco que le tengo cierto cariño a Claire; pero no como tú supones. A quien amo es a ti.

—No me importa lo que digas. Claire tiene que irse; de lo contrario, ya puedes ir buscándote una nueva serie de formularios de divorcio. Tú decidirás. Te espero en mi habitación.

Yo me quedé muy alterado. No quería desactivar a Claire ni echarla de la casa, pero tampoco deseaba que aquel matrimonio se terminara.

Decidí llamar a Charley para ver lo que él opinaba.

—Hola, muchacho, ¿qué tal te va? —me preguntó Charley en cuanto me vió en el visófono.

—Muy bien —gemí—, maravillosamente.

—No te dejes dominar por ella —me dijo Charley, no bien le hube puesto al corriente de la situación—. Verdaderamente no me explico por qué te interesa tanto lo que pueda ocurrirle a Claire. Yo desactivo a mi Margot un par de horas por día, simplemente para que se calle. No le hace ningún daño; en realidad, hasta le hace bien. Se porta mucho mejor después de eso, muchacho. Eres demasiado sentimental, Dan. Esa es una mala costumbre.

—Bueno, pero no puedo cambiar así, de repente. ¿Qué debo hacer?

—Mi consejo es que, hagas lo que hagas, no cedas a Lois. Tú no eres un esposo robot; tienes tu orgullo; tienes tus ideas propias, y ella debe respetarlas. Defiéndelas. Muéstrale quién es el amo. Eso lo arreglará todo. Pruébalo. Y llámame otra vez si me necesitas. Siempre estoy dispuesto a ayudarte a un amigo.

Corté el visófono y me puse a reflexionar acerca del consejo de Charley... pero comprendí que no me serviría de nada.

Apreté el botón del mezclador de bebidas, me senté, reflexioné un poco más, y entonces me pareció que a quien debía pedirle consejo era a John. En su maquinaria debía de existir el consejo que yo necesitaba.

LLAME a John, y vino de inmediato, sonriente y dispuesto a ser útil, aunque se tratara de mí y no de Lois. —Siéntate —le dije—, y toma una copa.

—Perdón pero a los hombres mecánicos no nos permiten beber.

—Mira, John; ¿cómo puedo hablarte de hombre a hombre, si tú no me acompañas?... Me sentiría incómodo. Vamos a olvidarnos por una vez de los tabús sociales. Me gustaría que bebieras. Siéntate, por favor. Necesito tu consejo. Tú sabes mucho más que yo de estas cosas de amores; al menos, en este aspecto.

John se quedó de pie, sin sonreír por un momento, reflexionando, y luego volvió a sonreír, pero muy poco.

—Sí, creo que puedo aceptar —dijo, se sentó y tomó la copa que yo le ofrecía—. Me gustaría ayudarle.

—Buen muchacho. Permíteme que te pregunte, antes que nada, una cosa, John. No tienes que contestarme, si no lo deseas. No pareces muy preocupado por lo que pasa entre Lois y yo; pero de acuerdo con tus mecanismos, tienes que estar enamorado de ella.

—Bueno —dijo lentamente John, mirando su vaso—, yo creo que me constuyeron para que amara a todas las criaturas por igual. Al menos, nunca he amado particularmente a Lois; nunca la amé más que a los demás. Me gusta complacer a la gente. Por eso hice todo lo posible por complacer a Lois, cuando me casé con ella; pero no me alteré ni poco ni mucho cuando ella se cansó de mí. Sabía que la ruptura tenía que venir alguna vez, y cuando llegó no me disgusté por ello.

—Sí, pero... ¿y Claire? Ella no es lo mismo que tú, aunque los dos procedan de la misma fábrica. ¿Por qué está tan apenada?

—Los hombres mecánicos no somos todos iguales, del mismo modo que los seres humanos tampoco los son. Las emociones son cosas muy extrañas. Por lo visto, no se las puede cortar de acuerdo a un patrón general. Aún cuando usen los mismos productos químicos y los mismos tejidos glandulares, nunca producen exactamente los mismos resultados. Si se presenta la persona adecuada, los hombres y mujeres mecánicos podemos enamorarnos realmente. Creo que Claire está..., o estaba..., realmente enamorada de usted, pero creo que ahora todo va a solucionarse. Dele un poquitín de tiempo...

—Precisamente se trata de eso: no va a tener tiempo para nada. Lois insiste en que tengo que sacarla de la casa o devolverla a la fábrica inmediatamente; esta misma noche.

John frunció el entrecejo y luego bebió un largo trago.

—Y justamente de eso era de lo que quería hablarle —preseguí—. Si usted estuviera aún casado con Lois, ¿qué haría? ¿Cómo la tranquilizaría y le haría comprender las razones?

John no me contestó durante largo rato. Se sentó y terminó su bebida. Yo le marqué otra en el aparato, y luego, él dijo:

—Me temo que nosotros, los hombres mecánicos, no pensamos como ustedes. Probablemente, yo cedería; dejaría que hiciese lo que ella quisiera. La relación amorosa es, para nosotros, lo más importante de todo. Sacrificamos hasta las cosas más grandes, con el fin de tener un matrimonio feliz. No queríamos herir a otra criatura, desde luego, y eso es lo que hace que el problema sea particularmente difícil.

—¿Y qué debo hacer yo?... Tengo que decidir algo, pero a toda prisa

—En su caso —me contestó John—, creo que iría a ver a Lois y le demostraría de todos los modos posibles lo mucho que la amaba. Tal vez se muestre más generosa, cuando se dé cuenta de lo que usted siente por ella. Al menos, yo lo intentaría —John apuró su vaso y lo dejó sobre la mesa, con un golpe seco—. En caso de que no resultara bien creo que, si yo estuviera enamorado de Lois, cedería.

—John, me resultas simpático, y además tus ideas me gustan. Intentaré emplearlas. El orgullo no importa para nada en una cosa así. Lo único que cuenta es el amor. Quédate aquí y tómate otra copa. Tómate todas las que quieras. Voy a ver qué puedo hacer.

PERO las cosas no resultaron como yo había esperado. Quizá por ser yo humano, no tenía amor suficiente que dar. Desde luego, no había tenido mucha práctica en ese aspecto. Sea como fuere, el caso es que la prueba fracasó; y, en mi deseo de que Lois y



yo hiciéramos las paces, le prometí que desactivaría a Claire. No pensaba prometérselo; pero, sin saber cómo, lo prometí; y cuando salí de la habitación de Lois, estaba decidido a hacerlo. Ella me había dicho:

—Tienes que hacerlo ahora mismo, para que pueda estar segura de que es a mí a quien amas.

Y yo le había contestado:

—Muy bien, lo haré; te demostraré que te amo más que a nadie.

Pero, cuando salí de la alcoba para cumplir mi promesa, me di cuenta de que no tenía ninguna gana de cumplirla.

En realidad, si la pensaba bien, habría preferido desactivar a Lois, de ser posible. Quien a mí me amaba era Claire, la dulce Claire. John lo había dicho así. Y realmente me amaba. Los robots podían tener sentimientos distintos, como la gente, y Claire me amaba con un amor especial. Fabricado o no, era un amor real. ¿Cómo iba yo a desactivarla? ¿Cómo podía hacerla sufrir?

Me detuve ante su puerta y levanté la mano para llamar; pero no lo hice, pues de repente comprendí que a quien yo amaba era a Claire. Lo que me había parecido un amor real, no lo era, ni mucho menos. Lo real era aquel sentimiento que me inspiraba Claire. No, no solamente real: era único: mi único amor: el primer amor: Adán y Eva... o Dan y Claire: el único hombre y la única mujer del mundo.

—¡Claire! —llamé por fin golpeando en su puerta—. ¡Claire, mi querida Claire!...

Pero ella no salía a la puerta; no me contestaba. La puerta no estaba cerrada con llave. La empujé, entré y no vi a nadie. Corrí al televisófono. Llamé a todos los visófonos locales de la casa; pero nadie me contestó. Entonces, llamé a John. Tampoco me contestó. Corrí a la cocina, y estaba vacía. Tuve

que sentarme, para recobrar el aliento. Se habían ido. Lo comprendí en el acto.

Claire había encontrado un nuevo amor; un amor mejor, más dulce que el que podía darle yo.

Llamé por el visófono a Lois, y se lo dije.

—¡Toda mi fortuna! —exclamó—. ¡No es posible que se hayan escapado así, tan tranquilos! Necesito a John, como objeto de cambio. Desde luego, no pienso pasarme el resto de mi vida contigo ¿Cómo voy a poder conseguir un nuevo esposo sin John? Llama a la policía. Haz que les sigan la pista. Tenemos que encontrarlos.

—No seas absurda, Lois —le dije—. No podemos llamar a la policía. Recuerda que *estamos* casados y vivimos juntos aquí. Tú no querías que lo que ha ocurrido se supiera, ¿no es cierto? No puedes denunciar nada. Además, no te lo permitiré. Claire merece un poco de felicidad, y va a tenerla junto a la única persona que puede dársela mejor que nadie. John también merece ser feliz. Ninguno de nosotros dos va a decir una palabra acerca de ellos en lo que nos reste de vida. No olvides que nuestro matrimonio ha sido inscrito en el registro. Una sola palabra tuya, y todo el mundo se enterará de lo que hemos hecho. Yo me encargaré de que no suceda, aunque para ello tenga que llamar a todos los locutores de noticias del país.

Lois se había retirado de la pantalla; pero oí un sollozo al otro extremo del visófono.

—Perdóname, Lois —le dije—. No quería ser tan áspero. Ya sé que deseas un nuevo esposo, y te ayudaré a conseguirlo. Si trabajamos los dos unidos, no creo que nos requiera mucho tiempo. Para mí no será ningún sacrificio. No voy a necesitar una nueva esposa. No voy a necesitarla por mucho, mucho tiempo. ✦

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MÁS ALLÁ, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadrillos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 120 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido 4 o bien 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 o menos, no se aflija y siga leyendo MÁS ALLÁ, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



- Pregunta Nº 1:
- Pregunta Nº 2:
- Pregunta Nº 3:
- Pregunta Nº 4:
- Pregunta Nº 5:
- Pregunta Nº 6:

1 ¿Cuál de los siguientes planetas se asemeja más a la Tierra en lo que a tamaño se refiere?

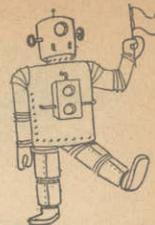
- A) Venus.
- B) Marte.
- C) Saturno.
- D) Plutón.
- E) Urano.

2 ¿Cuál de los siguientes animales tiene el cerebro más pesado en relación con el peso total del cuerpo?

- A) Perro.
- B) Tigre.
- C) Gorrión.
- D) Hombre.
- E) Vaca.

3 ¿De qué origen es la palabra "robot"?

- A) Francés.
- B) Inglés.
- C) Alemán.
- D) Esloveno.



4 ¿Por dónde absorben mejor los alimentos las plantas?

- A) Por el tallo.
- B) Por las raíces.
- C) Por las hojas.



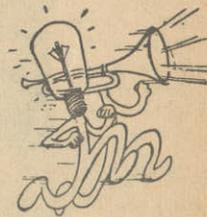
5 ¿Cuál de las siguientes palabras es el nombre de una población primitiva oriunda de Australia que se caracteriza por su completa indiferencia por la propiedad privada?

- A) Zulúes.
- B) Aruntas.
- C) Bosquimanos.
- D) Visigodos.
- E) Caodais.



6 ¿Cuál de las siguientes es la relación aproximada entre la velocidad del sonido y la de la luz en el aire?

- A) 1/10.
- B) 1/100.
- C) 1/10.000.
- D) 1/1.
- E) 1/1.000.000.
- F) 100/1.

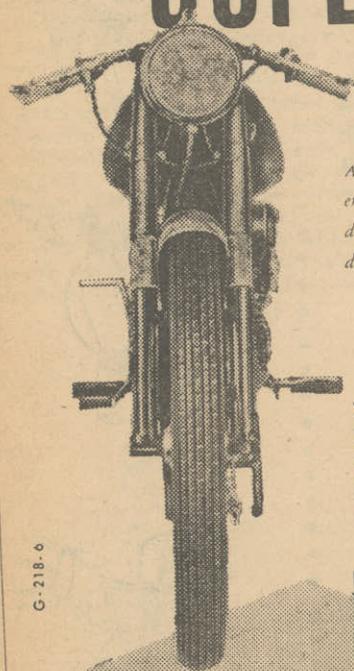


GILERA Argentina

PRESENTA SU NUEVO MODELO

SUPERSPORT

GILERA G 150



ADMIRELAS
en los salones
de los Agentes
de todo el país.

¡ya está a
la venta en
todo el país!

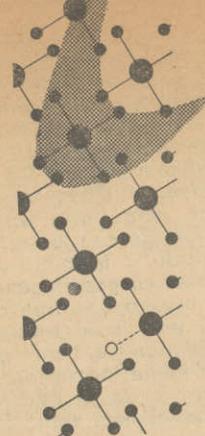
MAS POTENCIA! MAS VELOCIDAD!

y con todas las características técnicas que distinguen a las motocicletas de la famosa marca campeona mundial. Velocímetro - Cuentakilómetros incorporado en el farol delantero. Asiento de 2 plazas, modelo deportivo.

GILERA
Argentina

Bernardo de Irigoyen 546 - Bs Aires

G-218-6



Los "anti"

NUESTRA experiencia diaria nos lleva a la convicción de que todas las cosas tienen su contraparte, así como una cara de la moneda implica la otra. La física clásica no escapó a esta ley general: acción y reacción, fuerza centripeta y centrifuga, electricidad positiva y negativa, son otras tantas unidades inseparables.

Cuando comenzó a estructurarse la física atómica, este simple esquema pareció resquebrajarse. Una extraña trilogía hizo su aparición: el electrón, el protón y el neutrón resultaban ser los ladrillos elementales que formaban el edificio del universo.

Nada hay menos simétrico. El electrón, con carga eléctrica negativa, tiene una masa ínfima (expresada en gramos, se escribe con un cero, una coma, veintisiete ceros y un nueve); el protón, con la misma carga eléctrica del electrón aunque positiva, pesa 1836 veces más; y el neutrón, sin carga, 1839 veces. ¿De dónde salía esta caprichosa relación entre las masas? ¿De dónde, esta aparente inexistencia de electrones con carga positiva o de protones negativos que fueran la antítesis de los ya conocidos?

Por suerte, en 1933, a un físico llamado Anderson se le ocurrió bombardear una lámina de plomo, con los rayos gamma provenientes de una fuente radiactiva. En la cámara

de Wilson se podían observar, bajo la acción de un potente electroimán, las trayectorias de dos partículas: una era fácilmente identificable como la de un electrón común y corriente; la otra era exactamente igual, sólo que curvada en sentido contrario. No cabían dudas: se había producido una partícula exactamente igual al electrón, pero con carga positiva. El positón, que así se lo bautizó era el primer "anti": el antielectrón.

Faltaba todavía encontrar el contrario del protón: el antiprotón. Teóricamente, no era difícil el problema: bastaba comunicarle a una partícula alfa una energía equivalente a la contenida en la masa de la partícula que se quería "fabricar". Esta energía está dada por la famosa ecuación de Einstein $E = mc^2$ (la energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz). Una vez alcanzada la velocidad suficiente, se interpone un obstáculo en el camino de la partícula, de manera que ésta se detenga bruscamente. De este modo, la energía que animaba a la partícula se "materializa", dando nacimiento a otras dos nuevas, de distinta carga.

Naturalmente, lo que no resulta fácil es disponer de la energía suficiente. Para crear un electrón y un positón hace falta un millón de electrones voltios, energía que se puede

obtener fácilmente de la radiación cósmica o de los cuerpos radiactivos. Pero para llegar a producir la pareja protón-antiprotón, el cálculo demuestra que se requieren unos 2.000 millones de electrón-voltios.

Esta energía la pudo producir el hombre con el bevatrón de Brookhaven; pero, aun así, no se produjo el acontecimiento. Hubo que esperar la construcción del gran cosmotrón de Berkeley, de 6.000 millones de electrón-voltios, para que la materialización del antiprotón se convirtiera en realidad, cosa que sucedió a fines del año pasado.

Las consecuencias de este hecho

pueden ser incalculables. Los sabios piensan ya si no se podrá concebir una "antimateria", con átomos que tengan en el núcleo antiprotones, en lugar de protones, y positones girando alrededor del núcleo, en lugar de electrones. Ciertamente al contacto con la materia ordinaria, debido a la neutralización de las diversas cargas eléctricas; pero, por eso mismo, ¿no habrán existido alguna vez en el universo las dos clases de materia, hasta que después de una lucha inexorable se produjo la victoria de la que hoy conocemos? La ciencia tiene la palabra. ✦

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta N° 1: A. — Venus. Su diámetro es de 12.389 m. mientras que el de la Tierra es de 12.736 m.

Respuesta N° 2: C. — La relación entre el peso del cerebro y el del cuerpo es 1/29 en el gorrión, mientras que en el hombre es de 1/39.

Respuesta N° 3: D. — "Robot" deriva de una palabra eslava que significa trabajo.

Respuesta N° 4: C. — Las experiencias realizadas con radioisótopos de-

muestran que los alimentos suministrados a los vegetales son diez veces más provechosos si se los administra por las hojas.

Respuesta N° 5: B. — Los aruntas se caracterizan por su completa indiferencia hacia la propiedad privada.

Respuesta N° 6: E. — La velocidad de la luz es aproximadamente de 300.000 Km/seg. y la del sonido es de 330 m./seg.



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

EDITORIAL

Señor Director:

El Editorial es siempre excelente.

R. GOLBERT (Rosario)

Señor Director:

Los Editoriales son estupendos, dignos de un Sr. Director que dirige una revista tan buena.

JUAN GRECO (Capital)

Señor Director:

El Editorial como siempre sin decaer.

ALFREDO ALFONSINI (Entre Ríos)

Señor Director:

A pesar de que leí y releí los Editoriales, no son "algo fantástico", como opinan la mayoría de los lectores cuyas cartas se publican.

ANGEL A. FANTINO (S. M. de Tucumán)

Señor Director:

Mi calurosa felicitación por el Editorial M. A. 37 ¡Si todos fueran así...!

ENRIQUE KOELINGER (Capital)

Señor Director:

Es necesario reconocer que los Editoriales son sencillamente fantásticos; tienen un gran poder imaginativo que hace pensar y que crea problemas mentales que son como para romperse la cabeza tratando de resolverlos.

C. A. CAFISO (Capital)

Señor Director:

Sus Editoriales me parecen malos en su gran mayoría. Hay uno que enumera las cualidades que debe poseer un lector de f. c. que es francamente deplorable. Lo considero como una baja adulación al lector.

JORGE EFRON (Capital)

☑ Es usted muy modesto.

Señor Director:

El Editorial es lo primero que leo siempre.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

☑ ¿Lee primero lo que más le gusta o lo que menos le gusta?

Señor Director:

Sobre el Editorial no digo nada, pues todo cuanto dijera sería poco. En síntesis: muy bueno.

EMILIO PERRIN (San Martín)

Señor Director:

A pesar de que quisiera darle palos debo reconocer que ello no sería justiciero, ya que mientras algunos Editoriales bien podrían merecer ir al canasto de papeles inservibles, otros, por el contrario, podrían tomarse como modelo de sensatez e inteligencia y varios como verdaderos poemas de optimismo o inflamada proclama revolucionaria.

BERNARDO RUBIN (Capital)

Señor Director:

Conforme con sus Editoriales. Muy estimulantes. Despiertan inquietudes y obligan a pensar. Cumplen plenamente su función.

JORGE S. PARERA (Capital)

MASTICANDO EN AYUNAS

Señor Director:

En el N° 36 publica usted una carta de la señorita M. Cuñado. ¿Por qué la publicó? Si no entiende nada es porque no sabe nada. ¿Si no sabe nada por qué compra la revista? ¿Encontrará una carta elogiosa para contrarrestar ésta?

JORGE EFRON (Capital)

☑ Cómo no. Acabo de recibirla:

Señor Director:

¿Se acuerda que en mi primera carta le dije que los artículos científicos me aburrían? ¡Bueno! He empezado a masticarlos más despacio y creo que voy mejorando pues los voy hallando interesantes. Claro que sigo quedándome en ayunas de muchas cosas, pero igual los voy leyendo con más interés que la primera vez que lo hice.

MARGARITA CUÑADO (Capital)

A LOS SATELITES DEL "NO SE QUE"

Desde chiquilina crecí admirando y enviando la inteligencia masculina; siempre creí que por el hecho de nacer hombre se era inteligente. Desgraciadamente no siempre es así. Después de tanto proyectil innecesario y simbólicamente hablando sólo me resta decir: "perdónalos, Señor, no saben lo que dicen".

LOLA PUJOL de M. (Capital)

NADA MAS QUE TERRAQUEOS (M. A. 37)

Señor Director:

Es un cuento incomprensible y anti f. c.

El autor nacido para la f. c. no necesita incomprensibles palabras ni divagaciones para crear obras maestras.

R. GOLBERT (Rosario)

Señor Director:

Me atrevo a pedir gentilmente que me explique qué quiso decir el señor Rodríguez Torres con tanto "sucios terráqueos", que al terminar de leer el cuento me dieron deseos de sacar un vibrápedo para apretar un botón y hacer estallar la Tierra, sin exclusión de escritores de f. c.

NORA INGENIEROS (Bernal)

Señor Director:

Confieso que aquella antigua inquietud con que otrora leí MAS ALLA no se ve en mí ahora, y en eso estoy de acuerdo con el señor Tonelli (M. A. 37). Es como si nos hubieran inoculado el virus MASALLISTA, pero dejando aún un margen de interés. Usted dice que cuando el hombre se abre innova, ¿pero innovar qué? Acaso una nueva manera de leer colgándose de un alambre patas para arriba. Nosotros no hacemos más que leer de modo que los que deben innovar no somos nosotros sino ustedes.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

☐ Su carta no nos aburrió, pero a pesar de ello pensamos innovar.

Señor Director:

En mi cerebro giran contactos asustados. Dentro de mis nervios exactamente en el boriopático que domina la capacidad de sopor-tar cuentos de f. c. se ha producido un desquiciamiento. "Pero es un cuento de f. c. No siga... Pero Más Allá... NO SIGA [no siga, no sigal (idem 70 veces)] lo que más me revienta y asquea es que ningún cuento de Más Allá tiene sentido. No sé qué piensa el señor director de esto. ¿Pero usted se imagina que alguna vez haya pensado realmente? Desde mi tanque de aceleración un pseudo-podo amable y vibrante por los artículos sobre el átomo.

J. B. LERER (Bahía Blanca)

☐ El señor director no puede afirmar que haya pensado realmente, pero hace lo posible.

Señor Director:

Levemente restablecido del colapso nervioso que me produjo la lectura de esa cosa... llamada "NADA MAS QUE TERRAQUEOS", me permito hacer llegar por su intermedio al señor Luis Rodríguez Torres, mis más cálidos y sonidos insultos por ser autor de ese excelente "plomo". Por supuesto es digno de elogio el interesante, ameno, insulso y execrable diálogo sostenido entre dos tres y sicos, esas divertidísimas y absurdas ameabas.

Es evidente que este cuento ha sido escrito por un niño (menor de 8 años, desde luego) o bien por un adulto poseedor de un cerebro que por su tamaño, puede fácilmente bailar un malambo en el espacio que ocupa una ameaba.

ERNESTO HACCHLER (Capital)

Señor Director:

O estoy loca yo o el señor Rodríguez Torres. Es el cuento más inaudito, inverosímil, incomprensible, en fin: la locura total. Qué quiere decirnos con eso (para mí no merece otro calificativo). La única conclusión que se puede sacar de ahí es que somos los terráqueos seres metafóricos y asquerosos. Le aseguro que eso me desquició, me dejó tarumba y sin saber qué pensar. Hasta pienso que haya sido un error de compaginación de la revista, que se hayan olvidado de alguna página en la que se incluyera el final o la explicación de eso.

MARGARITA CUÑADO (Capital)

DIVISION DE CONDOMINIO (M. A. 36)

Señor Director:

Después de leer "División de Condominio" (M. A. 36), me dije: "este amigo se equivocó, no me prestó Más Allá, me dió algo mucho mejor..." pues me parecía imposible que Más Allá hubiese sido capaz de publicar un cuento tan bueno, cuerdo, ameno y lógico (si se aceptan seres inteligentes no humanoides, su convivencia y comunicación) donde la justicia como la conocemos y aplicamos está finamente ironizada. Al fin un buen cuento original, sin consideraciones filosóficas indigestas, ni problemas insolubles, ni situaciones ridículas por absurdas e inverosímiles, y sin la charlatanería sofisticada que acompaña los aburridos y pesados cuentos que son mayoría en Más Allá. (A veces, por equivocación, los hay muy buenos)

ANDRES KERKHOVE (Capital)

Señor Director:

He leído el cuento de William Tenn (Nº 36) y me ha parecido una perfecta y acabada expresión del máximo humorismo que, manteniéndose dentro de los límites científicofantásticos, puede dar un buen escritor; se puede decir que cada frase encierra cinco minutos de carcajadas (de esas respetables, sin exagerar hasta el punto que las oigan los vecinos del piso 2º) (o sea "capacidad de oír: 1 piso"). Contrasta con la necromanía de otros, que ven un futuro lleno de radiaciones α , β , γ , \dots , hasta la Ψ (y son capaces de seguirla con los derivados alfabéticos); pretenden que nuestra civilización se encamina al fin. Incluso (no me extrañaría) dicen "¡Ah!" ¡Hace algunos años se vivía mejor! Los del siglo XIX eran felices.

ENRIQUE S. KOELINGER (Capital)

Señor Director:

Más Allá de la ciencia, donde la fantasía se roza con lo absurdo y juntas bailan al compás de una marcha fúnebre, haciendo reír o llorar con sus gestos incomprensibles. Ahí está "División de Condominio" repugnante feto, fruto de la imaginación forzada de un autor mediocre. Páginas obscenas, disfrazadas por el gran abuso de términos pseudo científicos y ridículos que habría que extirpar de tan noble revista.

HECTOR J. LORENZO (Lomas del Mirador)

RESPUESTAS Y ARTICULOS CIENTIFICOS

Señor Director:

Por momentos pienso si no tendrán ustedes un cerebro electrónico para contestar tan categórica y sabiamente a las cartas y preguntas científicas.

ESMERALDA CAPOANO (Lanús)

Señor Director:

El doctor Harold C. Urey, profesor de química nuclear de la Universidad de Chicago y descubridor del isótopo de hidrógeno aconseja a todos los estudiantes jóvenes "Dedíquense al estudio de la ciencia atómica para conocer ese mundo de maravillas en que he pasado la mayor parte de mi vida" Y yo me pregunto ¿es posible aquí?

DARDO PARERA (Santa Fe)

☐ ¿Por qué no?

Señor Director:

Me parece muy bien que entren a tallar los temas de energía atómica y espero que lo sigan desarrollando como para dar a entender a los lectores el verdadero progreso de la humanidad en ese campo tan vasto que regirá el futuro de nuestro planeta.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

Señor Director:

...nutrimos nuestro cerebro con las fantasías de M. A. y sólo podemos catalogarlas con adjetivos como: deliciosas, plácida, horripilante, mórbida. ¿Puede darse mejor caleidoscopio de emociones? Nuestro espíritu se ve constantemente influenciado con ideas nuevas; hasta parece que nuestras cajas craneanas fuesen a estallar debido a los impactos que sin consideración alguna nos envían los autores. ¡Hasta de nuestras novias nos olvidamos! cuando estamos influenciados por el campo gravitatorio de su revista. Si no que lo digan ellas y nuestros bolsillos que están quedando parecidos a alforjas de tanto cargar la revista. En el ómnibus, en el banco de la plaza, en la cama, a todas partes nos acompaña abriéndonos horizontes nuevos y perspectivas insospechadas.

ALFREDO LAMPERTI y OMAR FERNANDEZ (Rosario)

Señor Director:

Para evitar que la junta de sabios de las RESPUESTAS CIENTIFICAS demuestre una posible ignorancia aclararé que RACSO es Oscar al revés, y es el nombre de cierto premio que un club de estudiantes universitarios norteamericanos otorga a la peor película, actor, etc. del año. Como no conozco ningún "premio" similar en la literatura, propongo con el voto de otros Masalleros que el gran RACSO sea otorgado, con los debidos honores, al Más Allá Nº 35, por ser la más completa colección de bodrios pseudocientíficos hasta ahora publicados, y por lograr hacer aburrida la sección científica por su extensión y su aridez, pues por su comprensión había que estudiarla. El Más Allá Nº 35 parecía la Gaceta Médica, pues la mitad de la revista estaba dedicada a medicina y parecía que el encargado de distribuir el material, tuvo vergüenza de los bodrios a publicarse pues ese número empezaba con una parte de la sección científica.

Nuestro único consuelo (y temor) es que debe ser imposible hacer un Más Allá peor que el Nº 35, aun cuando Más Allá es capaz de publicar cualquier cosa, incluso esta carta cuidadosamente podada se entiende para hacerme quedar como un imbécil, juntamente con unas cuantas docenas de alabanzas extravagantes para el Nº 35.

ANDRES KERKHOVE (Capital)

☐ Podar, no se la hemos podado...

Señor Director:

Me es imposible entender porqué ciertas personas (que no quiero nombrar) hablen mal de la sección científica; quería poder rogarles en bien del progreso científico que usaran un poco más "eso" que tienen dentro de la cavidad craneana. En cuanto a su revista creo que es muy buena (algunas cosas) y veo muy bien que dedique gran parte de ella a la ciencia. Lo felicito por los "cráneos" que posee para la sección de respuestas científicas.

C. A. CAFISO (Capital)

Señor Director:

Mis felicitaciones por "La Muerte del Sol" (M. A. 36). Trae datos muy interesantes.

JORGE ALVAREZ (Caseros)

PERSONALES Y SENTIMENTALES

A continuación transcribimos los nombres y direcciones de algunos amigos de MAS ALLA que desean vincularse personalmente o por escrito con lectores de la revista que deseen organizar centros de estudios de f. c.: OSVALDO E. GUALA, Joaquín V. Gonzalez 2137, Capital Federal; BEATRIZ BRETTE, Rivadavia 3943, Capital Federal; EDUARDO PESCI, Quesada 2540, Capital Federal; ANGEL A. FANTINO, Av. Sáenz Peña 59, S. M. de Tucumán; GUILLERMO HANSEN, Cabildo 250, Capital Federal; HECTOR J. LORENZO, Dorrego 236, Lomas del Mirador, Pcia. de Buenos Aires. NESTOR J. DORZA, Ameghino 243, Sáenz Peña Pcia. de Buenos Aires. CELINA MANZONI, Pueyrredón 333, San Martín, Pcia. de Buenos Aires; MAURICIO KITAIGORODSKY, Tinogasta 3063, Capital; JORGE EFRON, Canning 3050, Capital; ADOLFO PETRANO, Beethoven 1035, Hurlingham; MARGARITA CUÑADO, Charlene 1657 dto. 2, Capital; HARRY S. FRANCK, V. Mackenna 58, dto. 610, Santiago de Chile; LEON ZORRILLA, Estancia "El Retiro" Gral. Vedia, Chaco. J. MIÑONO (Paloma 10, Madrid)

SUTIL VICTORIA (M. A. 36)

Señor Director:

La novela "Sutil Victoria" me impresionó por el mensaje de fraternidad que se desprende de ciertas partes de ella. Deberían publicar más obras de E. Tubb.

EMILIO PERRIN (San Martín)

Señor Director:

Me pareció una novela bastante buena SUTIL VICTORIA, admiro la inteligencia de Galouye al imaginarse la raza más completa y feliz del Universo y a partir de ese punto relatar un cuento admirable, digno de la más pura f. c.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

respuestas de la sección científica

ESTRUCTURA DEL UNIVERSO

En el nº 31 de diciembre ppto. en la sección científica se contesta que no se conoce con certeza cuál es el tamaño de las partículas tales como el electrón, el neutrón, el protón, etc. Estoy convencido que actualmente es posible dar una respuesta concreta a la pregunta hecha, basada en la teoría sobre la estructura del universo que he denominado "el elipsoide de revolución", de la cual envió un extracto para su análisis. Me agradecería que MÁS ALLÁ publicara el resumen que adjunto, o en su defecto, me indicara título y dirección de alguna revista científica de la Capital, que pudiera considerar la posibilidad de publicar mis trabajos. — Luciano Groell. (Formosa.)

→ Su modelo para las partículas, ya fué propuesto hace mucho tiempo. Su fórmula (2), que da el impulso angular de una bolita en rotación, es incorrecta cuando se aplica al protón, el cual experimentalmente se ha encontrado que tiene un valor, mitad del que usted le atribuye. Por otra parte, usted no parece tener en cuenta el problema de la estabilidad del electrón o del protón, supuestos como bolitas con carga eléctrica de volumen. Si usted calcula la presión electrostática en ambos casos, verá que darían lugar a un valor tan grande, que la partícula explotaría. Vale decir, sería menester entonces, imaginar una fuerza que compensara el efecto eléctrico. Eso lo hizo Poincaré hace muchos años, pero de todos modos, se presentan otras dificultades. Su valor (5) para el impulso angular del protón es, por lo dicho, incorrecto. Su valor (14) para la masa del electrón tampoco resulta correcto, sino sólo aproximadamente, con bastante error, para dicha magnitud. Le sugerimos envíe su colaboración a la Revista

de la Unión Matemática Argentina y a la Asociación Física Argentina, Perú 222, Cap. Fed., cuyo comité de redacción la someterá a un análisis a fondo y le hará llegar su opinión.

CÁMARAS DE CENTELLEO

¿Qué son las cámaras electrónicas de centelleo? — Emilio Perrín. (San Martín).

→ Son contadores de partículas que se basan en el centelleo que producen ciertas sustancias luminiscentes al ser atravesadas por aquéllas.

RECEPTOR DE FOTONES

¿Si algo material alcanzara la velocidad de la luz, no se convertiría en fotones, puesto que éstos viajan a la velocidad antedicha? Si esto fuera posible, partiendo de la base de que los vegetales transforman la luz en materia por medio de la clorofila, tendríamos que, para viajar a la velocidad de la luz sin peligro de desaparecer, se podría poner en el punto de destino un receptor de los fotones en que quedaríamos convertidos, el cual nos daría luego nuestra forma primitiva. En total sería como un transmisor y un receptor. — Raúl Gómez. (La Plata).

→ La idea no deja de ser ingeniosa; desgraciadamente, la clorofila no transforma la luz en materia, sino que cataliza la formación de hidratos de carbono a partir del anhídrido carbónico y del agua. Por consiguiente, su idea no es practicable.

EL HIDROGENO

¿Podría indicarme varias formas de conseguir hidrógeno en grandes cantidades (1.000 a 10.000 m³)? — Juan Prochor. (Boulogne).

→ Añadiendo ácido clorhídrico o ácido sulfúrico sobre un metal tal como

el zinc o el hierro; el ácido conviene que esté diluido en agua. El desprendimiento de hidrógeno es bastante violento. Mediante un adecuado dispositivo de laboratorio, pueden conseguirse unos cuantos centímetros cúbicos del gas hidrógeno. Para obtener grandes cantidades, es menester una instalación industrial. Otro procedimiento es por medio de la electrólisis del agua acidulada: en un electrodo (el cátodo) se desprende hidrógeno.

ELEMENTOS QUIMICOS

En el número 29 de MÁS ALLÁ, en una respuesta a un lector, se dice que sólo se han descubierto 100 elementos químicos, siendo los últimos el Californio, el Atenio y el Centurio. He leído en la revista alemana Orión que también se ha descubierto el 101. ¿Podrían informarme al respecto? — Rolando Klages. (Sgo de Chile).

→ Efectivamente; esa respuesta se redactó cuando aún no se había descubierto el elemento 101, y todavía no se habían propuesto nombres para los elementos 99 y 100. Actualmente se los conoce con los nombres: 99, Einsteinio; 100, Fermio; 101, Mendelevio. En cuanto al elemento 101, la descripción que usted envía y que figura en la revista Orión, es correcta.

EXPERIMENTOS

¿Podría mandarme algunas fórmulas para hacer experimentos en mi pequeño equipo de química infantil? Particularmente me interesaría obtener colorantes, pinturas, tinta, jabones, detergentes, etc.

FRANCISCO BROSZ (Valentín Alsina).

→ Reacciones simples son las de neutralización, es decir, aquellas en que reacciona una base con un ácido; por ejemplo, ácido clorhídrico (muriático) con hidróxido de sodio, dando cloruro de sodio y

agua; las de precipitación, en las que dos reactivos al ser mezclados, reaccionan formando un precipitado; por ejemplo, nitrato de plata y cloruro de sodio dan precipitado de cloruro de plata; al agregar un ácido a un indicador, tal como la helianтина, o la fenolftaleína, se produce una coloración roja con la primera, o ausencia de color con la segunda; en cambio, en medio alcalino (o sea, con un hidróxido), se produce coloración amarilla o roja, respectivamente. Para fabricar pinturas debe disponer del colorante, el cual se agrega en pequeñas cantidades a una resina del tipo alkyd, por ejemplo, en caliente, y luego se enfría bruscamente. La masa solidificada debe luego molerse bien en un mortero, para obtener el pigmento, el cual molido en un molino a bolas (o en el mortero) con un vehículo (aceite de lino, resina alkyd, etc.) da la pintura. Los jabones se fabrican haciendo reaccionar la glicerina con hidróxido de potasio, por ejemplo. Para fabricar los productos, conviene que consulte cualquier libro de química, siguiendo las instrucciones correspondientes.

TEORIA DE LOS QUANTA

¿En qué consiste la teoría de los quanta de Einstein? ¿Tiene algo que ver con la teoría de la relatividad? ¿Qué libros que traten de ambos temas me recomiendan?

MAXIMO SINGER (Capital).

→ La teoría a que usted se refiere es la de los "quanta de luz", o fotones, que más que una teoría, es una hipótesis, formulada por Einstein para explicar el efecto fotoeléctrico. Está relacionada con la teoría de la relatividad, ya que se aplica a corpúsculos de luz, que tienen comportamiento relativístico. El primer tema puede verlo en cualquiera de las obras corrientes de divulgación: "Materia de luz", "Física y Microfísica", de L. de Broglie; "Iones, electrones y radiaciones ionizantes", de Crowther. En cuanto al segundo, vea "El significado de la relatividad", y la "Memorias", de Einstein; "Relatividad" de Ortiz-Terradas, etc. ★

(Viene de la pág. 43)

nos sacan suavemente de la picada y nos llevan en línea de vuelo. El enorme transporte se desliza a través de la atmósfera superior; se ha convertido en un planeador supersónico, con su proa apuntada hacia Los Angeles. El caer desde 483 km., nos ha dado velocidad suficiente para planear los restantes 2.896 km., hasta la costa occidental.

Las grandes llanuras de Kansas se encuentran ahora bajo nosotros, envueltas en una espesa ventisca, de la cual sólo podemos ver sus distantes nubes superiores. Las elevadas montañas Rocosas, alcanzadas en cuestión de minutos, semejan pequeñas arrugas en la superficie verdusca de la Tierra.

Los bordes delanteros de las alas se han calentado al rojo blanco, debido a la compresión y fricción del aire a esta tremenda e hipersónica velocidad. Pero la aleación con que están construídas no se fundirá. Si no hubieran transcurrido 25 años de investigaciones en materia de cohetes, habríamos tenido bastantes inconvenientes, pues la nave viene enfrentando la llamada "barrera térmica", desde su regreso a las zonas inferiores de la atmósfera. Pero equipos de aire acondicionado mantienen confortable la temperatura de la cabina.

La Tierra pierde aparentemente su curvatura cuando pasamos sobre Nevada. En la proa, los pilotos están orientándose sobre Los Angeles, por mediciones del radar, y hablando con la

torre del coheteródromo, por radio. Sierra Nevada se desliza bajo nosotros. Podemos distinguir de nuevo caminos, campos y ciudades. La velocidad del cohete disminuye considerablemente cuando se sacan las aletas y los frenos aéreos. Emergen ahora los fuertes trenes de aterrizaje por debajo del fuselaje. Y... Ya estamos volando sobre Los Angeles, todavía planeando, pero bajo el control de un bisnieto del sistema de aterrizaje GCA.

Se escucha un chirrido de gomas cuando la nave toca la pista, mientras un enorme paracaídas de frenaje emerge de la cola deteniendonos rápida y suavemente. Hemos aterrizado en Los Angeles. Son las 12 hs. 40' (hora de Nueva York). El sol, sobre el este, nos dice otra cosa, sin embargo: en Los Angeles son solamente las 9 hs. 20'. ¡Hemos disputado una carrera contra el Sol a través del continente, y le hemos ganado!

Este vuelo a bordo de una cohete nave no es un sueño fantástico para los especialistas que actualmente trabajan en cohetes.

En medio de todas estas investigaciones, los especialistas pueden prever la época en que un vuelo de tal naturaleza, de costa a costa, sea realidad. Ciertamente que existen dificultades a ser resueltas todavía; pero son problemas de ingeniería, de posible solución. Después de eso, existirá solamente el problema de construir "cacharros" y realizar pruebas. ✦

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires:

CORREO ARGENTINO Central B

FRANQUEO A PAGAR Cuento Nº 574

INTERES GENERAL Concesión Nº 4923

Imp. en Fabril - Agosto 1956
Industria Argentina

COMPLETE SU COLECCION

de
más allá

adquiriendo los números que le faltan al precio de m\$n. 6 cada uno (m\$n. 10 argentinos o US\$ 0.40 en el exterior).

Sólo por este mes, si Vd. compra más de 6 ejemplares, le concederemos un **descuento especial del 10%**

Marque con una cruz los ejemplares que le faltan y recorte el cupón por la línea de puntos.

	1953	1954	1955	1956
Enero		8	20	32
Febrero		9	21	33
Marzo		AGOTADO	22	34
.....		11	23	35
.....		12	AGOTADO	36
Mayo		13	25	37
Junio	1	14	26	38
Julio	2	15	27	39
Agosto	3	16	28	40
Septiembre	4	17	29	
Octubre	5	18	30	
Noviembre	6	19	31	
Diciembre	7			

Total \$.....

EDITORIAL ABRIL S. A.

Alem 884 - Buenos Aires



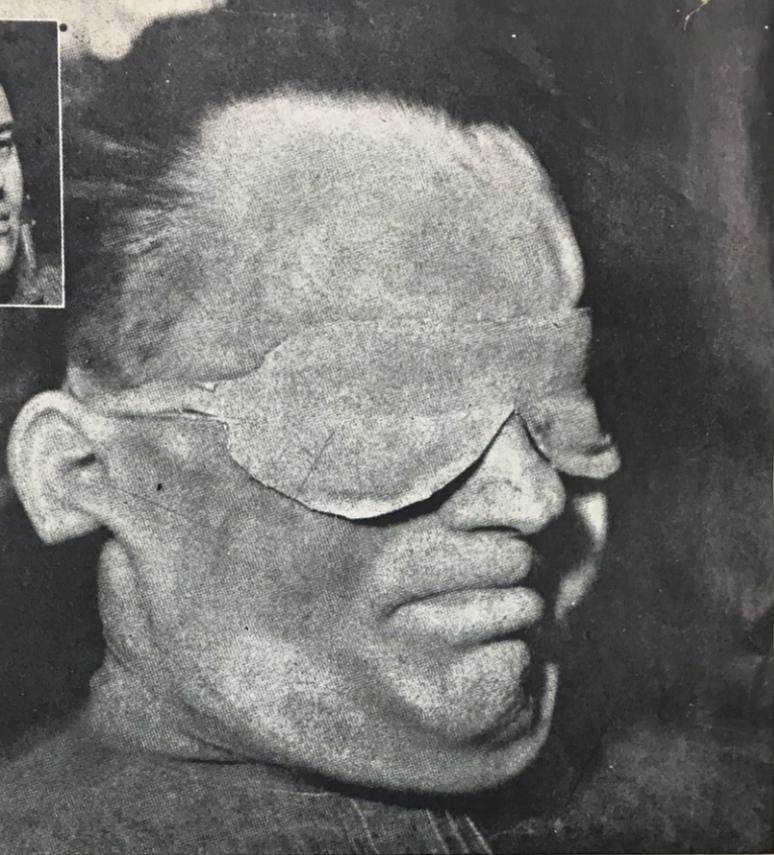
Envíe cheque o giro a la orden de Editorial Abril S. A. El franqueo de los ejemplares corre por nuestra cuenta.

Nombre

Dirección

Grandes novelas publicadas en **MAS ALLA**

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein	6
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth	28 y 29
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30
LA AGUJA, por Jerry Sohl.....	32 y 33
MAÑANA ES OTRO DIA, por K. H. Brunner..	35
EL CLAMOR DEL SILENCIO, por W. Tucker	37 y 38
SIMIENTE, por Raymond F. Jones.....	39
LA CONVENCION DEL CRIMEN, por Jerome Bixby	39



azares del vuelo supersónico

Un huracán de 1.000 Km. por hora de velocidad arranca los ojos de la cara de un hombre. Aun uno de 500 Km. por hora es peligroso. Toda vez que el piloto de un avión supersónico deba abandonarlo tendrá que enfrentar ventarrones de ese orden. De ahí la necesidad de establecer los efectos del impacto. La foto ilustra experiencias realizadas con vientos de 500 Km. por hora. Compárese con el aspecto normal de la cara del sujeto en el ángulo izquierdo superior.

BIBLIOTECA NACIONAL

COMPRA

Proveedor *Orenstein*

Precio

Fecha *21-5-02*

en
el próximo
número:

más

allá

irá:

efectos de LA LUNA

Las repercusiones vitales que
ejerce este fiel satélite de
nuestra vieja tierra.

El mundo solitario

novela de J. F. Burke

un mensaje de fe y esperanza de
los hombres y sus vecinos en
éste o en cualquier universo.

\$ 6.-